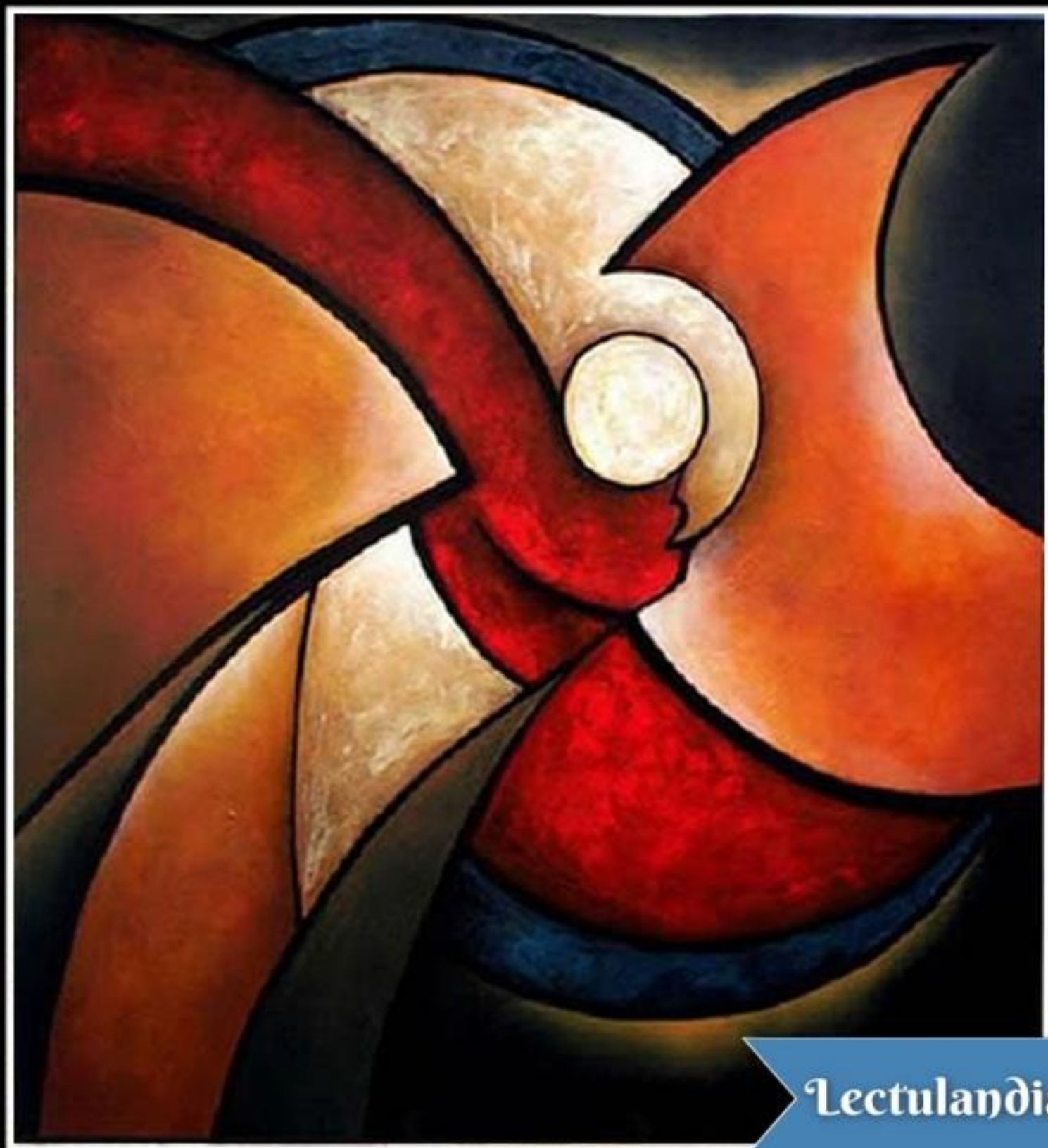


Eugenio Fuentes
EL NACIMIENTO DE CUPIDO

colección andanzas



Lectulandia

El detective Cupido, apellido de enamoradizo, es un detective vulgar, corriente, sin semas significativos. Vive en su pueblo, el de toda la vida, Breda, un microcosmos extremeño que ha heredado todos los vicios de la gran ciudad sin dejar de ser un pueblo, y vive solo, como tiene que ser, es atractivo, alto, no parece un detective, inspira comprensión en los tipos a los que investiga. Ama los paseos en bicicleta, y ha desarrollado una íntima amistad con el teniente Gallardo, guardia civil con el que mantiene una fructífera colaboración a la hora de investigar sus asuntos. Tiene el socorrido ayudante-confidente que todo buen detective posee, que en su caso es el Alkalino, un tipo que siempre le orienta hacia el lugar correcto cuando su investigación se estanca.

Lectulandia

Eugenio Fuentes

El nacimiento de Cupido

Ricardo Cupido 1

ePub r1.1

Mangeloso 20.12.13

Título original: *El nacimiento de Cupido*

Eugenio Fuentes, 1993

Diseño/Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Premio internacional de novela Ciudad de San Fernando Luis Berenguer 1993

Esta novela obtuvo en 1993 el premio internacional de novela Ciudad de San Fernando, Luis Berenguer, concedido por el siguiente jurado: Juan Eslava Galán, Lalia González Santiago, Antonio Hernández Ramírez, Luis Jiménez Martos, Javier Martínez Reverte, Miguel A. Muñoz Moya, Fanny Rubio y José María Vaz de Soto.

Luis Berenguer, premio y biblioteca

A Luis Berenguer le conocí cuando yo daba clases de literatura a los jóvenes. Cuando le conocí, ya le admiraba, porque estaba ahí el Mundo de Juan Lobón, y Marea Escorada, y Leña Verde, donde la opresión y los sinsabores del pueblo andaluz, el atraso, el paro y el subdesarrollo convivían perfectamente tanto en mis ideales vocacionales de una Andalucía más lúcida y preparada, igualitaria y culta, junto a personajes que él había inmortalizado, a lo mejor como se hacen estas cosas, creo yo que sin enterarse, porque Luis era un despistado para las cosas de la posteridad.

Grande fue mi dolor cuando él murió. Por eso me alegré, cuando llegué a la Alcaldía de la Isla, al recrear el Premio de Novela Luis Berenguer-Ciudad de San Fernando, porque era necesario y justo, y un gesto no sólo de cariño ya, sino de cariño y justicia.

Como Alcalde preocupado por mi ciudad y como persona preocupada por la literatura, en ese premio vi también la oportunidad de que los escritores, los numerosos escritores que tiene la localidad, «La Isla tiene más escritores que metros cuadrados» como dice un escritor amigo, tuviesen también con él la posibilidad de una promoción, siempre bajo el nombre de Luis, y que en cierta forma escribir fuese un estímulo más para ellos con un premio prestigioso en San Fernando, porque en muchos casos, me consta, la creatividad suele quedar en el olvido.

José María Requena, Alfredo Quintana y Eugenio Fuentes, un sevillano, un catalán y un extremeño se alzaron con el premio hasta ahora, pero un escritor isleño, joven, de una nueva hornada, se alzaba finalista de la última edición, y le hemos apoyado como le hubiese gustado a Luis Berenguer y es norma en la corporación que presido.

Pero no acaba aquí la cosa. El Día de Andalucía, inauguramos una nueva Biblioteca (la ciudad tiene ya tres con ella), que lleva el nombre del escritor Luis Berenguer, para que su nombre esté más unido todavía a las letras, a la lectura y en definitiva a la Cultura.

Por todo ello, quiero felicitar a los ganadores y animar a los que concursen, porque considero que así, desde todos los puntos más diversos de las Comunidades Autónomas y del extranjero, difundirán con nosotros la figura enorme y entrañable de Luis, por y para la Cultura venidera.

No quisiera acabar estas breves líneas, sin decir que seguiré luchando por la Cultura en todas sus manifestaciones y en sus vocaciones, aunque estemos en momentos de crisis, porque así haremos posible todo el lema que uso siempre, y que no es otro que la imaginación al poder. Ahora, creo, que más necesario que nunca.

Antonio Moreno Olmedo
Alcalde de San Fernando.

Todos los personajes y situaciones que aparecen en esta novela son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

La rueda de la fortuna

En realidad, toda la culpa la habían tenido los gallegos el día que decidieron introducir nuevos modos de contrabando en las rías. El tabaco americano y búlgaro dejaba pocas ganancias y pensaron que un simple agiotaje, de más valor y menos calderilla, de menos paja y más grano, los enriquecería rápidamente. Sin pudor, habían puesto su infraestructura y sus tradicionales vías de contrabando al servicio de la droga, hachís y coca fundamentalmente. Las seculares rutas del desembarco nocturno de los grandes bultos de cartones pasaron a ser vías de entrada para fardos más pequeños, pero mucho más valiosos. Desaparecieron las hebras marrones y en su lugar se derramaba sobre el agua, cuando el helicóptero de Aduanas aparecía con sus reflectores o cuando se oía el potente motor de las zodiacs de la Guardia Civil — nunca tan rápidas como las planeadoras que ellos utilizaban—, un polvo blanco y suave o una pasta verdosa de la que hasta las más golosas merluzas huían como de un anzuelo.

El miedo de Madrid a estos nuevos métodos, al peligro potencial que esta metamorfosis suponía, había disparado la alarma en toda la frontera occidental. Y así nos habían sorprendido inermes aquella noche, trescientos quilómetros más abajo de los presagios, el camión lleno hasta reventar de cartones frente a las metralletas con una bala inquieta en la recámara, todos los focos encendidos como en un decorado y los perros ladrando con una furia nacida de la decepción de no oler los olores para cuya detección habían sido adiestrados.

Llevábamos ya casi un año en el negocio. Al principio todo había sido fácil y eficaz, al menos lo suficiente para hacer que nos confiáramos. Era tan sencillo que no comprendíamos cómo no se le había ocurrido a nadie antes.

Al norte de Breda se extiende una amplia zona de monte no cultivable donde se alternan las navas para el ganado con oteros y galayos implacablemente colonizados por la jara. En estos cerros abunda la caza y la explotación apícola. Una tarde, mientras caminaba con Millán por allí, él armado con escopeta, yo llevando el zurrón, nos metimos, siguiendo las huellas nerviosas de los conejos, en un pequeño claro donde medraba un grupo de colmenas. Salimos los dos con varios picotazos en la cara y en los brazos y con una idea en la mente. Luego, mientras nos untábamos con saliva y tierra a falta de un antihistamínico mejor —Breda quedaba a cinco kilómetros— lo dijimos casi a la vez. Si las abejas nos atemorizaban a nosotros, por qué no también a los aduaneros. Qué mejor tapadera que el miedo a la misma tapadera.

Una semana más tarde compramos treinta layens de segunda mano, no demasiado nuevas, para otorgarles la veracidad del uso y el prestigio del sudor, con inquietantes hendiduras por donde amenazaban los insectos.

Aprovechando la excusa del frecuente traslado de las abejas buscando los campos de girasol portugueses cuando aquí termina la primavera, conseguimos los permisos de ruta —no éramos los únicos y los aduaneros ya estaban acostumbrados a una cierta rutina en estos viajes— para poder hacer los trasiegos al otro lado de la frontera, donde, un poco más abajo, las anchas plantaciones de las llanuras del Alentejo ofrecían suficiente alimento. El camión iba aparentemente a cargar miel y colmenas y volvía lleno de tabaco. En las dos filas exteriores, la máscara amenazadora de las layens donde zumbaban, irritadas por el viaje, las abejas. Cerrábamos bien la caja y la oscuridad, el calor y la falta de oxígeno les afilaba más los aguijones.

Un mono de colmenero no suele ser utensilio habitual de trabajo para la Benemérita en los pasos de frontera. De modo que llegábamos cada cierto tiempo, enseñábamos los permisos de carga y los partes de ruta y siempre nos dejaban pasar con preferencia. Es un puesto de poco tránsito, donde la rutina se impone a la desconfianza. En una ocasión en que sospecharon o esperaban algo, nos hicieron abrir la puerta. Varias docenas de abejas salieron hacia la luz buscando con rabia una carne donde ensayar su puntería. Al primer picotazo nos ordenaron cerrar rápidamente y desaparecer de allí lo antes posible. Acostumbrados al apacible trasiego de un comercio y un turismo poco más que comarcal, detestaban a los transeúntes incómodos o problemáticos.

Todo fue así hasta aquella noche. Y también entonces parecía un viaje rutinario, tranquilo, sin nada que anticipara la desgracia.

Millán no había podido venir esta vez: su mujer iba a dar a luz. Y no estaba bien que el hijo naciera mientras su padre ausente conducía por la frontera un camión lleno de tabaco de contrabando.

Nada más llegar a la aduana supe que había peligro. Eran demasiados los números de servicio, moscardones de lustroso charol esperando el tarro de la miel. Demostrando una diligencia impensable para quien está acostumbrado a la desidia provinciana, me hicieron apartar el camión a un lado hasta que llegó un teniente que no había visto nunca antes. Era moreno, de piel bituminosa y pelo aplastado, con aire chulesco de bailarín de flamenco. Él fue quien me pidió los monos. No los tenía, porque indefectiblemente se quedaban olvidados en Breda. Estuve esperando dos horas hasta que un motorista llegó del pueblo vecino con tres trajes. Se los calaron con parsimonia e inexperiencia, dudando de su eficacia. Yo mismo tuve que atarles los lazos de las caretas, pensando que sólo mi animosa colaboración los haría desistir de mirar hasta el fondo. Abrieron la puerta y descargaron las dos filas de colmenas sin que las abejas, dormidas, protestaran demasiado. Allí detrás estaba el alijo, las cajas de tabaco cuadradas y simples como módulos de construcción.

—¿Y qué es esto, la miel? —me preguntó el teniente con una amplia sonrisa de

triumfo. Por su acento, parecía gallego y alegrarse de que también en otros puestos fronterizos existiera un contrabando que él debía sentir como ofensa personal.

Mientras me ponían las esposas le oí ordenar que buscaran más a fondo: habían recibido un chivatazo de entrada de cocaína y en el entreacto habían chocado conmigo.

Aquél había sido mi primer encontronazo con la droga y desde entonces nunca nos llevamos bien. Luego, en los veinte meses posteriores, a fuerza de contemplar estragos viendo a las víctimas amotinarse desesperadas subiendo a los tejados, su dudoso atractivo se había devaluado definitivamente.

Me cayeron dos años y medio a la sombra. De la participación de Millán no dije nada, porque Millán nada habría dicho. No me agarré a él como la corneja aterrada que sirve de señuelo cuando el cazador le clava las puntas de las alas a la tierra y, viéndose perdida, pide auxilio a las demás que vuelan libres en el cielo. Si alguna acude a ayudarla, la aferra con el pico con tal fuerza, queriéndose salvarse con ella, que las dos se convierten en víctimas. Me clavaron las alas a la tierra, pero no abrí el pico con siniestro canto ni aleteé como un cimbel asustado. Millán me visitó varias veces, me llevó algún dinero y me ayudó en lo que podía ayudarme. Cuando regresé, él tenía un trabajo estable, una mujer satisfecha y pocas ganas de repetir hazañas que él llamaba juveniles. A mí tampoco me quedaba mucho entusiasmo.

De modo que sólo estuve dos días en Breda. La viejita había llorado cuando llegué con el petate, yo todavía oliendo a aquella peste entre semen y desinfectante que allí dentro se me había agarrado a las axilas y a la cruz inguinal y que parecía que nunca iba a desaparecer.

La besé y se calmó un poco, abrazándome desde abajo, desde su poca altura, como si en este año y medio hubiera disminuido. Aunque hizo esfuerzos por parecer severa y enfadada, le brillaban detrás de las pupilas la alegría por mi regreso y aquella vieja ternura que recordaba de antaño. Me senté a la mesa y fui comiendo lo que me sacaba, más por agradarla que por hambre. Qué distinto aquel sabor al de allí dentro, dios, el pan oliendo todavía a jara, en la miga el perfume de cuando el viejo vivía y lo partía con las manos un poco negras de la grasa del camión, que nunca desaparecía del todo, aunque se lavaba a fondo con arena y jabón, ritualmente, cada vez que volvía de algún viaje secreto en la frontera con Portugal.

—Tuve que vender el camión.

—Ya me lo dijiste en una carta, madre.

—La familia decía que necesitaba la cochera, que no podían tenerlo tanto tiempo allí estorbando.

Con ese dinero y la miseria de la viudedad había sobrevivido aquellos veinte meses, marcados por la ausencia del hijo único y por los estériles consejos de la familia: «Si tu hijo se hubiera dedicado sólo a los viajes legales, se hubiera arreglado

bien la vida, el trabajo honrado es lo que ennoblece, Breda sigue creciendo y aquí nunca falta un viaje... El camión ya tenía sus años, sí, pero estaba como nuevo, tu marido era un artista para eso». Para eso y para hacer su motor silencioso como una bicicleta. Alguna vez había pasado por los atajos a menos de cien metros de la pareja apostada, y no lo oyeron. También él y el abuelo habían visitado la cárcel por asuntos de contrabando con el inefable DAF alemán, pero en aquellos tiempos el contrabando era un trabajo «honrado», no era un delito social porque no era delictivo el material transportado. Estaba unido a una idea romántica de mercado negro, cambalache y estraperlo, y aún no se había deteriorado como en la última década, cuando decir contrabando es decir droga.

Por la tarde vino Botín a verme. Nunca comimos del mismo plato, pero le agradecí la visita, porque, después de Millán, era la primera persona que se acercaba a saludarme. Salimos fuera.

—Vamos al pantano —dijo.

Ir al pantano era ir a «La Casa de las Nubes», un prostíbulo que había abierto con éxito el Portugués hacía años, cuando construyeron la presa. Anexo a la casa había instalado el cuerpo de un Jünker alemán que en una emergencia, durante la guerra Civil, se vio obligado a tomar tierra junto a las vegas del río. Allí había permanecido más de tres décadas, hasta que el Portugués lo recuperó, lo limpió, instaló dentro una pequeña barra, una cama y su mejor puta, una esplendorosa mulata que se preciaba de haber procurado placer a más hombres que litros embalsaba el pantano. El avión dio nombre al negocio, «La Casa de las Nubes», porque por el vientre de la mulata se subía al cielo. Fuera por lo exótico del recinto o por la forma del habitáculo, cilíndrico y redondo, inconsciente metáfora para todo macho que se preciara de ello, tuvo un éxito que enriqueció en muy poco tiempo a su dueño.

Cuando entramos, dos mujeres bailaban entre ellas, otra servía tras la barra y una cuarta esperaba algo mirando por la ventana la enorme mole de hormigón de la presa. Ya no eran las muchachas jóvenes y dispuestas a todo de las primeras generaciones del Portugués, sino hetairas desvaídas, borrosas, por encima de los treinta años, con tendencia a la obesidad, de miradas duras y vencidas como por glaucoma, posibles transmisoras de más de un virus, atiborradas de perfume y maquillaje que intentaba disimular las bolsas bajo los párpados y la palidez del cutis, frutos del ejercicio de una profesión decididamente no vocada.

Botín pidió dos whiskys y enseguida las dos rumberas se acercaron.

Debían conocerlo, porque una de ellas, abrazándolo por la espalda, le ciñó con una mano la cintura y le pasó la otra por detrás, entre las piernas, para hacerle un nidito exterior a sus partes. Su compañera se acercó a mi lado.

—¿Te apetece? —me preguntó Botín.

—No —le contesté, y advertí su mirada de extrañeza, no se habrá hecho marica

allí dentro, porque daba por supuesto que después de veinte meses encerrado un cuerpo de mujer era lo que más podía desear. Y era cierto, pero no el cuerpo de estas mujeres que se dejaban acariciar como ovejas. Desde los dieciséis años había entrado en locales así con camioneros amigos del viejo, pero siempre fue mayor el escrúpulo físico que la apetencia, y nunca llegué a traspasar las puertas de las cortinas sucias.

Las alejó con un gesto y nos quedamos solos.

—¿Aprendiste mucho dentro? —preguntó, encendiendo un cigarrillo.

—Bastante, pero aquellos conocimientos no sirven mucho aquí fuera.

—Tal vez ahora nos sirvan a los dos. Necesito ayuda para un buen trabajo. Sabía que salías y te he estado esperando. Favor de amigo.

—El contrabando como yo lo entendía ya ha pasado a la historia, Botín.

—No, no es contrabando. Es mucho más fácil. Y aquí, sin salir de Breda.

Un hombre salió del interior acompañado de una mujer gorda, hocicona y sonriente que se pintó con carmín la boca húmeda y se atusó el pelo en un gran espejo apaisado, como el que solían tener todos los burdeles antiguos, tan diferentes de los elegantes espejos verticales de las escaleras de los palacios. El hombre, con gesto furtivo, se acercó a la barra a abonar los servicios prestados. Nosotros permanecemos en silencio hasta que desapareció.

—Olvídalo. No quiero más líos.

No quería más líos y tampoco quería trabajar con él. Recordaba aquella vez que necesitamos su ayuda. Al otro lado de la frontera estaban esperándonos para recoger una carga. Cuando salimos de Breda con el camión, en un bache se rompió uno de los palieres delanteros y fue imposible continuar. En ningún taller encontramos repuestos disponibles, y no los habría hasta el día siguiente, pero el viaje tenía que hacerse aquella misma noche. Nos estaban esperando y eran citas a las que no se podía faltar. Millán acudió a Botín, ofreciéndole repartir a tres si nos dejaba utilizar su camión. Él, que también realizaba algunos viajes, nos dijo que no, tal vez por una competencia mal entendida, aduciendo que tenía una urgencia y que no dejaba el camión a nadie si él no conducía. Dos días después supimos la urgencia: la chica que servía en su casa había sufrido un cólico y él quería estar acompañándola. Si la dejaba sola con su mujer, la muchacha podría sentirse dolida y enfadarse, y se le acabaría la ganga, sin salir de casa y gratis, calientes las manos jugando en lo oscuro bajo la mesa, o sorprendiéndola en la cocina con las manos de jabón y grasa que lo facilitaban todo. Se había ido a buscarla a lo más pobre de la sierra, separándola lejos de su familia por el escaso sueldo de las empleadas de hogar. Y estaba bien aquella muchacha, como casi todas las serranas. Lo único que tenía mal eran los dientes, picados de caries porque allí el agua es de poca corrida. Botín presumía en público de ella y siempre repetía el mismo chiste obsceno: que mientras no se le cayera la dentadura cuando lo trabajaba por abajo...

—Escúchame un poco —continuó, seguro de la tentación de su oferta—, cuando me oigas cambiarás de opinión. Se trata de un asunto fácil y con más dinero a ganar del que se podría sacar en cuarenta años de trabajo. El palacio de Breda está lleno de pinturas y objetos de un valor extraordinario. Me he informado bien. Recuerda el asunto de los franceses y la pintura de la jirafa...

—No hables más —lo interrumpí—. No me lo cuentes porque no quiero tener que decir que no sé nada si llegas a hacerlo y me preguntan al día siguiente qué tengo yo que ver con el asunto.

Por fin había entendido y me miró con ironía.

—Te convirtió el cura allí dentro, ¿eh?

Le di la espalda y comencé a caminar hacia la puerta.

—Pobrecito Cupido. Se ha hecho un chico bueno.

Retrocedí y lo golpeé con ganas y con certeza, para hacer daño, con las ganas acumuladas durante veinte meses de asco hacia algún funcionario cerril y con la certeza de saber dónde reside el dolor, aprendida en las peleas cortas y brutales de quienes tienen prohibidas las peleas.

Cayó al suelo. Las mujeres chillaron y enseguida apareció el chulo surgiendo del interior, un cavernícola deslumbrado que acababa de salir de su cueva. Vio a Botín, me miró a mí y debió reconocer algún aire de identificación en mi mirada, porque se limitó a ordenar a sus pupilas que atendieran al caído.

Botín, desde el suelo, sin hacer ademán de levantarse, todavía dijo:

—Lo voy a hacer, Cupido, y después preguntarán por ti. Te buscarán siempre que suceda algo. Ya estás señalado. Sabes que aquí nadie se desmarca impunemente.

Salí fuera y recorrí caminando los diez kilómetros hasta Breda, preguntándome si todas las ofertas de trabajo que pudiera recibir iban a ser como la propuesta de Botín. Probablemente sí. Él había dicho lo que todos sabíamos: en Breda nadie se desmarca impunemente. Quien sale del juego ya no vuelve a entrar en él. Y no hay puertas traseras. Aquí, cuando alguien llega, se sabrá que ha llegado. Y cuando alguien parte, se sabrá que ha partido. Siempre hay alguien que guardará en la memoria los hechos de la estancia más anónima.

Millán había venido de nuevo a buscarme. Cené y salí. Estaba esperándome en su casa. El hijo, dormido; Julia, junto a él, y todo el hogar alrededor. Me ofreció la casa y dinero, ayuda para cualquier necesidad. Ya se sabe que la cama y la cárcel prueban a los amigos. Y él había superado la prueba con nota alta. Sé que hubiera compartido conmigo su propia sombra. Pero lo que yo necesitaba él no podía dármelo. Con el segundo vaso de aguardiente, Julia se fue a la cama y los dos nos quedamos solos. Hablamos largo, de todo, excepto de mi estancia allí dentro, y el pesimismo iba brillando en el fondo de cada vaso vacío, aunque nos empeñábamos en apagar su fulgor llenándolos continuamente. En sus frases, siempre bordeando la tentación de

hablar de aquello, aparecía a veces un atisbo de vergüenza o de arrepentimiento por aquel bienestar que se respiraba alrededor, pero yo sabía que no había sido a costa mía.

Salí de su casa tambaleándome y lo forcé a quedarse, porque él quería seguir bebiendo en otro sitio. Yo ya había tomado una decisión.

Me levanté temprano al día siguiente, soportando una considerable resaca. Llené de nuevo el bolso con la ropa que olía ya a limpia. No podía quedarme allí ni un día más. Tenía algún dinero de los trabajos en la lavandería y de las cartas que les había escrito a los compañeros de dentro que decían que yo siempre acertaba en lo que ellos querían decir. Busqué a Carlos Gundín y le vendí el equipo de cine de dieciséis milímetros del que nunca había querido desprenderme. Gundín, siempre tan legal, no aprovechó la situación y pagó bien, más de lo justo para una reliquia en la era del vídeo y de la impaciencia.

Al despedirme de la viejita, me abrazó con cariño. Le sequé dos lágrimas claras que me corroyeron de dolor los dedos, extrañado de ver cómo una lágrima es lo único del cuerpo que no se deteriora con la vejez, y le dije que no se preocupara más, que en adelante todo iba a ser muy diferente. No sé si me creyó.

Me hubiera ido al fin del mundo, pero la libertad condicional me privaba de pasaporte. Aun así, podía elegir entre tres o cuatro ciudades. Enseguida lo decidí: las Islas. Era el lugar más lejano, quizá estuviera lo suficientemente lejos como para sobreponerse a la memoria. Y allí estaba Siro.

Subí al tren que llevaba a Madrid y me senté frente a una pareja de novios. Ella iba a presentarlo a sus padres. Como entre todo hombre y mujer que se aman sin hacer alarde de su amor, se estaba bien hablando con ellos, viendo cómo se buscaban las manos, viendo cómo les brillaba la luz en los ojos cuando se miraban, viendo cómo su mundo era algo sagrado e inquebrantable, resguardado por la custodia del amor que los protegía de los demonios de fuera.

Yo recordé un tiempo y una historia.

Acababa de partir de Breda y ya parecía que todo cambiaba hacia mejor.

En Barajas tuve suerte: a las cinco salía un vuelo, y había billetes. Entonces llamé por teléfono a Siro, y entre sus voces alegres de sorpresa le dije que iba a verlo, que llegaba cuatro horas más tarde.

Lo había conocido en el cuartel. Pertenecíamos al mismo reemplazo. La primera noche en el dormitorio comunal me despertó el castañeteo de sus dientes. Era invierno, estábamos en León y hacía un frío de lobos. Recién llegado de Canarias, no podía acostumbrarse a un cambio tan brusco. Le pasé una manta y luego me arrepentí, porque yo comencé a tiritar. Pero la noche siguiente conseguí otra de la manera habitual. A partir de entonces fuimos inseparables, con esa solidaridad de los

oprimidos frente a los opresores. Con Tomás, un asturiano sencillo y sonrosado como un cangrejo, organizábamos algunas fiestas que nos hacían olvidar durante una noche que la estrella más mustia y apagada podía mandar sobre nuestros más mínimos actos. Tomás tocaba los platillos en la Banda Militar. Siro recibía de vez en cuando alguna botella de ron canario, de un traicionero color rosa. Con un mechero de alcohol calentábamos el ron en un platillo, con unos granos de café, y al beberlo se pasaba de repente todo el frío de León.

Él siempre lo decía:

—Queremos la independencia de Canarias para no tener que congelarnos más en la Península.

Siro me había invitado muchas veces a su casa. Le iba bien, aunque nunca me dijo a qué se dedicaba.

Entregué a la azafata la hoja de embarque para el Boeing 747 de Aerolíneas Argentinas que venía de Frankfurt, Zúrich, Ámsterdam y París, y seguí ruta hacia Santa Cruz, Río y Buenos Aires. El sistema de tránsito y tantas escalas se hacía pesado para los pasajeros de trayecto internacional, pero permitía abaratar el precio.

Era la primera vez que volaba, pero algo —acaso esa capacidad de convertir lo más novedoso en familiar, acaso la seguridad de miles de quilómetros anteriores en otros medios de transporte— me hacía sentir que no era un estreno, que no era extraña ni insólita para mí la sensación del aire y el planear de alas.

Una azafata alta, de rostro aindiado y bello, repetía con gesto aburrido los inútiles consejos de seguridad mientras la pantalla nos iba indicando datos sobre altura, velocidad y temperatura exterior, en un intento de hacernos partícipes de las condiciones de vuelo.

En la prensa de Canarias, estadísticas sobre los índices del turismo, problemas de pesca en el banco sahariano y una reseña sobre dos heroinómanos muertos por sobredosis.

Después de dos horas divisamos el archipiélago. Hay islas que parecen tumbadas sobre el mar, haciendo el muerto; otras, como Mallorca, parecen apacibles ancianos sentados con el atardecer en las manos viendo jugar alrededor a los nietos; algunas, como Irlanda, son viejos borrachos medievales que se tambalean a punto de hundirse para siempre en el océano; otras, como Islandia, parecen estar arrodilladas pidiendo clemencia al temporal, y muy pocas están verdaderamente en pie, firmes, levantadas sobre el agua. Tenerife es una de ellas, un hombre erguido que en invierno se pone un gorro blanco en la cabeza.

Dimos varias vueltas en el aire antes de iniciar el aterrizaje. Cada pocos minutos, el Teide aparecía y desaparecía por la ventanilla. Algunos pasajeros comenzaron a sentirse nerviosos por la tardanza. Por un momento pensé —como, supongo, debe pensarlo todo el mundo en los despegues y aterrizajes, en ese minuto de inestable

equilibrio en que no se está suficientemente cerca del suelo ni se ha adquirido todavía la inercia de una velocidad fácil y tranquilizadora— en un accidente y en una muerte rápida y anónima, pero fue sólo un momento, luego surgió de nuevo la seguridad de que no era en el aire donde podría perder la inmunidad y la templanza.

A mi lado iba un hombre joven con todo el aspecto de un *yuppi*, cartera de cuero con cantoneras plateadas, *martinellis* bien lustrados por mano ajena y bien cortado traje. Le salía la inquietud por todo el cuerpo. Cuando me preguntó mi opinión, le dije que yo hacía todos los meses este mismo vuelo y que nunca habíamos dado tantas vueltas. Se soltó el cinturón, se levantó y fue apresuradamente hacia el lavabo.

Calle de la cometa

—Te veo muy bien —le digo a Siro después de abrazarnos con ganas en el aeropuerto, adonde ha venido a esperarme. Y es verdad, está mejor que allí arriba, un poco más fuerte, con un bronceado natural muy distinto del amarillo indio que siempre tenía en el cuartel.

—En cambio, tú estás un poco desmejorado, paliducho. Tendré que cuidarte con estos calores. De momento, quítate la cazadora. Estás en Canarias.

Me coge del brazo y me conduce hacia la salida. Un mar glaucoma, al lado del Reina Sofía, me atrae con esa seducción especial con que se engalana para los que nacimos en lo más hondo del interior. El sol se va hacia América. Comienza a caer la tarde tropical.

Esto debe ser la amistad, dos líneas de un dibujo en simetría que pueden acercarse y separarse del eje, pero siempre en igual proporción. Mira dónde estás tú y a la misma distancia, al otro lado, estará él, y si te cansas de buscar en el papel en blanco, vuelve al eje, que al mismo tiempo volverá el que esperas, infalible y nunca decepcionante coincidencia, en un mismo espacio y un mismo tiempo para mí y para Siro que ahora, de repente, se estira en posición de firmes y grita parodiando la atiplada voz de un paleolítico sargento Cabanillas:

—¡Ricardo Cupido Lasso y Siro Pérez Raya, mañana guardia en el helipuerto!

El helipuerto estaba en lo más alto, donde con más frío y tenacidad azotaba el orballo leonés.

Nos reímos mientras me hace esperar unos segundos en el pasillo frente a una tienda de donde sale enseguida una muchacha morena, colocándose en la cabeza una pamelita blanca. Viste una camiseta azul de tirantes que le deja las axilas al aire. Tiene el pelo corto y muy espeso, los ojos azules, pero irisados por finas líneas negras que se abren desde la pupila; como las varillas de un diminuto paraguas azul: ojos de extranjera rayados por la tinta guanche que se aferra a los genes y no se resigna a desaparecer.

—Es Asís —me dice abrazándola.

—Siro me ha hablado mucho de ti —dice mientras me besa.

Llegamos hasta el coche, un kadett 2000, blanco, elegante. Silbo de admiración.

Por la autovía mete la quinta y pisa a fondo, rayando los ciento ochenta: está comprobando si sigo seducido por la velocidad.

—¿Por qué vas en tercera? —le pregunto. El ríe satisfecho.

Ahora podría parecer que nada ha cambiado, que seguimos siendo los mismos. Pero mientras yo había pasado veinte meses en la sombra, perdiendo casi todo lo que se puede perder, él parecía no haber perdido nada, ni el tiempo, y haberse organizado bien. Se palpa el dinero en todos los detalles: pioneer con ecualizador, tapicería de

cuero, airbag, aire acondicionado, todo.

Antes de ir a su casa me lleva a un pub a tomar una cerveza. Leo el nombre en letras de neón, caligráficas, a un lado de la puerta: Ditrambo. Su interior está decorado con ornamentos sudamericanos: ponchos, quenas, tallas de imitación precolombina... Y comienza a llenarse de gente joven y de hombres negros. Algunos bailan en la pequeña pista ritmos de salsa. Un soldado vestido de paisano se besa furiosamente con una muchacha adolescente. En lo más oscuro, brilla un encendedor sobre la palma de una mano y hasta nosotros llega el inconfundible aroma del hachís. Siro mira hacia allá y desde el fondo lo saludan levantando un vaso, como un brindis.

—Son clientes —dice mirándome a los ojos. Yo comienzo a comprender de dónde ha salido el kadett.

En otra mesa, un grupo de africanos discute en su idioma. Entran dos más y se dirigen hacia el grupo, cargados de alcohol, alegres y bailones. Oscuros como la Ronda nocturna de Rembrandt.

No hemos agotado las cervezas cuando ya el camarero ha puesto otras tres encima de la barra. Bromea con Siro, mirándome con curiosidad.

—Ricardo, un godo y un buen amigo. Trátalo bien cuando venga por aquí —nos presenta Siro—. Él es Julio, el dueño de este garito.

Me estrecha la mano antes de irse a servir al otro lado de la barra.

—Cuando estés aburrido puedes venir por aquí. Julio no es mal tipo. Tuvo que salir de Uruguay cuando los militares dieron el golpe y se nos ha aclimatado como una flor de invernadero. No le va nada mal. Abandonó las inquietudes políticas por las monetarias, que son mucho más rentables para un exiliado. El día en que la democracia se reinstauró en su país, organizó aquí una gran fiesta, pero él no regresó. Está en trámites para conseguir la...

Lo interrumpe el grito en la puerta:

—¡Policía, todo el mundo quieto!

Hay un pequeño revuelo al fondo, en el grupo de los que antes estaban fumando. Algunos movimientos disimulados debajo de las mesas. Todos los demás permanecemos en esa inmovilidad tensa que siempre imponen los uniformes. Julio detiene la música y su cara adopta el gesto heroico de resistencia de sus tiempos uruguayos. Siro los mira con cortesía, como alabándoles el deber cumplido. Admiro su sangre fría. Yo me quedo quieto, sabiendo que estoy limpio y que tengo todos los documentos de identificación en regla. Los dos inspectores que dirigen la redada entre media docena de uniformes se limitan a pedirnos a todos el DNI. Luego se dirigen hacia el grupo de negros que permanecen opacos en su mesa, silenciosos como amebas, repentinamente sobrios y formales. Les exigen la documentación. Ellos fingen no comprender el idioma, pero los gestos son tan evidentes que no pueden soslayarlos. Dos de ellos sacan algunos papeles. Los demás no tienen nada. A

los no identificados les colocan las esposas y se los llevan, las cabezas agachadas en un gesto resignado donde ni siquiera tiene cabida la humillación.

Tras su marcha, todo vuelve de nuevo a la calma del principio. Julio recupera una sonrisa que me parece amnésica e insolidaria y pincha un mambo para que los danzarinés regresen a la pista. Al fondo brilla otra vez el encendedor. El soldado besa con más furia a la adolescente mientras desliza una mano por debajo de su suéter.

—¿Por qué se los llevan?

—Por inmigración clandestina. Son morenos que entran ilegalmente en las islas, en los barcos de pesca, en cargueros o en viajes especiales para ellos. Cada vez hay más. Estamos demasiado cerca de África.

Aquí no son «negros», son «morenos», pero el adjetivo cae con la misma carga peyorativa que allí arriba. El color de su piel únicamente no suena como un insulto cuando se aplica a músicos de jazz o a estrellas del *basket*.

Salimos del Ditirambo y vamos a casa. Siro vive solo. Así vive con sus padres.

—¿Alquilado?

—No, lo compré.

No es muy grande, pero también en todo él se aprecia la abundancia de dinero. Aunque se accede por la calle de la Cometa, muy ruidosa por el continuo tráfico de automóviles, el piso se asoma a la calle del Hurón, estrecha y casi vecinal. De modo que la tranquilidad y el silencio imperan sobre el ruido de la ciudad. La puerta es blindada, con dos cerraduras, una de cerrojo corrido y otra de barras.

Así, tal vez un poco aburrida entre nosotros, se marcha con la excusa de hacer un recado. Siro sirve luego dos whiskys.

—Ven, voy a enseñarte algo.

Me lleva a la cocina: cristal, madera y granito pulido. Bajo el horno empotrado, en un doble fondo muy bien disimulado bajo las resistencias, tiene todo el material: más de un quilo en planchas de hachís. También algo de instrumental quirúrgico para cortarlo. La balanza para calcular las calorías de una posible dieta que no necesita servir como balanza comercial.

—No se te ocurra nunca encender el horno —dice riendo.

—¿De aquí salió el dinero para el piso y el coche?

—De aquí.

Lo había adivinado antes, cuando se refirió a sus clientes del Ditirambo, cuando habló luego de un trabajo de horarios desordenados, de empresario autónomo. Siempre le había gustado fumar y algunas veces yo lo había acompañado. Probablemente había empezado como todos: pequeño tráfico para pagarse el consumo, para ir pasando progresivamente a cantidades mayores. Siempre fue un tipo despierto y hábil en el trato, un aventajado discípulo de Mercurio, valiente para vivir al borde del peligro, pero lo suficientemente listo para no hundirse en él. Un día había

calculado las posibles ganancias y habría decidido establecerse por su cuenta, con dedicación exclusiva.

—Es peligroso.

—No si sabes con quién tratar, si te dedicas sólo al hachís y no comercias con yonquis.

—No digo sólo vender. Con la despenalización del consumo es relativamente fácil escabullirse. Me refiero a introducirla por las aduanas.

—Yo no llego tan alto en el gremio, a mí me la entregan ya dentro para la distribución. También en este comercio hay minoristas y grandes almacenes.

—¿Y cómo entra?

La forma con que me mira, casi desconfiado, como si dudara en contestar, hace que me arrepienta de haber hecho esa pregunta.

—Generalmente viene con morenos como esos que esta noche se llevó la policía, o en los mismos barcos. La única forma que tienen muchos de pagarse el pasaje para entrar es sirviendo como mulas ciegas. Pero de este tráfico yo estoy muy lejos — responde sin mirarme ya, apartando la incomodidad de la pregunta. Sin embargo, es él quien, después de unos segundos de silencio, continúa hablando.

—Luego, la distribución no es complicada. Es como un restaurante o un hotel: el prestigio se gana con tiempo y sin trampas. Lo que no se puede hacer es ir de pinche por las esquinas vendiendo medio talego. Ésos son los primeros en caer cuando a la policía le da por sacar el cepillo de dientes y blanquearle la boca a la ciudad. Yo tengo una clientela fija que compra por gramos: veinte, treinta mil pesetas cada vez. Funcionarios, matrimonios marchosos o estudiantes ricos de La Laguna.

Con unas tijeras curvas de cirujano pellizca la esquina de una de las planchas. Deja el doble fondo abierto, deshace un cigarrillo y en la palma experta de la mano caliente un poco de hachís. Luego lo mezcla y lo vierte en una fina pipa.

Voy al salón y relleno los vasos de whisky. A Siro le va tan bien que me da un poco de miedo. Tampoco él está libre de que le registren la casa por detrás de las colmenas, y el horno, aunque es un escondite ingenioso, no quedaría oculto ante un exhaustivo registro policial. Si lo atrapan, algún tiempo después tendremos algo más en común para contarnos. Mientras cierro la botella, a mi memoria vienen los sonos de la cítara a cuyo ritmo inquietante se movían Cotten y la rata de alcantarilla de Welles en una Viena bombardeada donde sólo la gigantesca noria parecía haberse salvado milagrosamente. Pero yo estoy muy lejos de sentir una decepción semejante. Ni Siro es venenoso como allí lo era el gordo genial ni yo estoy tan limpio como estaba Cotten. Aun así, su negocio no me tranquiliza nada. Regreso a la cocina. Me ofrece encender la pipa.

—No, ya no fumo.

Me mira con incredulidad y durante una décima de segundo la expresión de sus

ojos me recuerda los ojos de Botín.

—Bueno, como quieras. ¿Me ayudas?

—Sí.

Enciende la cocina eléctrica. Corta un pedazo de la plancha y lo pica en trocitos pequeños. Luego abre dos hojas de periódico y los extiende sobre ellas. Con una esponja húmeda va esparciendo gotas de agua sobre el papel, serio y concentrado, como un sacerdote que asperjara agua bendita con el hisopo. Dobla cuidadosamente el papel con el hachís en su interior y, usando una botella como rodillo, lo prensa en dos finas planchas. Vuelve a humedecerlas, las envuelve en papel de aluminio y las coloca sobre la placa eléctrica. En dos minutos, los paquetes herméticos comienzan a hincharse. Los retira de la placa y, ya húmedos y flexibles, vuelve a prensarlos con la botella. Quita el papel de aluminio y las hojas del periódico y finalmente envuelve la pasta con un plástico muy fino.

—Son para un tipo caprichoso que lo quiere en planchitas. Él lo pierde, porque aunque parece ganar en olor y en frescura, en realidad está pagando gramos de agua a precio de costo. Todos estos productos son muy fáciles de adulterar.

Una vez más vuelve a usar la botella. Coloca las dos planchas en el suelo, se apoya en mis hombros y se sube sobre el vidrio como un malabarista de circo. Con los pies la hace rodar varias veces hasta convertirlas en unas películas de poco más de un milímetro de grosor, de un color verdoso más oscuro que el que tenía inicialmente.

—Listo —concluye.

Cenamos dos sándwiches preparados sobre la misma placa.

—Yo tengo que salir a entregar esto. Como prefieren que vaya solo, tú puedes elegir: esperarme en el coche mientras lo entrego, serán algunos minutos, quedarte aquí o salir a dar una vuelta por la ciudad.

—Prefiero quedarme.

—Mañana te haré un juego de llaves —dice mostrándome la habitación que voy a ocupar—. Mañana, también, hablamos despacio de lo que te apetece hacer.

Me da un golpecito en la espalda y sale. Oigo cerrarse la puerta. El reloj da una campanada. La noche comienza a ser noche verdadera: son las doce y media. Salgo al balcón trasero, sobre la calle del Hurón. La temperatura es agradable. En algún lugar cercano una muchacha canta con aires tristes de folías. De cuando en cuando pasa un coche por la calzada. Treinta metros más arriba hay un solar sin edificar. Algunas casas tienen las paredes con el ladrillo desnudo, sin encalar, con cierto aspecto tercermundista, tan distinto este tapiz urbano del paisaje publicitario con un mar amatista para el turismo rubio y de lujo, de la excursión en camello por las cañadas de Lanzarote o las silenciosas urbanizaciones de Los Gigantes.

Al otro lado de la calle, casi frente a la ventana, en un callejón ciego, una luz roja anuncia el comercio de la carne. Voy a volver dentro cuando oigo unos gritos de

mujer en el callejón. Viene corriendo y parece haber salido del club. Dos muchachos que pasan en ese momento se detienen con la intención de ayudarla. En el perfecto silencio de la noche se oyen bien sus palabras:

—Por favor, llamad a la policía, por favor.

Los dos jóvenes buscan en sus bolsillos unas monedas y le abren la puerta de la cabina a la mujer, que viste una falda roja muy corta, abierta en los laterales hasta las caderas, y una camiseta blanca de tirantes que deja ver muchos centímetros de piel. Su vientre, ligeramente abultado, insinúa un embarazo. Es joven y llora, histérica y amedrentada. Los dos muchachos la ayudan a marcar el ceronoventayuno, mientras yo, desde arriba, soy el primero en ver salir a un tipo del mismo lugar de donde ella procede. El hombre se acerca a la cabina. La chica, al verlo, se queda sin habla, el teléfono en las manos. Los dos muchachos comprenden que ése no es su lugar y se marchan sin decir una palabra. El chulo, a solas con ella, se limita a encender un cigarrillo y a regresar al club diciendo:

—Bueno, ya vale de folclore. Adentro.

La mujer deja el teléfono colgando, lo sigue sumisa como un perro y todo vuelve al silencio.

Cinco minutos más tarde llega un coche policía, se detiene un momento en la esquina y sus ocupantes miran hacia la bombilla roja. Unos segundos después se marchan acelerando. En la cabina solitaria el teléfono sigue balanceándose sobre el sueño de la calle.

Vuelvo adentro y me tumbo en la cama. El pasado en Breda me pateo la memoria como un feto que reclamara la atención de la madre. Haciendo un esfuerzo meto todos los recuerdos en una cascara de nuez y los lanzo a navegar al olvido.

Y sin embargo, aquí, la peculiar situación de Siro tampoco es tranquilizadora, tampoco es como yo había esperado. Estoy en libertad condicional y no quiero que nadie vuelva a quitarme el sol, pero no es ésta la única ni la principal razón por la que no voy a implicarme de nuevo en nada ilegal. Mañana le diré que me ayude a buscar un trabajo, cualquier cosa, porque ni puedo estar aquí permanentemente inmóvil ni quiero mezclarme en sus asuntos. Siempre había pensado que el hachís es inofensivo con un mínimo control, pero aun así pertenece a un mundo que no volverán a pisar mis pies. He visto ya demasiada gente destrozada, cuerpos como harapos colgando de una jeringuilla, una adolescente tumbada en una acera mientras su perro, famélico, la protege en su último sueño. Yo mismo había llegado a ver el inicio del camino, allí estaba esperándome, turbador y sonriente, entre el hastío y la desesperación entre barrotes. Elegirlo hubiera significado prescindir de amigos, de familia, de todo. Sencillamente, prescindir del futuro. Y éste es lo bastante negro como para sentir curiosidad por verle la cara.

La dama blanca

—Necesito que me hagas un favor especial. Te lo pido porque no lo puedo hacer yo.

Por la forma de mirarme a los ojos sé que es algo importante para él. Podría negarme, no, Siro, adivino de qué se trata, y nada cambiaría en su actitud generosa, pero de algún modo me está obligando esa mirada seria. Llevo aquí dos semanas, pensionista pronto incómodo, buscando inútilmente un trabajo —cualquier cosa es mejor que no hacer nada— en los anuncios de la prensa, en las calles y en el puerto. Ya ni siquiera lo intento.

—Sé que no te va a gustar —añade—, pero no hay ningún problema en hacerlo. Si no...

—Tú dirás.

—Alguna vez te he contado que el único familiar que me queda es mi padrino, Armando. Cuando se casó con su actual mujer, Paola, una italiana, trajeron de Nápoles a la madre de ella. Algún día iremos a verlos. La anciana tiene cáncer de colon y los médicos la han desahuciado, hasta tal punto que la han enviado a morir a casa. En el hospital, para calmarle los dolores, comenzaron a inyectarle morfina.

Ella se agarra a la vida con desesperación y al cabo de este tiempo las dosis que le recetan los médicos no son suficientes para tranquilizarla. Su organismo se ha acostumbrado al sedante y ya necesita un pinchazo cada tres horas. Armando me ha llamado de nuevo esta mañana: no tienen morfina y la anciana lo está pasando muy mal. La culpa es un poco mía, porque he retrasado la entrega de las dosis que cada dos semanas le vengo haciendo. Y ahora hay que ir a recogerla.

—¿Dónde?

—A un hospital, a la sala de Oncología. Es una enfermera, Candela, y nadie sabe que ella es quien me suministra la morfina.

—¿Entonces?

—Ocurre que yo no puedo ir por allí, no por razones de peligro con la policía, sino por un compañero suyo de trabajo que me conoce desde hace tiempo y sabe a qué me dedico. Me ha visto un par de veces con ella, sospecha algo que no existe y lo interpreta mal. Cree que tengo algo que ver con Candela, y eso lo molesta más que la propia verdad, si la supiera. A ti no te conoce.

—¿Por qué no te la entrega en otro sitio, fuera del hospital? —le pregunto, temiendo que interprete mi pregunta como una escapatoria.

—Porque necesito la morfina con urgencia. Además, en una ocasión en que me acerqué a su casa, lo vi merodeando por su puerta. Es un neurótico. A veces Candela lo ha sorprendido siguiéndola y ha logrado ponerme nervioso. De todos modos, si no quieres ir no pasará nada, me acercaré yo.

—¿Qué tengo que hacer?

Diez minutos más tarde camino hacia el hospital. Todavía no sé si Siro dice la verdad en toda esta historia de buscarle una agonía plácida a una anciana moribunda, en toda esta desconfianza exagerada hacia un tipo de quien no me ha dicho ni el nombre, pero todo ello es algo secundario. Si no hubiera querido hacerlo, me habría negado, aun teniendo la seguridad de que la historia fuera cierta. Camino hacia el hospital descontento y pensando que la morfina sustraída calmará unos dolores a costa de permitir otros menos favorecidos.

Al preguntarle al celador por Candela Ramírez me indica cómo llegar a la unidad de Oncología. Siro la ha avisado por teléfono cuando yo salía, de modo que está advertida.

En la planta pregunto por ella y me envían a esperar a una salita donde se nota la mano de una mujer: cuadros pequeños y apacibles en las paredes, un ramo de rosas en un jarrón, todo ordenado y perfectamente limpio, con una cálida pulcritud que no puede dar la fría asepsia de los profesionales. Además, un televisor portátil y un equipo de música con demasiados vatios para un ámbito tan reducido.

Cuando estoy curioseando los discos —Los Sabandeños, Leonard Cohen, Mecano, el Don Giovanni íntegro...—, entra ella.

—Hola.

—Hola. ¿Tú eres Candela?

—Sí.

—Soy Ricardo. Te ha avisado Siro de que venía.

—Te estaba esperando.

Tiene hablar dulce y gestos suaves, el pelo muy negro y la boca muy roja. En la piel, el color de la arena tan común en las islas. Ronda los veintiocho años y es muy atractiva. No encaja en absoluto con la falsa idea que yo me había hecho de una enfermera que escamotea morfina. Nada en su actitud revela nerviosismo, tensión o desconfianza. Ella también me observa.

—¿Qué tienes tú con Siro?

—Somos amigos. Esto es un favor que me ha pedido.

—Espera un momento.

Entra en una habitación contigua, se oye una llave abriendo algo metálico y sale luego con una cajita de corcho blanco. Me la entrega y, sin abrirla, la guardo en el bolsillo. Cuando voy a salir me llama.

—¿Te ha contado Siro para quién es?

—Sí.

—Nadie más debe saber nada. Yo estoy al margen de cualquier complicación.

—Nadie lo sabrá. Y yo ya lo he olvidado.

Sonríe un momento, satisfecha. A su cara morena le sienta bien la risa.

—Prefiero que hayas venido tú, aunque parece que no te agrada mucho.

—No me agrada, y espero no volver. ¿Es cierto todo eso de la anciana moribunda?

Sin llamar, entra en la habitación una enfermera. Al ver que nos callamos, comprende que ha interrumpido algo y se marcha.

—Es cierto, ¿no crees a tu amigo? Pero ahora no puedo contártelo.

—¿A qué hora terminas el trabajo? —le pregunto, yo mismo sorprendido de la rapidez de la pregunta.

—A las diez.

—Pasaré a buscarte.

Vuelve a sonreír antes de contestar.

—Te espero.

Camino por la Avenida Anaga mientras un pandemonio de tentaciones me arde en la cabeza. Voy pensando en el kadett de Siro, en lo bien que se podría vivir en las islas con dinero, en las playas llenas de pechos de sirenas al sol y en Candela y su boca roja como una herida.

Necesito una cerveza. Todavía con la cajita encima me detengo en el Ditirambo. No está Julio. En una mesa dos negros hablan y mueven los pies al ritmo de guapachás que impone el estéreo. Unas adolescentes ríen junto a la barra. Más cerca, casi a mi lado, hay dos chicas y un muchacho. El besa con desparpajo a la más guapa mientras la otra, aspecto de carabina vocacional y precoz, los observa con gesto inquisidor.

—Mañana salimos los dos solos y dejamos a esta pesada en casa —dice la guapa al oído del chico—. Verás qué orgía.

—Vale.

Todo comienza a convertirse en una tentación. Haber citado a Candela a la salida del trabajo, con una celeridad cuya eficacia me parecía tener ya olvidada, ha sido el primer paso, motivado menos por escuchar sus razones sobre la morfina que por la necesidad de hablar con alguien que no sea Siro ni Asís.

Mientras saboreo la cerveza fría no puedo evitar pensar, olvidando por un momento contrarias convicciones, que tendría más oportunidades de este tipo si Siro me cediera algunas parcelas de su inventario. Por lo que había observado en estas dos semanas, no le faltaba trabajo. Y con él las relaciones laborales no serían las de jefe-subordinado, sino una colaboración con mucha libertad y suficientes beneficios. Puede que incluso él esté esperando mi aceptación. La plusvalía que deja la droga muchos la imaginan, pero se quedan cortos: sólo la conoce de verdad quien la maneja y la vende. Hasta la policía y sus estadísticas salen siempre a la baja. Esta tarde tan sólo había rozado los límites de la ilegalidad y ya había surgido algo confortante.

Pero es precisamente esa facilidad y el miedo a estar jugando con materiales corrosivos lo que me impide entrar al circo. Creo que cada uno puede elegir su

destino —su muerte o sus paraísos—, pero no quiero ser yo el gurú que facilita la elección. Con el contrabando de tabaco todo era distinto: al fin y al cabo, ¿qué diferencia hay en que la gente fume rubio americano o búlgaro o autóctono? Sólo la estabilidad del fisco y del monopolio nacional.

Vuelvo a casa con estos pensamientos y la morfina bajo el brazo. Abro con el duplicado de las llaves que ya hace días me entregó Siro. Está esperándome, dispuesto para salir. Le entrego la cajita. La abre y me enseña doce o quince ampollas transparentes.

—¿Todo fue bien?

—Sí.

—Ya te dije que era fácil. Candela es muy competente, nunca me ha fallado.

—¿Cómo la consigue? —le pregunto señalando la caja.

—Tiene varios métodos. Ella te lo podría explicar mejor que yo.

—Iré a buscarla a la salida del trabajo.

—¿Hoy mismo?

—Hoy mismo.

—Siempre has sido muy hábil con las chicas, Cupido. Esta vez no podía ser de otra manera. Me alegro. Ahora tengo que salir a llevar esto.

A las diez estoy de nuevo en el hospital. Como no veo a Candela en la puerta, subo directamente a la planta. En la habitación que ya conozco suena muy baja la voz de Ana Torroja exigiendo descanso dominical para los esclavos negros. Candela, despidiéndose, no está sola. Hay varias enfermeras más, las piernas al aire porque los sillones hundidos tiran hacia arriba de las faldas —todo lo cortas que permite el reglamento— de tela semitransparente, en el olvido ya los velos y las recias batas almidonadas. También hay un hombre de aspecto enfermizo, cansado, de movimientos lentos como si tuviera oxidado el esqueleto, que me observa con curiosidad y desconfianza a través de una mirada de humo, los ojos hundidos como si las cejas de plomo le pesaran demasiado. Sentado en un rincón, ligeramente separado del grupo de enfermeras, simula, al mirarlo yo, leer una revista.

Salimos fuera. Candela va vestida con falda vaquera y una camiseta atrevida, de tirantes estrechos. Subimos a su coche, un corsa blanco.

—¿Adónde quieres ir?

—Adonde tú quieras. Tú eres la anfitriona.

Circula entre algunas calles estrechas y me lleva a un pub decorado con sabor a mares del sur: sombrillas de bálago sobre las mesas, palmeras artificiales y reproducciones gauguinianas con mujeres semidesnudas y ociosas sobre el amarillo final de la playa tropical.

—¿Te gustan los combinados?

—Sí, si son fuertes.

—Pedimos entonces mistela canaria.

Cuando el camarero las trae, pruebo el contenido de mi vaso.

—Aguardiente rebajado con agua, naranja, azúcar... y algo más que no reconozco.

—Y una cucharada de matalahúva. Desde hace siglos pone la diferencia.

—Subirá demasiado pronto a la cabeza. Es demasiado dulce.

—Como todo lo canario —concluye ella, y parece incluirse en ese absoluto. Cuando repetimos por cuarta vez ya casi he olvidado todo lo que traía en la cabeza, aquel asunto de la morfina. Salimos a la noche sintiendo en las venas el caballo del aguardiente desbocado por las gotas de matalahúva.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa?

—Mucho. Nos despejará un poco.

—Conduce tú —dice.

Rodamos unos kilómetros hasta Las Gaviotas, bordeando barrancos afilados y un paisaje esplendoroso que la noche no logra cegar. Bajamos del coche y caminamos por la arena. Ella se quita los zapatos y la ayudo a colocarse un suéter sobre la camiseta de tirantes.

Nos hemos detenido y de repente, sin pedirnos permiso, nos cae toda la seriedad encima, la pregunta que nos ha traído hasta este momento y que al fin no ha logrado esquivar la mistela canaria que se sube a la cabeza. Es ella quien pregunta primero.

—¿Ya te lo contó todo Siro?

—No. Sólo me dijo a quién iba destinada, pero no cómo la consigues.

—¿Y qué piensas tú?

—Que no me gustaría estar enfermo en un hospital, necesitar morfina para calmar el dolor y que el armario estuviera vacío.

—Escúchame, Ricardo, escúchame bien.

Me siento en la arena y la invito a que lo haga ella también, apartando la desconfianza por los futuros compromisos a que obliga toda confidencia.

—No hablarías así si supieras lo difícil que es soportar la visión permanente del dolor. Aunque lo vivas día a día no llegas nunca a acostumbrarte a su presencia, tanto que en ocasiones desearías ser tú el que está sufriendolo, al menos para darle un segundo de paz al enfermo. Te juro que nunca, nunca, ningún paciente ha sufrido por lo que yo haya podido sacar de allí. O bien no lo necesitaba o bien se le inyectaba algo que hacía el mismo efecto sin crearle adicción.

—¿Cómo?

—Hay varias formas. En lugar de morfina, se inyecta Valium, que actúa como tranquilizante, y Nolotil, que actúa como analgésico. Para estos productos no existe el mismo rígido control que para la morfina. Y el resultado es clínicamente el mismo.

Otras veces son algunos médicos relajados quienes te ordenan, cuando les dices que el paciente se queja, que lo duermas con una ampolla. Pero el medicamento no se usa porque el paciente en realidad ni se queja ni lo está necesitando. En una planta donde el uso de la morfina es cotidiano, las oportunidades para desviar las ampollas hacia otros usos son muy frecuentes. No creas que esto es generalizado, pero tampoco lo he inventado yo, ya se ha hecho otras veces.

—¿Tan mal está la anciana para hacer todo esto?

—Claro. ¿Crees que si no me arriesgaría a perder para siempre, no un empleo, sino un trabajo en el que me siento a gusto? Ya la tuvimos en el hospital, pero la enviamos desahuciada a casa porque siempre es mejor morir en la cama de cada uno. La habíamos atiborrado, en vano, de medicamentos que ya no servían para nada: Melphalán, Prednisolona, dinitratos... Luego empezamos con la morfina para que al menos no sufriera. Se ha acostumbrado a ella porque la agonía dura demasiado, se aferra a la vida con una fuerza insólita, y ahora ya las dosis recetadas no le son suficientes. Pero no es porque le hayamos creado una adicción. Un enfermo sólo se convierte en adicto si se le sigue administrando droga cuando ya no siente el dolor. Y la anciana no podría soportarlo sin la ayuda de la cocaína.

Yo sigo en silencio. Ella me coge de la mano, se arrodilla frente a mí y pone su rostro muy cerca del mío.

—Créeme si te digo que nunca un paciente ha sufrido el mínimo dolor por lo que yo haya podido sacar. No sé por qué tengo que contarte todo esto y esforzarme para que me creas, te acabo de conocer hace unas horas. Pero cree lo que te digo, créeme.

La miro y no quiero evitarlo. La beso en los labios y compruebo sin sorpresa que todo lo canario es dulce, el sabor anisado de la matalahúva agazapado en las comisuras, dulces a pesar del aire marino que comienza a pegarse a la piel. Candela se va inclinando desde su posición orante hasta que juntamos los cuerpos horizontales. Su aliento templado comienza a caminar por mi cuello. En su cintura desnuda, entre la falda y el suéter, brilla como un diamante su ombligo luminoso. Entre las piernas me va creciendo un río buscando el norte, certero como una brújula, un río que sube el cauce de sus morenos muslos sureños derritiendo el hielo de dos inviernos sin sol.

Arriba brilla la luna como una linterna en un sótano. El cielo es una pira: sobre las islas se han dado cita esta noche todas las estrellas. La arena es una cama de perlas frías que el mar nos ofrece para un lecho de valvas.

Gambito de sangre

Candela me deja en la puerta de casa. Es tarde, más de las tres de la madrugada. Todo ha estado bien, incluso ese después no siempre fácil que decepciona o abre para otra ocasión los corazones. Cuando estoy abriendo el portal, Siro llega conduciendo. Lo espero en el umbral y, mientras aparca, veo salir de otro automóvil cercano a dos tipos cuyo aspecto sugiere muchas cosas y ninguna de ellas buena. Siro y ellos coinciden frente a la puerta.

—Te esperábamos, Siro —dice uno de ellos, bajito, pelirrojo, del que menos se podía esperar el saludo.

—Ya estoy aquí. ¿Qué tal estáis los hermanitos?

—Mal —responde de nuevo el pequeñajo. Parece más inteligente que el otro, no tiene el aspecto de primitivo recién salido de la cueva que ofrece su escolta. A los dos, sin embargo, les huele mal la mirada y la desconfianza acecha en el aleteo de sus narices romas y nerviosas. Mantienen las manos en los bolsillos en actitud sospechosa. Siro no parece notarlo.

—Sin embargo, tenéis buen aspecto.

—Por la noche no se ven las ojeras.

Me he acercado a ellos. El pequeñajo me mira un segundo y pregunta:

—¿Es tu amigo?

—Sí.

Como me dan vela, me acerco un paso más a la lumbre.

—¿A qué debo esta visita? —pregunta Siro sin mover ni una pestaña.

—Queremos que nos pases unos gramos de costo. No mucho, un cuarto. El que nos surtía se ha ido unos días de vacaciones a la Provincial y nuestros clientes no dejan de pedir su alimento. Tú tienes maná del bueno y nos vas a echar una mano.

—Yo no tengo nada. Ya no me dedico a eso.

—No nos mientas, Siro, sé buen colega y no nos mientas.

—No tengo nada.

—¿Y cómo consigues entonces mantener el pisito y el carro? Porque no te conocemos otro trabajo.

—He heredado una fortuna —replica con un acento donde todo atisbo de benevolencia ha sido liquidado, con un desdén que fácilmente puede trocarse en violencia.

El pequeño sonrío un momento y nos mira a todos. Cada segundo que pasa va haciendo más inevitable la pelea.

—¿Por qué no vais a pedirselo a Carmelo? Él siempre está cargado de todo —dice Siro en un último intento de terminar la conversación y subir a casa.

—Carmelo pasa poca cantidad y mala. Es un julai. ¿Por qué no nos dejas subir a

echar un vistazo, a ver si tienes algo extraviado?

—No, a mi casa no sube nadie que yo no quiera.

—¿A nosotros no nos quieres, Siro?

—No. Ya os lo he dicho otras veces.

El pelirrojo estira el puño y le da en el rostro a Siro, no con tanta fuerza como para tumbarlo. Al mismo tiempo, el cavernícola se viene hacia mí. Suelto la pierna y lo veo agacharse de dolor. Pero se rehace más pronto de lo que podría esperar y su puño me alcanza de lleno; retrocedo unos pasos para recuperar el equilibrio mientras veo a Siro mano a mano con el pequeñajo, que tiene una agilidad sorprendente. El otro se me acerca y espero hasta el último segundo para golpearlo, de modo que recibe en su rostro pedregoso, cuadrado como un dado, el impacto doble del puño y del impulso que traía. Avanzo y de nuevo golpeo con rabia el duro fuselaje de sus mandíbulas, el rostro lleno de espinillas grandes como clavos. Los nudillos de mi mano derecha se resienten, pero él no cae, debe tener raíces en lugar de piernas. Desesperado, consigue abrazarme el pecho. Siento que las costillas me crujen, que la respiración se me acaba. Logro liberar la mano izquierda y aprieto su cuello con toda la fuerza que me va quedando, los tendones tensos como bramante. Me estoy ahogando, pero resisto al ver que su rostro se va tornando colorado como el pelo de su hermano. Me suelta de repente y siento luego el primer golpe de su puño en mi boca. A través del humo que me nubla la vista le veo hundir su mano en el bolsillo. Abre con rapidez una navaja automática y lanza una cuchillada que me pincha el antebrazo con el que intento proteger mi vientre. Entonces, Siro, que ha dejado al pelirrojo en el suelo, lo golpea por detrás y el cavernícola cae al fin arrodillado. Le quita la navaja.

Los dos hermanos se levantan retirándose hacia su coche. La sangre me brota en abundancia, pero el corte ha sido en la parte exterior del antebrazo y no ha tocado las venas principales. Siro me pone su pañuelo en la herida y les dice a los dos hermanos que ya se alejan renqueando:

—No quiero volver a veros rondándome.

—Esto no quedará así —amenaza el pequeño, con el rostro como un muñón, entre la sangre que le corre por las comisuras de los labios—. Limpiad bien el piso, porque vais a tener aquí a toda la policía registrándolo.

Suben en el coche, aceleran y desaparecen. Nosotros entramos en casa. Yo siento el brazo dolorido y los labios gruesos y calientes.

—¿Es profundo?

—No. Lo podemos curar nosotros.

—Me hubiera ido muy mal estando yo solo frente a esos dos. Ha sido providencial tenerte al lado.

En el cuarto de baño me escaldo la herida con agua casi hirviendo. No es grave, ha penetrado en la carne casi dos centímetros, pero hubiera sido peor si hubiera rajado, porque habría afectado a nervios y tendones. La desinfectamos y Siro me pone una venda.

—¿No tendrás sida, eh, con toda esta sangre por ahí danzando? —bromea.

—¿No te preocupa?

—¿Qué?

—Lo que dijeron al final, lo del chivatazo a la policía.

—No, nunca me preocupan las amenazas en la huida, es valentía de prestado. Si pensarán hacerlo no lo habrían dicho. Además, ellos serían los siguientes implicados. Sabía que tenía que ocurrir esto. Alguna vez les pasé algo, pero no pagaban. Aparte de eso, no son peligrosos. El verdadero peligro está en otra parte, ellos sólo son choricillos de barrio. Y no volverán por aquí en algún tiempo.

—¿Y la policía?

—Es una amenaza tonta, su derecho al pataleo. Se callarán porque tienen mucho que perder, desde pequeño tráfico con drogas duras a algún asalto nocturno a establecimientos comerciales. Yo lo sé y ellos saben que lo sé. No dirán nada, puedes estar tranquilo. Ahora tómate esto para el dolor —me da un Nolotil— y duerme. Mañana, de todos modos, quitaremos el fuego del horno y, si te encuentras bien, haremos un pequeño viaje.

Voy a la habitación y trato de conciliar el sueño mientras le oigo manipulando en la cocina.

Por la mañana me despierta trayendo en una bandeja el desayuno a la cama: café con leche, gofio y dos mediasnoches con mantequilla. Tiene un ojo negro como el café.

—¿Cómo está el brazo?

La sangre ha manchado un poco la venda. La quitamos. Los bordes de la herida se han hinchado, pero en todo lo demás su aspecto es normal. Volvemos a desinfectarla con alcohol, y mercurobromo.

—Desayuna y vístete. Nos vamos.

Cuando voy a la cocina lo veo abriendo el doble fondo del horno y sacando varios paquetes, bien envueltos en bolsas negras. Luego los introduce en un bolso de viaje y lo cierra. Piensa un momento, vuelve a abrirlo y mete en él el bisturí que utilizaba para cortar las planchas de hachís.

Quince minutos después circulamos por la carretera del Sur. Todavía no me ha dicho a dónde nos dirigimos. Le pregunto por los tipos de anoche.

—Son varios hermanos, o, por decirlo mejor, hermanastros. Los llaman los Seisdedos porque, según cuentan, una antepasada suya había tenido seis en cada mano. Ellos dicen que la bisabuela ya se dedicaba a la prostitución con una amplia

clientela, atraída por el morbo de sentir un dedo más hurgando en la entrepierna. Sea verdad o no, lo cierto es que desde siempre han sido ladrones. De esa familia, lo más curioso ahora, junto con el pequeñajo, es la madre, la Karina. Si es seguro que todos son hijos suyos, no lo es menos que cada uno es de un padre distinto. Pero los genes de la madre son tan fuertes que todos se parecen a ella. Sólo el pequeño, el pelirrojo, al que llaman Gambito, parece algo diferente. Ella es la que ha impuesto el dominante a su descendencia. A los hijos no les importan los diferentes orígenes paternos y están unidos como siameses.

—Parece el nombre de un grupo musical: Karina y los Seisdedos.

—La vieja es una puta de cuando las putas no habían oído hablar del sida. Una de esas que recibían en casa propia y no en burdel, de las del barrio, que todo el mundo conocía y visitaba. Era el mejor ejemplo de puta autóctona, de la que se conocía toda la familia y los orígenes, de las de la lujuria casera y colchón de lana. Ahora parece que ya no las hay españolas, como si las extranjeras que hoy faenan por aquí hubieran cogido el relevo: árabes, sudamericanas, algunas gitanillas y alemanas caras del rollo fino o masoca. La Karina era tan brava que no tenía chulo. Cuando alguno intentaba arrogarse tal privilegio, ella misma se les enfrentaba navaja en mano. Dentro de su familia impuso un implacable matriarcado, como una alcaldesa de Zamarramala, pero ejerciendo todo el año, y sacó el clan hacia delante. No es seguro que con los dineros mercenarios comprara lo primero que curiosamente compran todas: un panteón digno donde enterrarse cuando mueran, y en sagrado, como si tuvieran pánico de que los gusanos no les comieran las carnes que en vida tantos habían comido; lo cierto es que a los hijos no les faltó nunca techo y comida. Hoy todavía se la ve algunas veces paseando por la calle, ya retirada del oficio por la edad y la gordura, muy vestida y acicalada, viviendo de las rentas del dinero que le proporcionó el cuerpo. Y si se pregunta en el Casino por ella, seguro que todos la conocen, porque muchos se estrenaron en su cama. La vieja enseñó a los hijos todos los resortes para ganarse la vida sin trabajar, pero no quiere saber nada de ellos desde que se dedican a la droga, que por ahí ella no pasa. Todo esto lo sé porque vivíamos en el mismo barrio antes de comprar el piso.

—¿Y los hermanos?

—Los hermanos son como un zoológico, hay de todo. Son seis o siete. En realidad eran unos benditos, un poco violentos, sí, pero se les podía manejar. Hasta que hace un par de años llegó el pequeñajo de un correccional de la Península. Lo habían metido dentro por un tirón. La propietaria del bolso se resistió y él la arrastró varios metros. Estaba embarazada y a causa de los golpes abortó. Cuando salió del correccional había aprendido bien la cartilla y ahora es el que manda en la casa. La vara ha pasado de la vieja al pequeño sin escalas intermedias. Ellos quieren introducirse en algunos clanes importantes, pero están tan fichados que no pueden

atravesar ciertos filtros, nadie los quiere como socios en asuntos delicados. El pequeñajo es el más inteligente. En la Península también aprendió a jugar al ajedrez, le gustó y cuentan que gana a todo el mundo. Así le cayó enseguida el alias: el Gambito. Además, ya lo viste, es pelirrojo como una gamba. Con él los Seisdedos comienzan a hilar más fino.

—¿No hay hermanas en la familia para continuar la tradición familiar?

—No, pero la madre, a pesar de su edad, se basta para establecer el equilibrio. Y puede vivir cien años. En un cumpleaños uno de los hijos le regaló un palo del Brasil. La planta traía en las raíces huevos de «viuda negra», una de esas tarántulas de picadura casi mortal. Dos semanas después la vieja amaneció rodeada de arañas en su cama. Una le picó en el pecho, estuvo ingresada, pero no le pasó nada. Es dura como el pedernal. Llegaron los bomberos con trajes de amianto, vaciaron la habitación, la fumigaron y quemaron todos los enseres que había dentro, incluida la cama casi mítica en Santa Cruz. En otra ocasión, antes de que el Gambito volviera, ocurrió un hecho gracioso con uno de los hermanos: un día asaltó un banco en Puerto de la Cruz. El solo, a lo valentón. Cuando salía con el botín había un turista grabando la plaza con un vídeo de aficionados, uno de esos reportajes domingueros que luego se llevan a su país para afilarle los dientes a parientes y vecinos. Enseguida llegó la policía, vieron al turista, cogieron la cinta y la visionaron. Cinco minutos después estaban en casa de la Karina. El atracador estaba solo con una tía abuela o algo así, la madre había salido, contando satisfecho los billetes. Viéndose atrapado, no se le ocurre nada mejor que coger a la propia abuela como rehén y salir al balcón con ella, amenazándola con una pistola, algo que habría visto en televisión. Era todo un espectáculo, él con la pipa en la sien de la abuela, la abuela que no se lo tomaba en serio y le decía que la soltara ya, que iba a coger el palo de la escoba y le iba a zurrar. Hasta la propia policía se reía. Le cayeron dos o tres años, porque los abogados alegaron trastornos mentales permanentes. Pues bien, esos tiempos en que los Seisdedos eran la anécdota curiosa y hortera del barrio están pasando a la historia desde que el Gambito ha vuelto.

—¿Quién es ese Carmelo que citaste?

—Carmelo es un mal bicho que no tiene la excusa de los orígenes canallas de los Seisdedos, ni de la falta de oportunidades. Es un galibardo de buena familia que intentó todas las profesiones de la farándula y no consiguió sentirse a gusto en ninguna. Quiso ser deportista profesional con la vela y sus papás le compraron un barco. No le dedicaba el sacrificio y el sudor necesarios y se quedó en simple aficionado. Se pasó al arte y quiso ser cantautor cuando ya los cantautores eran símbolos viejos. Más tarde estuvo en una colonia agrícola de hippies que pretendía, ¡aquí en las islas!, autoabastecerse de todas las necesidades. La comuna se disolvió cuando comenzaron a aparecer hijos como hongos y no había con qué alimentarlos.

Según iba pasando por todas estas etapas se iba enganando con drogas cada vez más duras. Por fin abrió una boutique de diseño y modas donde acude la *beautiful people* local y por donde blanquea todo el dinero de su comercio, fundamentalmente cocaína. Está bien situado para tener una clientela guapa que no le causa complicaciones, aunque es avaro y no se habla bien de él. Es un tipo que viene de vuelta de todo sin haber recorrido nunca el camino hasta el final.

—¿Os hacéis competencia?

—No. Yo no trabajo esos campos, aunque den muchísimo dinero. Es otro mundo. Creo que tenemos el mismo proveedor, pero nos vemos poco y nunca nos hemos preguntado sobre eso. Él dice que el hachís abulta mucho y deja poco. Y él necesita mucho dinero al día para calmar la sangre.

Callamos unos momentos mientras el kadett va devorando los quilómetros. Nos cruzamos con un coche de la Guardia Civil de Tráfico. De repente, todavía flotando la amenaza de la noche anterior, sintiendo las presencias invisibles, pero cercanas, de los personajes que acaba de citar, llevando el hachís escondido bajo el asiento, le pregunto:

—¿Tú crees que serían capaces de matar?

—¿Quiénes?

—Los Seisededos y Carmelo.

—Eres un ingenuo, Cupido. Todo el mundo es capaz de matar —dice sin ningún dramatismo—, todo el mundo. Unos necesitan razones y un arma. Otros sólo el arma. Otros sólo una razón. Y algunos no necesitan ni razones ni armas, sólo alguien a quien poder matar con cierta impunidad.

Cañonazos en la mar

Circulamos deprisa. A la derecha de la carretera brillan escuálidas lomas que sirven de zócalo al Teide, lomas de piedras grises como lagartijas entre las que corren perenquenes y chicharras, lomas de clavículas peladas donde únicamente abundan tunerales, matas de lentisco y de retama y algún raquíptico azufaifo cuya raíces son garras que se aferran a la tierra dura y superficial. Es una zona donde sólo son felices los lagartos y las moscas, inhóspita, pobre, de significativa toponimia: Cueva del Barranco, El Escobonal, Zarza, La Degollada, Ensenada del Pedregal, Lomo de Arico. Hasta el Teide parece darle la espalda, despreciarla, siempre mirando hacia el drago de Icod, milenario, magnético y ritual, y a las fértiles plataneras de Orotava. A la izquierda, lejos de la carretera, quedan las playas de arena gorda y negra arrojada como un desperdicio hace miles de años por las furias telúricas que un día descorcharon el volcán, arena torrefacta en el horno geológico, arena que hace daño en los pies desnudos y en las espaldas que se atreven a tumbarse en ella para adorar al sol.

—Queda un poco lejos de casa para que nadie venga a buscarla —le digo.

—Nunca la encontraría nadie. Enseguida nos desviaremos hacia la casa de Armando, ya te hablé de él.

—¿Tu padrino?

—Sí, el único familiar que me queda, aunque él ni siquiera es un familiar. Era el mejor amigo de mi padre. Vive en una casa apartada de todo, tiene bastante dinero y un buen puñado de acciones en una urbanización de Los Gigantes. No hay nadie que conozca como él todas estas playas, desde las islas a las costas de África. Algunas veces vamos juntos a pescar y parece que huele los peces, que los adivina. Es su mayor placer, después de una vida en la que ha catado todos los placeres. Cuando era más joven estudió con los maristas. En el tercer curso de Teología colgó el misticismo y la sotana y se fue a África. Allí se hizo contrabandista. Como tú —dice riéndose—. Luego también llevó gente a Venezuela, cuando de aquí querían emigrar todos. Lo recuerdo siempre con un regalo exótico —un loro, una bitácora, un juego extraño— cada vez que volvía a vernos. Ahora vive casi retirado, alguna visita a la oficina y mucho tiempo libre dedicado a la pesca, a Paola y a la curiosidad por la antropología. De vez en cuando escribe artículos en revistas sobre las civilizaciones del mundo, las costumbres y cosas de esas.

—¿Y Paola?

—Paola apareció un día en un yate que recaló frente a la casa. Parece que era amante de un millonario ocioso que estaba dando la vuelta al mundo con otras dos o tres parejas, habrás oído algo de esas tournées marítimas.

—Algo. Aunque allí dentro no se habla mucho del mar.

—Pues bien, Paola conoció a Armando y se quedó con él, a pesar de ser veinte o veinticinco años más joven. Es maja, ya la verás. Ahora están pasando un mal momento, con la vieja agonizando en casa. Ayer le traje la morfina.

—¿Armando sabe algo de lo tuyo?

—No lo sé. Yo le digo siempre que trabajo como mensajero. Es la mejor tapadera que he encontrado para justificar esta libertad de horarios y de movimientos, pero a él es difícil engañarlo. Tienes que contestar lo mismo si te pregunta. Y no diremos tampoco nada de la pelea de anoche.

—Descuida.

Poco después nos salimos del asfalto para tomar un camino de tierra que sale hacia la izquierda, hacia el mar, del que nos hemos separado un poco. A unos cinco, kilómetros, tras unas áreas de terreno cultivado donde crecen hortalizas y algunas palmeras, se ve una casa grande y blanca, rodeada de césped muy verde y de cuidados parterres. El mar queda a doscientos metros. En la arena descansan dos barcas: un pequeño bote de remos y una brillante *fiberglass*.

Al pasar la puerta de la valla metálica, sale de una casa más pequeña, antes de la principal, un hombre de unos cuarenta años, fuerte y vestido con un mono azul, atraído por el ruido del motor. Ve a Siro y lo saluda con un gesto antes de volver al interior.

—Es Félix, el guarda.

Por el camino que marcan entre el césped dos cuidadas hileras de adoquines llegamos frente a la casa. Enseguida sale al porche un hombre de alrededor de cincuenta y cinco años, aunque puede aparentar diez menos. No oculta las arrugas, las asimila como una prueba más de la fuerza aún pujante para encajar impertérrito, como un boxeador negro los golpes, los estragos del tiempo. Conserva todo el pelo, en el que las canas luchan por la supremacía de la cabeza. Tiene muy bronceado el rostro y unos ojos muy azules que intentan parecer alegres, pero en su fondo brilla una especie de cansancio o desasosiego. Es delgado y nervioso, como si acumulara una energía impropia de su edad. No es el viejo marinero *made in* Hemingway luchando contra la vida por una espina de pez que las palabras de Siro en algún momento podían haber hecho evocar.

Tras él aparece una mujer a la que le dobla la edad. No es hermosa ni deslumbrante. Tiene un poco larga la nariz, pero su cara, la cara grata y apacible de los que no han dado nunca cobijo a la acrimonia, acepta bien la sonrisa y gusta mirarla a los ojos, rasgados en una perfecta simetría. Su pelo es rubio, no muy rubio, y liso, partido por una raya a la derecha. Cuando se mueve, la media melena le cae sobre la cara y ella la retira con suavidad, como si apartara un echarpe de blonda.

Armando se acerca a nosotros.

—Éste es Ricardo —nos presenta Siro—. Armando y Paola. Nos saludamos con

un apretón de manos y un beso.

—¿Cómo está hoy?

—Calmada, pero mal. ¿Qué te ha pasado en el ojo?

—No es nada —contesta tocándose con suavidad la orla corinto—. Me peleé con una puerta del mueble de la cocina.

Miente con la aplastante seguridad de quien se sintiera creído.

—Tienes que cuidarte más.

—Ya lo hago, padrino, ya lo hago.

—Pasad dentro. Ayer tu visita fue muy rápida. Hoy no voy a dejar que os marchéis tan fácilmente.

El salón es confortable, con espacios vacíos en las paredes, con mucha claridad. El estudio de Armando, sin embargo, está abigarrado de hileras de libros, de figuras de artesanía de todas las partes del mundo y de instrumentos de navegación y motivos marinos: distintos tipos de brújulas, magistrales, sextantes, bitácoras, goniómetros y un astrolabio, protegido en una caja de cristal, con una inscripción: 1617. Una gruesa piel de manatí alfombra el suelo. Dos puertas correderas de cristal abren un lateral del estudio a una terraza con piscina desde donde se ve el mar. Abajo, tras la esquina de la Punta de la Rasca, asoma Hierro su nariz afilada y la Gomera silba. Al frente, muy lejos, queda África.

—¿Queréis subir? Ella se alegrará de verte —dice Paola a Siro.

—Sí.

Subimos al piso de arriba y entramos en una habitación en penumbra. Paola abre un poco la persiana y un chorro de luz se cuela por el hueco. Un espeso olor a alcanfor extiende sus brazos desde la cama por toda la alcoba. La anciana está acostada con los ojos muy abiertos, sin que la luz repentina la moleste. Siro se acerca y la besa.

—¿Qué tal estás?

—Male, male —dice débilmente, esforzándose en vano por hacer aflorar una sonrisa narcótica.

Paola, mientras tanto, rompe una ampolla y llena la jeringuilla. Descubre la sábana y gira a la anciana. Al ver la aguja, la avidez por su contenido se convierte en el gesto más poderoso de su cara. Paola inyecta en una nalga escuálida que acepta el pinchazo sin contraerse. Ahora, girada hacia Siro y hacia mí, puedo ver mejor su cara, todavía el limo del dolor velándole los ojos abiertos, los huesos de las clavículas sostenidos por la camisa del pijama, los párpados de plomo sostenidos por el miedo a que se cierren y no se puedan abrir más, el aliento sostenido sólo por la morfina que Candela suministra.

—*Adesso voglio che tu dorma un po* —dice Paola.

Su respiración se va haciendo más tranquila, sale despacio de su boca el hilo de

aire que le va devanando el corazón.

Paola baja de nuevo la persiana y volvemos al salón. Armando nos mira de arriba a abajo.

—Voy a buscar dos bañadores. Porque no dejaré que os vayáis hasta que le hayamos robado unos peces al viejo testarudo —dice al tiempo que sale a buscar la ropa y los útiles de pesca.

—Salir a pescar es un rito que no perdona, de modo que, en la barca, no hagas esfuerzos con el brazo. Yo voy a guardar aquello —añade en voz baja—. A una cala a medio quilómetro, son sólo unos minutos. Dile a Armando cualquier cosa hasta que yo llegue.

Desde la ventana lo veo sacando el bolso del coche y corriendo hacia la derecha. Vuelve veinte minutos más tarde, cuando ya lo esperamos montando los anzuelos. Armando no pregunta nada.

Ya ataviados a propósito —ellos en bañador, yo, con la excusa de la piel aún blanca y el temor a las quemaduras, mantengo la camisa— bajamos a la orilla, empujamos la fiberglass, una Shetland 503 de dos motores, y arrancamos. Penetramos una milla en el mar. El sol se derrama en abundancia sobre el agua. Diminutos barcos a lo lejos parecen maquetas en el escaparate de una tienda de artículos de pesca. En la estampa es tan suave el oleaje que las plumas de espuma que brillan en las olas parecen pedir palomas en lugar de petreles y agrias gaviotas.

Armando nos pasa las cañas y en los anzuelos ponemos los pececillos que ha traído como cebo. Lanzamos, gozando la dosis de suspense que siempre tiene la pesca con sedal y que la hace similar a las novelas de misterio: los leves indicios, la trampa que se tiende, el acecho y la espera, la espiral desconfiada del pez antes de morder el anzuelo, el final sangriento. Siempre me había parecido ridícula la fanfarronería del pescador —del mismo modo que es ridícula la fanfarronería violenta del mal detective— a quien atrapar un pez le parece una hazaña, sentado en la orilla, ignorando que a la misteriosa inmensidad de los abismos donde no llega la luz él tampoco podrá llegar nunca, vanagloria inútil de la araña que caza mosquitos en un estercolero plagado de grandes moscas.

Pero ahora, sin vanagloria, me siento satisfecho al notar el primer tirón.

—La suerte de los novatos —se ríe Siro.

Recojo el sedal con rapidez. El pez brinca sobre la superficie, intentando desesperadamente soltarse del garfio que le está rajando la garganta.

—No recojas tan deprisa —dice Armando—. Esto es el mar y aquí no tiene donde esconderse.

Ralentizo el movimiento y cuando al fin lo tengo cerca, apoyo el pie en la regala y de un tirón seco lo saco a la superficie de la barca. Mide casi cincuenta centímetros y debe pesar cerca de dos quilos.

—Estupendo —dice Armando observándolo—, es un róbalo. Apetecible en la comida y en la cena. Se suele pescar con atarraya, es muy difícil atraparlo con caña.

Mientras lo sujeta con la mano izquierda para quitarle el anzuelo, el pez se debate con ruido de abanico. Ha mordido con ansia y hay que romperle un labio para desprendérselo. Saltan unas gotas de sangre.

Con el esfuerzo se me debe haber abierto la herida del antebrazo y también a mí me corre una gota por la muñeca. Intento ocultarla, pero Armando la puede haber visto. Aprieto la venda como puedo, de espaldas a ellos dos, y vuelvo a montar el anzuelo y a lanzar con precaución de movimientos.

Pronto pican más peces, pero todos son dobladas pequeñas o alevines que devolvemos al agua. Luego, Armando siente un fuerte tirón.

—Éste es mucho pez.

Tiene una caña más resistente que las nuestras, con sedal de diez quilos, y por eso no se ha roto. Los nuestros seguramente se hubieran partido ante la fuerte tensión a que lo somete el pez desde el agua. Comienza a soltar carrete. Aquí, con profundidad, es imposible que pueda engancharse entre las rocas del fondo, adonde intentará dirigirse para protegerse en el primer impulso. Cuando Armando siente que la tensión del sedal afloja, recoge hilo. Luego vuelve a soltar, aunque siempre recuperando metros, un paso atrás y dos adelante.

—Vamos a cansarlo bien. Coged los remos, sin encender el motor.

Soltamos las cañas y remamos lentamente hacia donde el pez nos marca, siguiéndolo. Poco a poco la tensión va cediendo. El pez, que no ha salido todavía a la superficie, gira algunas veces alrededor de la barca, pero luego mantiene la dirección anterior, siempre hacia alta mar. Todavía se producen algunos tirones desesperados, pero cada vez son más cortos y con menos brío, como si comenzara a ser consciente de su fin.

—Ya va cansado —dice Armando recogiendo carrete.

El pez sigue tirando hacia dentro, buscando la muerte lo más lejos posible de la costa. Ya no remamos. Enseguida lo vemos asomar a la superficie como un reo se asoma desde el ventanuco de su celda a contemplar el patíbulo que están levantando para él. Mira hacia nosotros recogiendo en su retina una última imagen: la de sus verdugos. Tiene el lomo grande y pesado, las escamas brillando como la niebla de un televisor.

Armando recoge casi todo el sedal. El pez, definitivamente vencido, queda aleteando a tres metros. No quiere acercarlo más, porque podría apoyarse en la cubierta para adquirir con las últimas fuerzas un impulso fuerte que podría romper el hilo.

—Que no salte.

Tira fuerte de él y lo levanta hacia la barca. El pez, aterrado ante la ausencia del

agua, como un ahorcado que sintiera abrirse el vacío bajo sus pies, reúne todas sus fuerzas y se retuerce en el aire con un tirón rabioso y desesperado. Logra romper el sedal, pero ya es tarde: ya cae al suelo de la barca mientras Armando lo sujeta con un pequeño bichero. Luego le clava la navaja detrás de la cabeza, descabellándolo como a un novillo.

—¿Lo reconoces? —le pregunta a Siro.

—Sí, es una merluza.

—Una merluza enorme. Hoy estamos de suerte, porque es muy difícil atraparla tan cerca de la costa. Por eso tiraba tanto hacia dentro. Su curiosidad la ha matado, porque es el pez más goloso del mar, lo muerde todo, y en eso encuentra su perdición.

—Ya tenemos comida para hoy —dice Siro.

—Para varios días. Ya podemos volver.

Recogemos cañas y sedales, clavamos los anzuelos en los corchos y regresamos. Nos hemos alejado bastante de la costa. Miro el reloj: la una y media.

—¿Habrás hecho Paola otra comida?

—No, nunca la hace cuando salgo de pesca —bromea Armando parodiando la fanfarronería del gremio.

Quince minutos después llegamos a casa. Paola no está. Ha dejado una nota diciendo que la abuela estaba profundamente dormida y que iba a hacer algunas compras urgentes. En la cocina, Armando descorcha un Malvasía, un vino limpio de cepas limpias en las que nunca jamás medró la filoxera, y nos sirve un vaso. Sube arriba a comprobar si la anciana sigue durmiendo. Regresa enseguida y comienza a limpiar la merluza. No me ofrezco a ayudar porque podría abrirse de nuevo la herida y no quiero exponerme a su curiosidad.

Corta las aletas, roza las escamas grises y le abre el vientre claro y suavísimo con unas fuertes tijeras de despiece. Introduce los dedos y arranca la vejiga y las tripas. Va a arrojarlas a la basura cuando nota algo.

—¿Qué es esto?

Palpa los intestinos del pez con curiosidad.

—Hay algo duro dentro. Y es redondo.

—Será un doblón de oro de un naufragio —bromea Siro.

Armando corta la tripa y saca algo. Cuando lo lava bajo el grifo vemos un extraño objeto, como un medallón, con un pequeño orificio para ser colgado al cuello. Pero evidentemente no es de oro. Lo acerca a la luz del Atlántico en la ventana y observamos sus detalles: es de madera negra, tal vez ébano, como la de esas estatuillas que venden los africanos en sus tenderetes. A pesar de sus trazos algo toscos e hinchados por el agua, se aprecia claramente su iconografía: en una de las caras hay dos elefantes frente a frente, con sus trompas enlazadas por varias vueltas. En la otra, la imagen estilizada de un rostro femenino con una especie de corona, tal

vez una diosa.

Armando va al estudio y trae una lupa con la que lo examina detenidamente.

—Es un medallón guineano, ya lo había visto antes. Lo llevan unas tribus, los Abelam, que habitan en el interior del país, subiendo el río Mbini. Los elefantes con esas largas trompas enlazadas son el símbolo del grupo, de la cohesión de la tribu y de la fidelidad en la memoria a la tradición de su pueblo y a la muerte serena, porque los Abelam entierran a sus muertos siempre en el mismo lugar, bajo la tierra, en cuevas con resonancias de hipogeos griegos.

Lo escucho con asombro.

—¿Y cómo ha podido llegar hasta el estómago del pez?

—No lo sé.

Nos servimos más vino. Armando cuelga el medallón al sol para que se seque y va preparando la merluza: la corta en rodajas y comienza a cocinarla. Estamos eufóricos por el resultado de la pesca, como si en realidad hubiéramos atrapado a la ballena llevando a Jonás en el vientre. Los tres echamos continuas miradas al medallón negro que cuelga al sol en el cristal transparente de la ventana.

Pronto llega Paola. Le enseñamos el hallazgo, pero ella parece más interesada en discutir con Armando el mejor modo de preparar la salsa.

Cuando nos sentamos a la mesa son casi las cuatro. Abrimos otra botella de Malvasía. Llegamos al final de la comida con el estómago lleno de vino, de merluza y de deliciosas tamaras almibaradas de postre.

Luego salimos a la terraza, ya el sol buscando la baranda del Teide, a contemplar un mar fosforescente que no está enfermo como el Mediterráneo, un mar donde parece que todavía no se han inventado las motoras. Armando mantiene este rincón inviolado frente a la invasión del turismo nórdico.

—Una o dos veces por semana voy a la oficina, procuro controlar un poco todo aquello y regreso rápidamente. Muchas veces le he ofrecido a Siro un puesto allí, pero no quiere.

—No lo necesito. Me gusta lo que hago.

Por un segundo estoy tentado de pedirle yo ese trabajo, pero opto por imitar el silencio de Siro, que se aplica en servirnos unas copas de coñac.

Armando se levanta y entra en la casa. Vuelve un minuto después con el oscuro medallón en la mano.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Mucho. Es casi inquietante.

—Tómalo. Es tuyo. Se lo daría a Siro si fuera un doblón de oro, pero tratándose de un medallón de madera, lo perdería.

Lo miro negando con la cabeza. Es el primer día que nos conocemos y sé el valor

que para él tiene la medalla, tan aficionado a todos estos temas.

—No, no puedo aceptarlo.

—Es tuyo con una condición: que volváis a menudo a pescar conmigo. Los dos juntos traéis suerte. Otro día encontraremos doblones. El mar siempre es un baúl de sorpresas.

En sus ojos azules hay una determinación tan generosa que no admite un rechazo.

—Gracias.

—Consévalo como recuerdo.

—Seguro. ¿Pero cómo pudo haber llegado a las tripas del pez?

—Se le puede haber caído al agua a algún pasajero —dice Paola.

Pero yo quiero oír a Armando. Él se hace esperar unos segundos mientras carga de picadura una lujosa pipa de palisandro.

—Es poco probable que un abelam pierda tan fácilmente el medallón de su tribu. Quizá era para él lo más valioso que llevaba encima, todas sus creencias se encerraban en esa diosa y en esos dos elefantes con las trompas entrelazadas. Quizá fuera un naufragio —vacila unos segundos antes de continuar— o quizá lo arrojaron al agua.

—¿Al negro?

—Sí, puede haber ocurrido. Sobre todo si el capitán del barco es un blanco.

—¿Pero por qué?

Armando bebe un sorbo de coñac.

—Siro me ha dicho que tú fuiste ocasional contrabandista. ¿Es cierto? —me pregunta con cierto tono de solidaridad gremial.

—Sí, es cierto.

—Yo también lo practiqué algunos años. Por entonces, viajar transportando mercancía prohibida, pero luego de comercio legal en el interior, dejaba más ganancias que ahora. Eran los mismos años en que mucha gente se quería ir al otro lado del mar. En las islas había mucha hambre, porque se vivía sólo de la tierra, escasa y en manos de unos cuantos, y de la pesca. Y al otro lado había petróleo. Fletar un barco hacia Venezuela era todo un negocio.

—¿Y el turismo?

—No había llegado todavía la avalancha de los bárbaros. Y ahora, de todos modos, con o sin turismo, la gente sigue viviendo apretada. Hay demasiada población para unos pocos kilómetros cuadrados. ¿Has comenzado ya a sentir la claustrofobia de los peninsulares?

—No, todavía no.

—Ya la sentirás. A un buen contrabandista siempre le parecerá pequeño su territorio, un buen contrabandista no puede amar los límites ni las fronteras.

—Pero tampoco puede vivir sin ellas. Por eso la estirpe está desapareciendo con

todas esas utopías de la unidad europea.

—Dentro del Mercado Común, pero no desde fuera.

—¿Quedan contrabandistas en las islas?

—Quedan contrabandistas. Aquí siempre los ha habido, porque es un privilegiado lugar de paso. Pero entre ellos ya no hay ningún romántico. Antes los contrabandistas contribuíamos a equilibrar el mundo sin necesidad de permisos ni papeles. Había carencia de algo en un lugar y se llevaba, trayendo luego lo que aquí se necesitaba. Era tanto para dentro como para fuera. Te ibas con paisanos y volvías con mercancías. En África era distinto: cuanto más bajabas la costa, más fácil era vender y más caro se pagaba el contenido de las bodegas, reventando de cualquier cambalache de la civilización del progreso o de armas para las interminables guerrillas. Luego, al subir, nunca faltaba un soborno de cualquier cosa, de animales para los zoos, de marfil, de maderas de *bokume* o de minerales caros, de brillantes, e incluso, cuando no había nada, las bodegas se cargaban con morenos.

—¿Con negros?

—Sí, aquí los llamamos morenos. Te pagaban todo lo que tenían por subir a bordo, el producto de la venta de un pequeño rebaño o su única piedra preciosa, huyendo de la miseria que los rodeaba, imaginando el paraíso occidental de los blancos, o escapando por cuestiones políticas, otro reguero constante, porque en África la estabilidad de los gobiernos brilla por su ausencia.

—¿Y tú los traías?

—Alguna vez, pero nunca en las condiciones en que lo hicieron otros.

—¿Cómo?

Vuelve a servirse coñac. Parece no querer hablar del tema y a la vez desearlo, como un hombre que cuenta a la mujer que ama aventuras poco agradables de su vida anterior.

—De todas las maneras. Los contrabandistas siempre han tenido más imaginación que la policía...

Enciende la pipa apagada. Paola, Siro y yo lo miramos en silencio, esperando que continúe.

—En el transporte de morenos se han cometido las mayores barbaridades. Es el tráfico de esclavos de este siglo, pero con la diferencia de que ahora son los morenos quienes quieren venir al mundo desarrollado, y éste canda sus puertas amedrentado ante la avalancha negra que se le podría caer encima del jardín bien cuidado.

En el tema hay mucho dinero y relativamente poco riesgo, porque no se le vigila lo suficiente y porque el mar es tan grande que no se puede controlar todo lo que navega por encima. Existe, además, una legislación flexible que potencia el camuflaje, que permite fletar sin apenas control un buque bajo banderas de países no sospechosos de nada, no alineados, ni con ningún conflicto internacional encima. Tal

vez no lo recordéis, pero hace tres o cuatro años salió en la prensa la noticia de un barco que había desaparecido misteriosamente en el Atlántico, en una zona del mar en calma chicha, sin dejar el mínimo rastro y sin haber pedido ayuda. Hoy ese barco atracó en los puertos del Mediterráneo y del Golfo Pérsico con algunas modificaciones, bajo otra bandera, con menos impuestos, con otro color y con otros fines comerciales, menos honrados, por supuesto. Y casi con la misma tripulación, porque entre la marinería mercante suelen abundar los hombres sin raíces, esos de los que se dice que tienen una novia en cada puerto y que van repitiendo siempre la misma historia inmortal, y por dinero abundante se prestan a cambiar incluso de tatuajes. Si alguno tenía lazos demasiado fuertes y se negaba al camuflaje, puede que ahora esté bien atado en el fondo del océano.

—¿Todo eso está confirmado?

—Confirmado. Yo mismo vi en Nápoles a uno de los «desaparecidos».

—¿Y qué hace la policía? ¿Nadie lo denuncia?

—¿Para qué? ¿Para favorecer o proteger a quién? En todo caso, es un delito contra el Estado, donde no siempre hay terceros que acusen. Y cuando no hay acusación particular, el Estado sólo se defiende bien cuando se trata de Hacienda. Con el terrorismo lo intenta, pero no siempre lo consigue. ¿Tú crees que merece la pena incomodarse y arriesgarse a una piedra en el cuello por cualquiera de los Estados, de izquierdas, de derechas o de centros que conocemos en este febril y enloquecido siglo xx?

—No, no hay ninguno que valga tanto.

Bebo un trago y miro el medallón que tengo en la mano.

—¿Y los negros? Ibas a decir algo sobre ellos.

—Te decía que esa es otra historia, más terrible porque la vida de un hombre negro sigue valiendo menos que la de un hombre blanco, por muchos Geldof y Simón que vayan cantando por ahí. Hace mucho tiempo conocí a un comandante de Aduanas muy peculiar. Era el tipo más corrupto que he visto en toda mi vida. Y créeme, he visto a muchos. Jefe de Aduanas en un puerto de cuyo nombre no quiero acordarme. Durante años dejó pasar todo tipo de contrabando, mercancías y hombres: hindúes, sudamericanos y muchos de África. Cuando arribaba un barco con contrabando, el capitán le contaba lo que traía: pagaba la correspondiente castillería, y paso libre. Todo el mundo contento y el tipo enriqueciéndose. Para colmo, era un godo, en el sentido en que denominamos a algunos peninsulares, sólo a algunos, a aquéllos que vienen con la tizona en una mano y la caja registradora en la otra. El dinero se lo llevaba a la Península y allí lo invertía. De vez en cuando había algún regalito o prebenda para los cómplices y todo marchaba bien. Así, años y años. Hasta que un día un capitán griego trajo un cargamento de morenos y decidió no pagar. Nuestro hombre, de alguna manera, lo supo. Cuando el barco, muy viejo, para el

crematorio, atracó en el muelle, subió a hacer personalmente el registro. Los morenos venían escondidos en enormes toneles llenos de cocos, de varios quintales, cerrados más o menos herméticamente por arriba. Ellos estaban dentro, convenientemente instalados para no sufrir el peso. Respiraban por una pequeña espita. El comandante golpeó por fuera los barriles, revisó las duelas y las tapas y preguntó si no había nada oculto dentro. Nada, dijo el griego. Entonces abrió uno de los cocos de muestra y con la pulpa fue taponando las espitas de respiración, tranquilamente, como jugando. Decretó un embargo preventivo de veinticuatro horas para que nadie pudiera subir a bordo, con la excusa de una nueva inspección que no llegó a realizarse. Murieron asfixiados todos los morenos, sin poder moverse bajo los centenares de quilos de fruta.

—Pero si sabía que iban allí dentro —dice Siro—, ¿por qué no les hizo salir y arrestó al griego?

—Porque el griego podría declarar en un posible juicio que otras veces, anteriormente, había pasado más mercancías ilegales sobornando a nuestro hombre para que hiciera la vista gorda. Y se le acabaría el negocio. Lo que le interesaba era que siguieran llegando mercancías ilegales y él cobrar por dejarlas pasar.

—¿Sigue en activo el comandante?

—No. Su corrupción llegó a ser demasiado evidente: un mercedes, una vivienda de lujo y las inversiones allí arriba. Lo trasladaron a algún lugar en el interior de la Península, a una sinecura de agradecimiento por sus méritos, creo que en la frontera interior con Portugal. Había llegado el momento en que hasta los propios subalternos le perdieron el miedo y le exigían porcentajes en las ganancias.

—¿Y hoy todavía sigue ese tráfico?

—Creo que no. O, al menos, no es tan evidente. Pero nunca se puede estar seguro.

Miro el medallón. Imagino fácilmente el cadáver de un hombre negro en el fondo del océano, esperando inmóvil la vibración de un cañonazo para salir a flote: al mar no le gustan los cadáveres y los devuelve con facilidad. El hombre negro tiene los ojos, los dientes y las palmas de las manos más blancas que nunca, asustando desde su impasibilidad de momia a los alegres delfines que lo observan atónitos desde unos metros: qué es esto, no son los restos de comida que algunos días nos arrojan desde los barcos, es un hombre negro, no, sólo su cadáver, los delfines no podemos comer de él, se acabará nuestra alegría el día que comamos el cadáver de un hombre, y así están, mirándolo hipnotizados hasta que un tiburón se acerca atraído por el olor de la carne y despedaza un brazo de una dentellada. Enseguida llegan más escualos a participar del festín hasta devorarlo por entero. Por fin una gran merluza se acerca a los restos y traga confundido entre los últimos filamentos de carne un oscuro medallón de madera con dos elefantes con las largas trompas enlazadas en una de sus caras.

Debería dolerme el estómago, se me debería indigestar en las tripas la carne de merluza antropófaga, pero sólo siento una agradable sensación de calor y placidez en esta terraza junto al mar, a la sombra del Teide. La pleamar moderada del alcohol en la sangre debe contribuir a ello.

Siro apenas ha hablado en todo este tiempo. Lo miro por ver si muestra prisa o inquietud, porque la noche vendrá rápida, pero parece estar gozando de la tarde tanto como yo. De modo que vuelvo a preguntar a Armando:

—¿Y qué hacen luego los negros aquí dentro?

—Sobrevivir. Unos venden artesanía; otros se emplean clandestinamente por un mísero sueldo en trabajos eventuales; una buena parte trafica con droga, como camellos callejeros, y son los primeros en caer cuando hay redadas; algunos, con mucha suerte y habilidad, logran casarse con alguna nativa, o pagan por un matrimonio y adquieren así la nacionalidad. Hacen de todo.

—Julio —rompe su silencio Siro—, el dueño del Ditirambo, contó en cierta ocasión que ayudó a reclutar a un grupo de ellos para la guerrilla en no sé qué país africano.

Comienza a oscurecer. Nos levantamos y entramos en la casa. Armando insiste en que volvamos la próxima semana como plazo más largo. Y que también venga Asís. Paola nos entrega el róbalo limpio y envuelto en papel de aluminio.

Cuando salimos, le agradezco de nuevo a Armando el regalo del medallón. Él me retiene un momento y señalando a Siro, que ya está fuera, me dice:

—Cúidalo un poco. Es muy impulsivo y a veces hace algunas tonterías.

—No te preocupes, no hace nada malo —miento.

—Un tipo estupendo tu padrino —le comento, de vuelta a casa.

—No siempre está así, tiene sus épocas malas en las que está como perdido. Ahora se le ve muy bien, gracias a Paola, pero no siempre ha tenido la misma suerte. Hace años estuvo casado con una venezolana, una mujer tan espectacular como zorra. Lo engañaba a menudo con jovencitos de buena presencia. Un día vine a verlos, pero Armando no estaba. Ella, Consuelo, me dijo que lo esperara. Como tardaba y estábamos aburridos, decidimos bajar a la playa y hacer tiempo tomando el sol. Me llevó a una calita desierta y apartada, medio quilómetro más abajo de la casa.

—¿Dónde has ido ahora?

—Sí. Mientras nos bañábamos, comenzó a jugar conmigo en el agua, ya sabes, haciendo aguadillas como chiquillos. Entre el chapoteo y las risas sentí un par de veces que me tocaba, pero parecía casual. Otra vez, mientras le hundía la cabeza, el gesto fue inconfundible. No me extrañó, porque ya conocía su necesidad de estar cada día con un hombre, pero no quería creerlo. Salimos del agua, yo un poco tenso, pero disimulándolo, porque, a pesar de todo, tal vez fuera una falsa impresión mía. Nos tumbamos al sol a secarnos y María Consuelo se quedó en *top less*. Era una

maravilla de cuerpo, con unos pechos imponentes, grandes, altos y bien formados, todavía muy firmes a pesar de su volumen y de superar ya por entonces los treinta años. Tenía un culo bailón, muy carioca, que no le cabía en el diminuto bikini. Viéndola así, comencé a excitarme y tuve que tumbarme en la arena, boca abajo, para que ella no notara nada. Pero debió notarlo, porque un segundo después oí su comentario de que podía quemarme y sentí su mano aplicándome el bronceador por la espalda. Pero aquella mano no se movía para, aplicar el bronceador. Yo sentía la demora de las caricias, las yemas deslizándose por la columna vertebral buscando el peculiar estremecimiento, los dedos hurgando en el elástico de mi bañador. Tuve que contenerme para no hacerlo allí mismo, porque me había puesto a cien. Pero era la mujer de mi padrino. Ni siquiera se cortó con el ahijado.

—¿Y qué hiciste?

—Me aparté quitándole bruscamente la mano de mi cintura. Ella se puso un poco brava, guerrillera, ofendida en una oferta que nadie tendría fuerzas para rechazarle, diciendo luego que ella era libre para hacer lo que quisiera. La amenacé con decírselo a Armando y la amenaza fue lo único que la aplacó. Vivía demasiado bien con él, o, mejor, de él, para arriesgarse a perderlo. No dije nada cuando volvimos a la casa, pero Armando había regresado ya y debió adivinar algo en mi actitud. Ya sabía lo que ocurría porque todo iba mal entre ellos. Y tal vez aquello fue la gota que hizo rebosar el vaso. Dos semanas después se separaron y un año después llegó el divorcio. Para evitar todo lo desagradable de un proceso, Armando consintió en pagarle una respetable cantidad mensual.

—¿Dónde está ella ahora?

—Anda por Puerto de la Cruz. Tiene un buen hotel y le va bien —termina categórico, como si no quisiera hablar más de ella.

Cuando llegamos a casa Asís está esperando a Siro. Yo llamo a Candela por teléfono. La esperaré en la puerta del hospital.

Minuto veintisiete

Me ducho con el grifo totalmente abierto. El agua sosa de las islas me golpea con fuerza la espalda y la cabeza, limpiando el sabor salado que el aire marino me ha dejado en la piel. Cambio la venda. La herida, a pesar de todo, está mejor. Tal vez el yodo ha contribuido a ello. Como llego un poco tarde al hospital, apresuro el paso. Es una de esas noches canarias que gustan más a los hombres que a Dios: la temperatura es perfecta, el cielo está en calma y todo invita al solaz, a olvidar el alma y recordar el cuerpo. En esta tierra el clima es el mejor afrodisiaco. Salen a la calle los heraldos de la oscuridad, soplándose de los hombros la voz airada del encargado de sección, liberando las presillas de la agonía y de la prisa que les han encorsetado el pecho durante la jornada. Las parejas pasean abrazadas por las aceras de sombra, los dedos en la piel tersa de la cintura bajo la ropa liviana que permite el trópico, o buscan los bancos de los parques con memoria arqueológica de besos y caricias y las zonas de césped en lo oscuro, entre las buganvillas, suaves como la pana roja de los reclinatorios, pero a la vez regadas con el sudor de las espaldas o con el semen estéril del temor al futuro. En la oscuridad de un parque nunca hay tiempo que perder. En cualquier rincón, un hombre y una mujer amándose pueden impedir el fracaso de toda una ciudad.

Sigo caminando. Desde las terrazas de las avenidas la turbulencia del deseo en la mirada de algunos hombres sentados y solitarios intenta ascender las altas cotas de los pezones femeninos que pasean. Y en cambio, arriba, sin encontrarse, desde las ventanas de los hoteles miran estáticas, como ídolos muertos desde una pagoda, esperando nada, las tristes mujeres de Hooper.

Cuando llego al hospital Candela ya está en la puerta esperándome. No está sola. Un hombre habla con ella y, mientras me acerco, la veo negar varias veces con la cabeza.

—Hola.

—Hola. He salido unos minutos antes y te esperaba.

A su lado, el hombre me observa con una sonrisa donde se mezclan la ironía y la provocación. Lo reconozco como el hombre oxidado que la noche anterior, sentado en un rincón, simulaba leer una revista. Mantiene la cabeza inclinada hacia un lado, como la de un ahorcado, como si sufriera una incipiente joroba o tuviera las vértebras soldadas en una curva que lo inmovilizara. Es bastante alto, delgado y nervioso. Parece estar enfermo y en sus ojos se observa el chispeo peculiar de la gente sometida a una fuerte tensión emocional, un chispeo que reconozco enseguida porque lo había visto a menudo en los ojos de algunos presos antes de estallar o de cometer una tontería. Viste una camiseta amarilla de manga corta y un pantalón negro, como todo

lo que en la naturaleza es signo de daño o de veneno: las avispas, la salamandra, la serpiente de coral.

—Ricardo. Germán del Oro —nos presenta Candela.

Le tiendo la mano. Él la mira, espera un segundo y luego, cuando ya voy a retirarla, me la estrecha un momento, suficiente para notar su alta temperatura, el sudor de la palma y la debilidad de los dedos. No nos decimos nada.

—¿Nos vamos? —le pregunto a Candela, ignorándolo, porque su mirada callada y llena de bruma ha conseguido impacientarme.

—Sí.

Un minuto después rodamos en el corsa hacia el centro de la ciudad. Aparcamos en la plaza de la Candelaria y entramos en un restaurante.

—¿Es amigo tuyo?

—No. Es sólo un compañero de trabajo, del laboratorio.

—Parece un poco raro.

—Es muy raro —dice, pero sin malestar ni enemistad, acaso con algo de pena.

—¿Le gustas?

Me mira dudando si debe contestarme, pero yo permanezco en silencio esperando su respuesta.

—Sí, creo que demasiado. Pero no lo entiendo. Jamás me ha insinuado nada que no fuera tomar un café o ir a cenar juntos. Como si él mismo se lo prohibiera. A veces me da un poco de miedo, porque es un desastre en su vida personal, aunque es excelente en su trabajo.

—Suele ocurrir.

—Durante un tiempo estuvo en tratamiento con un psicoanalista, hasta hace unos meses. Dijo que estaba cansado de contar toda su vida y que no veía signos de que le fuera mejor. Yo creo que todo su problema son las mujeres, ninguna le hace caso, todas le huyen.

—¿Sabe algo de la morfina?

—Creo que lo sospecha, aunque no tiene evidencias. Un día que camuflé dos ampollas llegó poco después con el inventario y se puso a hacer recuento, pero no pudo aclarar nada. A Siro no le gustó porque nos había visto juntos una hora antes y por eso, cuando tú llegaste, te envió a ti. Germán lo odia porque cree que tuvo algo conmigo, siempre nos veía casualmente hablando bajo. Pero nunca se nos pasó por la cabeza. Lo que me asusta de Germán no es el asunto de la morfina, sino la actitud con que algunas veces lo sorprende mirándome, con una mezcla de encono y de deseo. Parece que le gustara sufrir y encuentra en todas partes motivos para ello.

—Ahora me odiará a mí.

—¿Has notado cómo inclina la cabeza?

—Sí.

—También físicamente es un hombre desgraciado. Tiene en el cuello un pico de loro.

—¿Qué es?

—Calcificaciones en las cervicales. Son bultitos que les salen en la epífisis a algunos huesos y que, cuando se localizan en las vértebras del cuello, en argot médico llamamos picos de loro. El frío o algún esfuerzo excesivo provocan dolores crónicos que impiden mantener erguida la cabeza. En el hospital lo apodaron enseguida como Germán «Pico de Loro». Como, además, se llama Del Oro de apellido, la burla permanente está servida.

Demasiadas desgracias para un hombre solo. Mi antipatía inicial va dejando paso a una tibia comprensión y a un deseo de regalarle al menos una almohada eléctrica.

Cuando quince minutos más tarde salimos fuera, la noche se ha poblado de sirenas que fumigan inquietud y vacían las calles. Coches de policía circulan veloces por la Calle del Castillo. Vamos al Ditirambo. Está casi vacío y la música de bagualas suena muy apagada.

Candela y Julio ya se conocen.

—¿Qué ocurre ahí fuera? —pregunto.

—Están haciendo una operación de limpieza. La semana pasada le robaron el coche oficial a todo un diputado de Madrid, un pez gordo de la Dirección General de Tráfico. Enseguida aparecieron los chistes en la prensa y enseguida se convocó una sesión en el Parlamento sobre inseguridad ciudadana. Se llenó, che, cuando casi siempre está vacío.

Esta redada es para acallar las críticas. Han detenido a todos los sospechosos que deambulaban por los habituales puntos de venta de droga. La radio dice que en una hora ya ha entrado más de un centenar en las comisarías. Y que más de la mitad son morenos. Aquí también han venido con una orden judicial y de nuevo se han llevado a todos los que no tenían la documentación en regla. Un buen jaleo, parecía un golpe de estado.

Se va un instante a servir a un cliente solitario y regresa.

—Pero no cambiará nada. Recuperarán algunos alijos de vídeos y loros, expatriarán a algunos africanos sin documentación, facturarán hacia Inglaterra a unos cuantos hooligans y habrá unos pocos juicios. Cuando transcurra una semana, todo volverá a estar igual que estaba esta tarde. No cambiará nada.

Yo no estoy tan seguro de que todo este barullo de sirenas sea tan intrascendente, porque recuerdo las amenazas de los Seisededos la noche anterior. De modo que llamo por teléfono a Siro. Descuelga enseguida. Me dice que está enterado y que se va a dormir. Está absolutamente tranquilo.

—Aquí no vendrán. Y aunque lo hicieran, estoy limpio. Todo está donde Armando.

Me dice que me divierta y cuelga.

Salimos del Ditirambo a la una y media de la noche. La calle está vacía, como en una huelga general, y ya han desaparecido las sirenas y los coches de policía.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a mi casa. Yo también estoy inquieta.

Caminamos hacia el coche. Entonces veo junto a él a un hombre que, al divisarnos, parece buscar donde esconderse. Por un momento pienso en un ratero, pero al avanzar reconozco la figura contrahecha de Pico de Loro. Sorprendido, se detiene y se queda mirándonos, la cabeza torcida, la expresión arrogante de que no es él el jorobado, sino que es el mundo el que está torcido y hubiera que equilibrarlo a su medida.

Para estar ahora aquí, nos ha debido seguir hasta el restaurante y luego hasta el Ditirambo, aunque también cabe la posibilidad de que haya reconocido el corsa de Candela en la calle y se hubiera acercado a curiosear.

Llegamos junto a él, que espera inmóvil, con su eterna mueca de ironía, como un alumno empollón que hubiera sorprendido a sus compañeros planeando hacer novillos. Tiene la mirada nublada, como un borracho o un enfermo.

—¿Qué buscas? —le pregunto.

No contesta, pero tampoco oculta su desprecio. Su actitud de insolencia comienza a irritarme el hígado, de donde dicen que surge la ira.

Ignorándome, se dirige a Candela para gruñir con voz ebria:

—¿Éste es el sustituto de Siro?

Candela me coge el brazo porque adivina la tentación de taponarle la boca sucia como un albañal, dañada ahora por un repentino rictus de dolor. Pero ya es él quien se da la vuelta y se aleja caminando.

—Vamos a casa. Quiero que te quedes conmigo esta noche —dice Candela cogiéndome la mano.

Tiene un apartamento alquilado en la parte alta de la Rambla. Cocina pequeña, cuarto de baño, salón y dormitorio. Coqueto y elegante. Sillones y sofá de chintz, algún mueble antiguo, una imitación de gobelino en la pared, desde el techo al suelo, una talavera con begonias y macetas con dracenas y palos del Brasil. Todo un poco estilo La casa de Marie Claire. Enseguida se aprecia que aquí ejerce una mujer una magistratura que rara vez invade un hombre, y acaso de forma ocasional, pasajera, porque todo está enfocado hacia la comodidad femenina: sus útiles exclusivos al alcance de la mano, el televisor de veinte pulgadas con la pantalla dirigida hacia el sillón favorito e individual, con la funda más gastada, la bandeja pequeña de patas plegables para servirse la cena sentada en la alfombra de diseño. Lo observo todo porque contemplar una casa es contemplar el alma de su dueño, pero no toco nada. Sé la importancia que para una mujer que vive sola puede tener su hogar, un refugio de

orden y autonomía contra el caos exterior que el mundo impone en el trabajo y en la calle. Sé que muchas veces ellas ven como un intruso al hombre que llega, arrogante como si hubiera llegado al paraíso, porque les han permitido pasar una noche en su lecho, pero del que no desean nada más, nunca que pongan, en señal de falsa confianza o de dominio, los pies sobre la mesa baja, que se lleven prestado para siempre el disco favorito, que rompan una copa de Cristofle o que desafinen a manotazos las cuerdas de la guitarra.

Cuando vamos a la cama está todavía nerviosa por el incidente con Pico de Loro, y se nota al hacer el amor. Intenta aflojar la tensión anterior con una entrega nerviosa, sin detenerse en nada, desnuda como una palabra, casi anticipándose a cualquier movimiento mío. Compruebo que con una enfermera se puede hacer casi de todo. Casi pasivo, mientras algo muy parecido a la ternura se posa sobre mi cuerpo, voy sorbiendo con lentitud la primordial salmuera de su piel, acaricio su vientre blanco y suavísimo como el vientre de la merluza mientras ella rebusca con subterráneo afán la fuerza vermicular que llevo dentro. Esta noche no hay timidez en los dedos que tocan con tacto de ciego, los cinco sentidos reunidos en las yemas. Esta noche no hay timidez en la boca que besa, los cinco sentidos reunidos en la lengua.

Luego, nos hundimos en un sueño profundo y vacío.

El reloj marca las ocho de la mañana. Me levanto con cuidado y cierro la persiana por donde entra una luz pulverizada por la contaminación de la calle. Le dejo a Candela una nota sobre el despertador: «Te llamaré por la tarde». Quiero hablar con Siro de todo lo ocurrido la noche pasada, de la redada general y del incidente con Pico de Loro.

Tomo un taxi y le indico la dirección. Al llegar, veo a una pareja de policías en el portal de la casa. Bajo del taxi y, durante unos segundos, dudo en detenerme o en seguir adelante, como un peatón cualquiera. Pero al fin me acerco al portal. Temo que estén haciendo un registro, consecuencia final de la noche de sirenas que acaba de terminar, porque, aunque no encontrarán nada, puede ser una complicación en mi situación de libertad condicional. Doy un paso adelante.

—No se puede entrar —dice un policía. Es fuerte, cetrino, y tiene los ojos tan hundidos que parecen que van a desaparecer en las cuencas.

—Vivo aquí.

—¿En qué piso?

—Tercero B.

Se miran sorprendidos un momento. El de los ojos hundidos dice a su compañero:

—Lo acompaño arriba. Tú avisa al comisario por el interfono.

Definitivamente, algo ocurre en casa de Siro, en nuestra casa. No me gusta nada que el agente me coja el brazo para indicarme el ascensor.

El piso está lleno de policías, vestidos de uniforme y de paisanos. Al fondo, en la habitación de Siro, relampaguea un flash. «Lo están fotografiando todo. Esto va en serio», pienso. Dos peritos buscan huellas dactilares en puertas, paredes y muebles. Tras ellos, dos policías de paisano van registrando los cajones, las lámparas, los ceniceros, los armarios... y metiendo en bolsas de plástico transparente colillas, papeles, cualquier minucia. Me parece todo un poco excesivo.

—Quédese aquí un momento —me ordena el policía.

Se adelanta para hablar con el hombre que lo dirige todo. No hace falta escudriñarlo para adivinar en él su profesión. Es viejo, bajo, el pelo se mantiene escaso sobre un cráneo que no puede decirse calvo, tiene un fino bigote histórico sobre el labio, fuma con fruición un cigarrillo y está impregnado del olor de haber servido al Cuerpo en las eternas décadas en que mandaba el gallego. Como todo detective que se precie, intenta parecer imparcial y objetivo como un fósil, que aún no opina ni en contra ni a favor, sólo muestra lo que ve o descubre.

Me mira un momento, estudiándome, antes de acercarse.

—Soy el comisario De la Cruz, encargado del caso.

—¿A qué caso se refiere? —pregunto con sorpresa.

—¿Usted es el segundo inquilino de este piso?

—Sí.

—Entrégueme las llaves.

Se las doy y él las guarda en un sobre. Saca del bolsillo una estilográfica negra y, mirando su reloj, escribe algo en una agenda también negra que tiene en las manos, con notas de una letra pulcra, sistemática, de alumno aplicado hace sesenta años en los cuadernos pautados de caligrafía, letra de langosta sobre una hoja blanca.

—¿Su nombre?

—Ricardo Cupido.

—¿Segundo apellido?

—Lasso, con dos eses.

—¿Edad?

—Veintiséis años.

—¿Lugar de nacimiento?

—Breda. Me mira.

—¿Peninsular?

—Sí.

—Deme el carnet de identidad.

Con él añade a la agenda algunas notas más. Prefiero decírselo yo antes de que lo haga el ordenador.

—Estoy en libertad condicional.

El comisario vuelve a mirarme un poco desconcertado. Algo que brilla en sus

pupilas intenta perforar mis intenciones, como si, adivinándome culpable de algo que aún no sé, se preguntara por qué vengo al lugar del delito.

—¿Dónde está Siro? —le pregunto.

—¿No lo sabe?

—No. ¿Está acusado de algo?

—Sí.

—¿Lo han detenido?

—Pregunta usted mucho. Y los que tenemos que preguntar somos nosotros.

—Hágalo. Las huellas dactilares que encuentre por la casa son mías —le digo con la seguridad de saber que el piso está limpio.

—¿Cuál es su habitación?

La señalo y entramos en ella.

—¿No ha venido a dormir esta noche? —dice, en un tono que no llega a ser pregunta.

Por lo tanto, ya lo ha mirado todo. La cama está hecha desde el día anterior por la mujer que Siro tiene contratada dos veces por semana. Sin embargo, algo allí me llama la atención: en la cama está la huella de alguien que se hubiera sentado en ella. Y, por lo que puedo recordar, no he sido yo. Cuando me duché la noche anterior me cambié en el propio cuarto de baño.

—No. No suelo hacer la cama después de levantarme. Ya ha visto que acabo de llegar.

—¿Es muy amigo de Siro?

—Sí, mucho.

—Bien, puede verlo. Está en su habitación.

Voy hacia allá. El comisario me sigue en silencio. «Lo han golpeado», pienso cuando desde la puerta veo sus piernas tendidas en el suelo. Pero esta impresión desaparece un segundo más tarde. Nunca había visto una herida de bala, pero no es necesario ser un experto para saber que este pequeño agujero, negro como una mora, en la nuca, donde comienza el pelo, es fruto de un disparo por la espalda, apuntando al centro de las cervicales. Una orla negra de pequeñas quemaduras alrededor certifica además que ha sido hecho a muy poca distancia. Luego, la sangre ha corrido abundantemente y se ha coagulado en el hombro derecho. Y ahora la herida del cadáver no vuelve a sangrar ante mi presencia.

Está en slip y en la espalda desnuda se aprecia claramente la erupción de la carne de gallina, como si tuviera mucho frío.

Doy un paso atrás y choco con el comisario, que me está observando atentamente. Soy incapaz de decir nada. Esta irrupción violenta del horror, sin ningún presagio concluyente, es una astilla que me seca y me clava la lengua al paladar.

La cabeza de Siro ha quedado mirando —no, mejor, dirigida, los muertos no

miran hacia ningún lado— hacia la cama y no se le ve el rostro.

El forense le hace un gesto al fotógrafo y éste se tiende en el suelo y dispara un último fogonazo.

—Revelado inmediato —ordena De la Cruz.

Salimos al salón. Hago esfuerzos para que no me tiemblen las rodillas. Otros policías siguen introduciendo en bolsitas de plástico todo lo que les parece factible de contener una prueba, una pista, un dato improbable. Me siento en el sofá sin pedir permiso.

—¿Cómo ha sido?

—Todavía no lo sabemos. Y esperamos que usted pueda ayudarnos a saberlo. Tendrá que contarnos algunas cosas. Vendrá con nosotros a comisaría.

Ya en el coche, en silencio, todavía anonadado, intento ordenar con urgencia pensamientos y sensaciones, aunque el recuerdo de la imagen del cadáver dificulta toda posibilidad de análisis. La cárcel sirve para endurecerte, pero no lo suficiente como para afrontar con tranquilidad un asesinato cercano. Al menos sé que tengo que negar cualquier pregunta relacionada con la droga, tanto por mí, por mi situación comprometida, como por él, por su memoria. ¿A quién le importa ya la culpabilidad de un muerto? ¿Para qué echar mierda sobre su tumba?

El policía de los ojos hundidos conduce delante, tranquilamente, despacio, respetando las señales y los semáforos. De la Cruz va a mi lado, detrás. Respiro profundamente, procurando que no lo advierta. No debo mostrar inquietud ante el inminente problema que se avecina: probablemente yo sea el primer sospechoso. Cuento con la coartada de la noche pasada con Candela, y tendré que involucrarla para poder demostrar mi inocencia. Pero siempre negando cómo la conocí y lo que la une conmigo y con Siro.

Todo ha cambiado en la décima de segundo que dura un disparo. La vida en las islas se ha hecho de pronto inhóspita y peligrosa. La pesca con Armando, el sol, la playa, el gozo en el cuerpo de Candela están amenazados y tal vez se acaben, demolidos por un disparo como una carga de dinamita demuele en un instante un enorme rascacielos. Todo comienza a parecerse a una película de Hitchcock: nada especialmente grave o insalvable ocurre hasta que la cinta llega al minuto veintisiete. Ahí sucede algo inesperado que todo lo alborota y lo trastoca, enseñando por primera vez los colmillos afilados del miedo y del peligro. Entonces el espectador que no ha abandonado la butaca queda definitivamente agarrado a la trama. Parece que esta vez se hubieran cambiado los papeles: ahora es la realidad quien imita al celuloide.

Quemaduras en las manos

Son lugares donde todo el mundo parece llevar algo sucio dentro de los pantalones. La tristeza y el desasosiego han imprimido allí su marca: sudores empalagosos y atosigantes que se quedan revoloteando entre las paredes como gaviotas hediondas entre los restos del puerto y que golpean con el pico en la nariz a los que llegan. Sus pasillos y muebles están pintados con colores neutros, y aunque hacen ingentes esfuerzos por parecer asépticos, siempre queda en ellos algo de roña o, al menos, suciedad que los traiciona: colillas en los rincones, unas gotas de sangre en las baldosas, un escupitajo de baba, negra de masticar bilis o monedas, la huella de un dedo sucio, limpiado aceleradamente en la pared. Hay también lámparas que nunca tienen sueño, algodones viscosos que vomitan de asco, espejos siempre hostiles que nos devuelven una imagen deformada en la que nos cuesta reconocernos. Algún sol escuálido, desvaído, puede entrar por alguna ventana o tronera, pero no suele haber plantas para recibirlo. Siempre hay dentro inquietud porque siempre hay alguien esperando —la inmolación o la indulgencia— en un banco del vestíbulo, recorriendo impaciente el pasillo o contando el número de baldosas que cubren el suelo. No se acude a estos lugares ni por placer ni por ocio, a veces ni siquiera por el propio pie ni por el propio bien, sino por necesidad o forzados por distintos y oscuros motivos: por eso se les odia con la misma intensidad con que se les teme. Nadie los echa de menos, pero con qué sustituirlos si no existieran. Dentro fluye fácilmente el diálogo con la cólera y con los últimos estertores de la iniciativa propia: qué soluciones podían haberse encontrado antes de quedarse al fin con la más inútil de todas: aquella en la que uno no tiene la última palabra. Son lugares que inquietan porque están siempre abiertos —como inquieta un palacio hace siglos cerrado—, de guardia y en guardia, insomnes, las veinticuatro horas del día con la gélida luz de neón en el techo cerúleo a menudo poblado de excrementos de moscas. Hasta la noche, cuando cae por allí, parece que nunca más podrá levantarse. Si se duerme dentro, siempre se sueña que se está rodeado. Son pagodas sin ídolos habitadas por más gentes de las que se pudiera creer, que entran y salen por puertas cuyo paradero final sólo ellos conocen: las alcantarillas o, en el mejor de los casos, el retorno, indemne, al mundo. Uno se pregunta si de verdad sus ocupantes han podido acostumbrarse a vivir dentro. Algunas veces se escuchan murmullos más allá de las paredes. Pero el que llega difícilmente captará una conversación completa: sólo retazos de voces o frases en clave o cortadas, porque a los que no son cofrades del sanedrín se les niega la información y el secreto interno. Siempre tienen un símbolo, un escudo, un anagrama que después se repica en miniatura en el pecho, en la cabeza o en los hombros de los que allí habitan, generalmente uniformados.

También así son las comisarías.

Bajamos del coche y entramos. Es el cambio del turno de noche y grupos de policías cansados van saliendo mientras otros acuden a ocupar sus puestos, el fastidio y el sueño trepándoles por los ojos. Todos saben que va a ser un día duro, fichando e interrogando al numeroso grupo de detenidos la noche anterior. Se pasan notas y taladran las hojas de registro. Los que se van exhiben gestos de alivio, en el pelo todavía marcada la forma de la gorra, como el hierro del propietario en el anca de la res, y el cutis brillante por la grasa y el sudor acumulados en la madrugada.

En un banco lateral, tres mujeres de mirada y moral distraída esperan algo. Al fondo, tras un largo mostrador, policías uniformados de dedos gruesos escriben con dificultad a máquina las respuestas y datos que varios hombres negros de ojos espantados van desgadamente contestando. Al lado, otros detenidos esperan.

Algunos agentes saludan oficialmente a De la Cruz y me miran, sin curiosidad, sin desprecio ni lástima.

—Espere ahí hasta que lo llamemos —me dice el comisario señalando una silla.

Él se va hacia el pasillo del fondo, abre una puerta y desaparece por ella.

Estoy esperando casi una hora, preguntándome qué harán ahí dentro. Aunque comienzo a impacientarme, esta espera me permite hacer un inventario de todo lo ocurrido en los últimos días. Compruebo que la manga del suéter cubre las heridas del antebrazo. Debo callarlo todo, porque, ahora lo sé, todo lo ocurrido al lado de Siro ha venido, de una u otra forma, determinado por los asuntos de droga: la pelea con los Seisdedos, la visita a Armando, el conocimiento de Candela y el incidente con Pico de Loro. Cualquier dato conduce irremisiblemente al mismo lugar. Lo más importante ahora, por tanto, es callar y esperar a ver qué saben ellos.

Me viene a la memoria aquel fin de semana en que Siro y yo subimos a Asturias con Tomás, otro compañero de cuartel. Nos convenció para ir a Somiedo, a la caza furtiva del urogallo. Sólo había una manera de conseguirlo: de noche, escondidos tras un haya, saltábamos hasta el siguiente en el mismo momento en que el ave emitía su canto, áspero como un mugido de toro. Cuando el urogallo canta, cierra ojos y oídos, se vuelve ciego y sordo, y así concede la única oportunidad para atraparlo. Poco a poco, guiados por su canto, nos fuimos acercando hasta él. Lo tuve unos segundos en el punto de mira y sé que no iba a fallar —yo era el mejor tirador de los tres—, pero no pude apretar el gatillo. Me moví para que escapara. El viejo entusiasmo ecológico pudo más que el instinto depredador. Luego, sin embargo, cazamos dos patos y, mientras amanecía, tiritando Siro bajo la humedad norteña, los asamos en una fogata entre dos rocas y los devoramos con la fruición salvaje del cazador que aún no conoce la agricultura. Aquel fin de semana comprendí que por la boca muere el pez y el ave. Y a veces, también el hombre. Ahora lo importante es callar.

El comisario sale y me llama desde la puerta. Me acerco hasta la chapa de metal dorado donde se lee: Pedro de la Cruz - Comisario. Su despacho es una habitación

mediana, con una mesa de madera de castaño con tallas de cabezas de guerreros coloniales. Un armario similar con los mismos adornos ocupa un lateral. Un tipo de muebles que ya he visto anteriormente en otros ministerios, homogeneizados por una misma contrata, siempre con las mismas casas comerciales. En el otro, dos pesados archivos metálicos y sobre ellos, carpetas de legajos atadas con balduque rojo, carpetas anacrónicas —y acaso significativas del carácter de su dueño—, porque desde hace tiempo también en las comisarías ha impuesto su imperio la informática. Al fondo, el retrato del Rey.

A un lado, junto a la ventana, una taquimeca silenciosa espera comenzar el trabajo. Como todas la taquígrafas, permanece callada y cabal, y uno las mira preguntándose siempre si —en el Congreso, en los juzgados— ellas también dudan de la veracidad de lo que están escuchando y transcribiendo.

Sobre la mesa, De la Cruz tiene una cartera negra, de cuero, un portafolios también negro, la agenda donde tomaba notas en el piso y varios folios timbrados escritos con impresora.

—Siéntese.

Se coloca sobre la nariz unas gafas de cristal partido.

—Vamos a tomarle declaración. Todo lo que diga quedará escrito y podrá ser utilizado en un posible juicio. Si lo desea, puede solicitar ahora un abogado.

—Adelante.

—Voy a leerle algunos datos que conocemos de usted. Si cree que algo no es cierto, puede corregirme.

Calla un momento, se sube medio centímetro las gafas con el índice y comienza a leer. La taquígrafa, perfectamente impersonal, teclea imperturbable.

—Ricardo Cupido Lasso, nacido en Breda. Profesión: ninguna. Estudios: dos asignaturas pendientes para terminar Ciencias de la Información, rama Imagen. Detenido por primera vez en 1984, menor de edad, por actos violentos en una manifestación no autorizada contra una central nuclear. Servicio militar en León y en Madrid, en el mismo cuartel y reemplazo que la víctima del homicidio, Siro Pérez Raya. En Diciembre de 1990 fue usted detenido cuando intentaba cruzar la frontera con Portugal con un camión cargado de cigarrillos de contrabando, disimulados tras dos filas de colmenas, una fachada muy ingeniosa. Juzgado y condenado a treinta meses de prisión. Cumple veinte y se le concede la libertad condicional por trabajos y buen comportamiento. ¿Correcto?

—Sí, pero incompleto. Yo no soy sólo eso.

La taquígrafa escribe sin mirarnos, casi aburrida.

—¿Cuánto tiempo hace que llegó a Canarias?

—Tres semanas.

—¿Pensaba quedarse mucho tiempo?

—No pensaba nada. Depende de cómo fuera todo.

El comisario, hundido en la silla curul, mirando cansado a través de las gafas, no ofrece la imagen del policía duro que otras veces me había encontrado. Debe tener edad suficiente para estar jubilado.

—Olvidemos el incidente de la nuclear y todo lo del contrabando. Ya pagó por ello. Ahora, dígame: ¿Quién tenía motivos para matar a Siro Pérez Raya?

—No lo sé. No lo conocía lo suficiente para poder saberlo. Ya le dije que sólo llevo aquí tres semanas.

No parece disgustarse por mi respuesta, como si la esperara, consciente de que es improbable extraer la verdad en la primera entrevista.

—Le voy a decir yo el primer sospechoso.

Enciende un cigarrillo, reclamando un silencio forestal que la taquígrafa acata y que pretende ser inquietante. Sopla el humo hacia delante, fijos en mí sus negros ojos inteligentes, ya sin brillo, pero todavía ágiles como la cabeza de un ratón. Con los dedos tamborilea en la carpeta negra como un novillo rascando la arena antes de entrar al engaño.

—Tú. ¿Te llamó Siro Pérez Raya para que vinieras a las Islas?

—No.

—De modo que viniste aquí porque al salir de la cárcel no tenías un lugar mejor. Esto está lejos, nadie te conoce, hace un buen clima y vive Siro, un buen amigo al que todo le va bien y que probablemente te debe algún favor del tiempo que estuvisteis juntos en Madrid. Un provinciano isleño en la capital está más perdido que cualquier otro provinciano, lo sé por experiencia. Aunque Siro no tiene trabajo reconocido, la vida le sonrío. ¿Por qué? Porque trafica con drogas, y la droga deja mucho dinero. Tú has llegado en un buen momento. Él te ofrece colaborar en el negocio, cada vez más sólido. Eres un desconocido y no estás quemado. La estancia en la cárcel, además, te da ante él una carta de presentación válida, eres suficientemente duro e inteligente para el puesto. El perfil idóneo de un colaborador. Él te ayuda, poco a poco, probándote, porque es un asunto delicado el suyo y no hay que fiarse de nadie. Cuando ya has hecho un par de trabajos sencillos, toma confianza en ti. Te cuenta confidencialmente más detalles. Te cuenta tanto que tú empiezas a pensar que no es difícil, que podrías tener tu propio coche, tu propio piso, todos los caprichos de los que hasta ahora no has podido disfrutar. Sólo tendrías que independizarte, montártelo tú solo y dejar de ser un simple ayudante.

—No sé de qué me está hablando.

—En el piso hemos encontrado el escondite tras el horno, con restos de hachís, pero vacío.

—Consumir hachís no es ningún delito.

—No es un delito, pero puede ser un motivo. ¿Dónde está ahora? ¿Quién lo ha

escondido? Por otra parte, a tu amigo lo mató alguien a quien él conocía tan bien como para darle la espalda a las cuatro de la madrugada. Alguien que tenía llave o a quien él abrió la puerta. Y todo a las cuatro de la madrugada, cuando tú, según dices, no estabas en el piso. No tenemos muchos más candidatos.

—Yo tenía llaves, ya se las entregué. Y a mí él me hubiera dado la espalda a las cuatro de la madrugada. Pero sus conjeturas son absurdas. Tal vez nadie, exceptuando a Asís, su novia, sienta su muerte más que yo. Usted sabe que fui el más sorprendido al verlo muerto.

—Pensé que no fingías. Pero nadie puede decir que no seas un excelente actor desconocido.

No sé en qué momento ha comenzado a tutearme, pero hasta ahora no lo había advertido. Acaso es una táctica más para ir ganando terreno.

—No estuve solo. Estuve toda la noche acompañado. El comisario abre la agenda negra.

—¿Con quién y hasta qué hora?

—Con Candela Ramírez. Vive en un apartamento de la Rambla, en el número 84.

—¿Conocía ella a Siro?

—Sí, él nos presentó.

Anota su nombre en la agenda y luego en una hoja suelta. Sale por la puerta lateral que comunica con otra oficina y le oigo ordenar que vayan a buscarla, con discreción y sin alarmarla, cuestión de trámite. Regresa.

—¿Cuándo saliste de su casa?

—A las ocho, para ir directamente a casa de Siro. Le dejé una nota junto al despertador diciéndole que la llamaría esta tarde.

—¿No estaba despierta?

—No.

—De modo que ella no podría certificar esa hora.

—No.

—¿Hay alguien que pueda hacerlo?

—No, no creo.

Un buen fiscal podría derrumbar la coartada, porque hay pocas posibilidades de que Candela se hubiera despertado, después de una noche ajetreada, entre las cuatro y las ocho, estando yo dormido, y además hubiera mirado el reloj por algún motivo. Otra de las buenas cosas del sexo es su cualidad somnífica. Comienzo a sentirme como un pájaro cansado de volar en el aire que no encontrara un lugar donde posarse.

—Todo esto es absurdo —le digo, porque no encuentro otros argumentos ni palabras—. Sólo he venido aquí a pasar unos días con un amigo al que ahora le han pegado un tiro en la nuca. De muchos modos, yo también soy una víctima.

Me mira iniciando una pequeña sonrisa, como si por fin llegara la reacción que

hubiera estado esperando.

—Sabemos que hace dos días tuvisteis una pelea con los Seisdedos. Y esos no pelean por regaliz. No puedes ignorar que Siro comerciaba.

¿Qué más puede saber este policía casi anciano que me mira desde atrás de sus gafas, las pupilas afiladas como dos púas que alguien le hubiera clavado en las cuencas? Ya no tiene sentido ocultar ciertas cosas.

—Ellos lo amenazaron esa noche.

—Pero no es muy probable que cumplieran la amenaza. Cuando lo mataron, tres de los cuatro hermanos llevaban ya unas horas entre rejas. Sólo el Gambito estaba suelto.

—Según Siro, él era el cerebro.

—Pero los trabajos violentos los hacen los hermanos. El pequeño nunca se mueve solo. Además, ¿cómo entró en la casa? No creo que la víctima le abriera la puerta unos días después de una pelea, ¿no te parece? Estás en una mala situación, Cupido. Si eres inocente, cuanto más sepamos nosotros, cuanto más nos cuentes tú, más puedes alejar de ti las sospechas. Pero no pareces muy dispuesto a colaborar. Mantienes la actitud de un culpable.

Busca en la cartera y saca el medallón que habíamos encontrado en el vientre de la merluza.

—¿Qué es esto?

—Un regalo.

—¿De quién?

—De Armando, el padrino de Siro.

Lo mira detenidamente, como un arqueólogo examinaría un jarrón etrusco.

—Parece africano. ¿Cómo lo consiguió?

—Estuvimos pescando. Uno de los peces lo traía en el vientre. Yo mismo ayudé a sacarlo de las tripas.

—¿Tenía más parientes? —pregunta volviendo a guardar el medallón en la cartera.

—Creo que no. Al menos, no trataba con ninguno.

—¿Qué relaciones mantenía con Armando?

—Se veían a menudo. ¿Lo han avisado?

—Lo estamos buscando. Debe hacerse cargo del funeral. Cierra la agenda, hace un gesto a la taquígrafa y concluye.

—Por hoy hemos terminado. Puedes esperar a leer la declaración y firmarla, o bien hacerlo mañana.

—Mañana.

—Entonces, puedes marcharte. Mañana pasarás por aquí a las diez. De momento no puedes entrar en casa de Siro, de modo que tendrás que buscarte otro alojamiento.

Llama a este número —me entrega su tarjeta policial— en cuanto lo hayas hecho, porque debes estar localizable las veinticuatro horas del día.

La taquígrafa levanta el rostro con gesto de sorpresa. No debe ser menor el mío ante esta libertad rápida e inesperada que se me otorga. Pero el comisario limita la oferta:

—No es necesario decir que no puedes salir de las Islas ni siquiera moverte de la ciudad.

Salgo. En el pasillo está ya Candela esperando. Está pálida y parece asustada. Incómoda costumbre esta de los policías españoles de llamar a toda la gente a las comisarías en lugar de ir a preguntar lo necesario a sus domicilios, como hacen, al menos en las novelas, los británicos. En ellas un policía parece tanto más inteligente y eficaz cuanto menos pisa su oficina.

Cuando me acerco a hablar con ella para decirle que nada he dicho, que niegue cualquier pregunta comprometida, un policía la sujeta por el brazo y la conduce hacia el despacho de De la Cruz. Sólo tengo tiempo de sonreírle en un gesto tranquilizador y cómplice.

En la calle camino por la acera de sombra sin saber a dónde ir. En un muro de cemento de la avenida Anaga todavía se puede leer una pintada de alguna vuelta ciclista, «Taco con Cubino», que me hace sonreír un segundo antes de que la inquietud vuelva a mostrar sus dientes. La anterior condena por contrabando sería sólo un período de recepción comparado con el curso intensivo entre rejas que podría caerme encima si todo se confabula en contra. Pienso en aquel hombre que pasó varios años en la cárcel por un delito que —luego se demostró— no había cometido.

Estoy vagando un tiempo, sin saber apenas por donde voy, parándome ante los escaparates donde se exhibe todo el abecedario de la civilización, las tiendas donde los indios se hacen ricos a manos llenas ante la pasividad comercial de los isleños. Pronto encuentro una pensión barata y sucia. En la mesilla de la habitación hay una hoja publicitaria, con algo de amenaza o prohibición al huésped: «Lo peor del SIDA es no saber nada de él». Llamo a De la Cruz y le doy la dirección. Ya estoy localizable. Llamo más tarde a Candela, pero nadie coge el teléfono. Todavía no ha debido llegar, aunque han transcurrido varias horas. Como algo y subo a la habitación. Me tumbo en la cama y en algún momento me quedo dormido. Cuando despierto de alguna pesadilla son las siete de la tarde. Llevo encima el malestar general y el dolor de cabeza que siempre me causa la siesta. Me ducho lentamente en el cuarto de baño colectivo ignorando las dos veces que golpean la puerta. Como no tengo más ropa, me siento sucio al vestirme con los calzoncillos usados. Vuelvo a llamar a Candela, pero tampoco ahora coge el teléfono. Llamo al hospital y una seca voz femenina me dice que ha pedido tres días por asuntos propios. «Tiene miedo», pienso, «y no sabe cómo localizarme. Quizá se haya ido a vivir con alguien».

Me siento completamente solo: no tengo a nadie en un momento en que de verdad lo necesito. Y ni siquiera puedo moverme de esta ciudad de repente extraña que comienza a parecer una cárcel. Asís, Armando y Paola tal vez me están buscando, pero no sé si De la Cruz facilitará a alguien mi dirección. Quizá quiera mantenerme aislado. No sé cómo encontrar a Asís. En la guía busco el teléfono de Armando a través del apellido que Siro en algún momento había citado, Montero, pero ningún intento da resultado.

Bajo a la calle y de nuevo estoy vagando un tiempo. El sol se va despidiendo a dentelladas de las terrazas y de los brillantes cristales de los edificios más altos para hundirse allá arriba, como una oblea, en la boca del Teide. En algún lugar suena un tambor militar, serio y severo, y una corneta, triste a su pesar, llamando a retreta. Por un momento esta ciudad de luz me parece oscura, pero debe ser una impresión falsa, porque hace falta un terremoto, una catástrofe, un incendio lisboeta, muchos cadáveres, para enlutar una ciudad. Y la muerte de Siro es un detalle anónimo que sólo conocen dos docenas de personas.

Alguien me está siguiendo. Lo noto de repente, en una parada ante un semáforo que ha aparecido al doblar una esquina. Está junto a mí ahora, porque no ha podido evitarlo sin llamar la atención. Es un tipo anónimo, de mediana edad, de estatura mediana, de medio pelo, un anónimo policía, perfecto para el papel. Por esto me ha dejado libre De la Cruz. Cuando el semáforo se pone verde, lo miro fijamente a los ojos, invitándole a pasar y recordándole en silencio que nunca el perseguidor debe mirar al perseguido. Se desconcierta un momento, descubierto, sin otra posibilidad que atravesar la calle. El semáforo vuelve a cerrarse para los peatones mientras tres filas de coches arrancan impacientes. Doy la vuelta, doblo la esquina y corro. Él debe estar llamando a De la Cruz y De la Cruz acaso arrepintiéndose de haberme soltado.

Por fin llego al Ditirambo. Al menos, aquí hay alguien conocido: Julio. Me pone delante un vaso y lo llena de whisky.

—¿Cómo fue?

—Le pegaron un tiro en la nuca.

—No podía creerlo cuando me lo contaron. ¿Se ha averiguado algo?

—Sólo que fue alguien a quien él conocía lo suficiente como para abrirle la puerta y darle la espalda a las cuatro de la madrugada.

—Pues entonces no habrá muchos candidatos. Siro era muy prudente.

El local está casi vacío. Todavía pesan las consecuencias de la redada.

—¿Estuvo él aquí anoche?

—No. Sí estuvo Asís, antes de que llegais tú y Candela.

—¿Sola?

—Con dos amigas.

—¿Cómo puedo localizarla? ¿Tienes su teléfono?

—No. Sé que vive por la Cuesta, pero no dónde.

—Si la vieras antes que yo, dile que necesito hablar con ella, que me llame a este número —le digo apuntando en un posavasos el teléfono de la pensión.

Sin habérselo pedido, vuelve a llenarme el vaso y me deja solo frente a él, en dos gestos que parecen un pésame. En la máquina tragaperras suena como reclamo la musiquilla de El tercer hombre.

Agoto el vaso y le pido que lo llene. No me deja pagar, y se lo agradezco, porque apenas tengo dinero para la pensión. Media hora más tarde estoy de nuevo caminando, sin nadie que me siga los talones. Desde una cabina vuelvo a llamar a Candela, pero nadie descuelga. Me siento en una terraza a calmar con ron una sed extraña, parecida a un nudo en la garganta. De momento, no puedo hacer otra cosa. Hay que esperar a mañana, a la visita a comisaría. Desde allí podré localizar a Asís y a Armando.

Es tarde cuando, lleno de alcohol, me encuentro frente al portal del edificio donde vivía con Siro. El cuajarón de la borrachera hinchándose en mi estómago y la garganta atornillando el vómito, la cabeza doliéndome en cada pulsación y toda la calle borrándose, desteñida por el velo que el alcohol pone delante de mis ojos. Sigo caminando, sintiendo que mis pasos van agrandando la noche, que mis pies van acercándose a la frontera del infierno, como un sonámbulo por una ciudad extraña y solitaria como esas ciudades pequeñas e interiores de provincias en una siesta de viernes santo. Desde arriba la luna llena llama a las ventanas de las alcobas pidiendo un lecho donde dormir. Las ventanas con rejas de los pisos bajos no logran ocultar sus vínculos con las celdas. Es tarde y las calles están vacías. Descanso un momento junto a una farola apagada. El alcohol me relaja las piernas, mi cabeza es un tambor que picotean todas las gaviotas de las islas. Veo a dos tipos jóvenes que se acercan hacia donde yo estoy. Al llegar junto a mí, uno de ellos me pide fuego para el cigarrillo. Yo mismo enciendo el mechero, protegiendo la llama con la palma. Y entonces veo brillar la mano del otro. Hago un movimiento, encogiéndome, pero no es suficiente. La navaja entra por encima de mi ombligo, hacia arriba. La saca rápido y vuelve a clavarla. El del cigarrillo encendido en su boca me ha inmovilizado las manos apretando el encendedor entre las palmas y siento más dolor en el calor de la quemadura que en los dos golpes profundos que recibo en el estómago. Grito. Los faros de un coche que se acerca nos iluminan un momento. Los dos hombres corren y ya no los veo más. Caigo al suelo. Creo que es la cabeza lo primero en tocar la acera, porque me aturde aún más un martillazo en la sien. Me duelen las quemaduras en las palmas de las manos y la sangre en el vientre, sin el anticipo visible de la herida. Arrugado en las baldosas, me levanto la camisa. Por los tajos de las puñaladas brota la sangre mezclada con un líquido ambiguo que comienza a empaparme todo el pantalón. Es el ron, pienso, mientras una rebanada de dolor me estremece todo el

cuerpo. Quiero levantarme, pero el cansancio me lame los pies, las piernas no me obedecen y comienza a ahogarme la angustia del asmático que quiere respirar y siente que se asfixia. Tendido bajo esta farola apagada veo confusamente la herida más baja que se abre limpiamente, horizontal, roja y tibia. No sé por qué pienso que es como la boca de Candela.

Rostros en el funeral

La luz me golpea como un martillo las pupilas midriáticas, aún bajo los efectos de la anestesia. Sin moverme, abro más los párpados y voy observando dónde estoy: la habitación de un hospital. Algo se mueve a mi derecha. Intento girar la cabeza, pero el dolor en el cuello me lo impide. La dueña de una voz conocida y agradable me coge la mano y se inclina hacia mí.

—Procura no moverte. Ya ha pasado todo.

Veo el rostro de Candela muy cerca, como a través de un gran angular, un poco deformado, pero aun así me resulta precioso y reconfortante como un salvavidas que me va sacando de este sopor, de esta pesadez que tira de la cabeza plomiza hacia abajo, hacia el fondo del abismo. Se inclina más y me besa suavemente en la frente. Siento algo estorbándome dentro de la nariz y quiero tocarme, pero ella me lo impide.

—Te hemos puesto una sonda. Te molestará unos días, pero vas a ser un buen paciente y te quejarás poco.

Un hospital. Un buen paciente. Una sonda. Las heridas. Comienzo a recuperar toda la consciencia.

—Me pincharon bien.

—Sí. Tienes una herida muy profunda en el estómago. Aunque has perdido mucha sangre, ya estás fuera de peligro. En unos días te sentirás como nuevo.

Al mismo tiempo que lo dice, evocado por las palabras, el dolor va incubándose dentro de mi estómago y recorriendo todo el cuerpo, por encima de anestésicos y analgésicos: dolor en los pulmones por los gases, dolor en el diafragma cuando se estremece por un amago de tos que no logro sujetar y tira violentamente de la herida cosida hace unas pocas horas, dolor en la laringe, al hablar, por donde el tubo esofágico me alimenta hasta el duodeno. Y la sed, todo el cuerpo seco como un incendio.

Y a pesar de todo, comienzo a sentir una profunda y repentina euforia al comprender que podía estar muerto y estoy vivo, algo que debe ser común a todos los que despiertan después de haber pasado por una mesa de operaciones.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media. Estuviste tres horas en el quirófano. En tu bolsillo vieron la tarjeta de ese viejo policía, De la Cruz, y lo avisaron. Él me llamó a mí, a casa de mis padres, en Tacoronte. Había pedido unos días libres, pero ya he renunciado a ellos. Te busqué ayer después de salir de comisaría, sin saber dónde encontrarte. Tenía miedo. Debía haber insistido más, preguntar a De la Cruz o buscarte por toda la ciudad y llevarte a mi casa. No hubiera ocurrido todo esto.

Me coge la mano y algo parecido al arrepentimiento se transmite por sus dedos. Lo rechazo con un apretón cariñoso.

—Hubiera ocurrido igual.

Va hacia un carrito que no había visto hasta ahora y comienza a preparar una jeringuilla.

—Ahora te vas a olvidar de todo. Voy a ponerte una inyección que te hará dormir hasta mañana. Tienes que permanecer absolutamente inmóvil.

Apenas sin moverme, descubriéndome el pantalón de un pijama con el que me han vestido, me pone en la parte exterior de la nalga la inyección más suave que he recibido en mi vida, casi como una caricia, como un pellizco.

—Es una mezcla de Nolotil y Valium. Relájate y procura no pensar. Mañana lo verás todo más claro.

Cierro los ojos y me dispongo a dormir. La siento aquí cerca, en la silla, cogiéndome la mano, esperando que haga efecto el analgésico. Mientras llega, pienso que la misma persona que decidió la muerte de Siro ha intentado matarme porque debe creer que yo sé algo que en realidad ignoro. Tengo, por tanto, un doble trabajo ahí fuera; evitar otros posibles atentados que probablemente intentarán de nuevo quienes ya han fallado una vez, y averiguar de dónde y por qué viene el peligro.

—¿Cuándo es el funeral? —le pregunto, ya en el umbral de la inconsciencia.

—Esta tarde, dentro de media hora. Pero no hables más y duerme.

Lo hago. El dolor real de las heridas se cuele como un furtivo en el sueño vivido de la codeína. Voy navegando en una carabela, entre marineros de distintas épocas y naciones: renacentistas florentinos, curtidos portugueses de bigotes brillantes, anchos y poblados, nórdicos rubios, blancos e intemporales, turcos siempre añorando los crepúsculos del Mediterráneo, pigmeos que trepan por las jarcias como monos. En un segundo la mar se embravece como un toro y las olas barren la cubierta. Nuestros abuelos, los peces, peces con cara de hombres, peces con cara de dolor porque les han arrancado las escamas, eso son los hombres, son también volteados en la cresta de la espuma. Un mástil se rompe y cae sobre mí, aplastándome el estómago. Cuando la tempestad se calma, estoy solo en una carabela donde nadie más ha sobrevivido, inmovilizado y herido bajo las astillas del tronco embreado. El timón girando sin timonel, las velas gimiendo al son del viento y la bitácora loca indicando el país de los africanos que llevan colgados en el cuello medallones de madera negra con elefantes tallados. En lo alto, rimeros de pájaros bobos descansan indiferentes en las cofas desnudas. Una araña teje encima de mi cabeza, entre dos cabos, una tela perfecta, y se va descolgando desde el centro a inyectarme en las venas un veneno podrido. Yo solo en un barco fantasma, el mástil aplastándome el estómago y miles de rulas hambrientas de ojos colorados cada vez más cerca de mi sangre y de mis tripas abiertas. La lengua seca y el océano salado, inescrutable y solitario. En algún lugar, muy lejos, hay siete inmensas ballenas flotando inmóviles sobre las aguas.

No sé el tiempo que he estado dormido. Cuando de nuevo despierto ya es de día. Reconozco enseguida el dolor del sueño, dos astillas clavadas en el vientre, al intentar moverme en la cama. Siento un fuerte sabor a bicarbonato en el paladar seco, y la laringe escocida por la lombriz de la sonda.

De nuevo el rostro de Candela aparece a mi lado. Ha debido pasar aquí la noche. Me miro las vendas del estómago.

—¿Cómo fue la, operación?

—No fue grave, pero sí muy laboriosa. Ahora ya te lo puedo decir: has tenido suerte, porque el cuchillo llegó a unos milímetros de la aorta abdominal. Si te alcanzan ahí, la hemorragia en medio de la calle hubiera podido ser mortal.

—Sabían bien lo que hacían.

—Sí.

—¿Cómo llegué hasta aquí?

—Pasaba un coche. El conductor paró y te trajo.

—Debo darle las gracias.

—Si vuelve. No siempre lo hacen.

—¿Pudo ver algo, a los que me atacaron?

—Los vio correr al fondo de la calle, dos chicos jóvenes, pero no había luz suficiente y no puede dar más detalles.

—Es cierto. Había una farola apagada. ¿Y De la Cruz?

—De la Cruz llegó enseguida, pero se marchó al saber que ya estabas fuera de peligro. Seguramente vendrá esta mañana. Han puesto un policía en la puerta para protegerte.

—¿Qué te preguntó en la comisaría?

—No mucho. Cuáles eran mis relaciones con Siro y quién podría tener motivos para matarlo. Si yo sabía que estaba implicado en tráfico de drogas, pero no aludió a ninguna acusación personal. Luego preguntó si tú habías pasado la noche conmigo y le dije que sí, pero que no podía precisar la hora exacta en que te habías marchado, porque cuando desperté, después de las nueve, sólo estaba tu nota en la mesilla. Insistí en que sus sospechas eran absurdas, que tú eras el mejor amigo de Siro. Y, si no me equivoco, me estaba creyendo.

—Al menos hay algo positivo en que hayan intentado matarme —digo señalando el vendaje—. Estas heridas son la mejor prueba de mi inocencia.

—Ahora debo irme a descansar. Volveré a la noche. Procura no hablar mucho.

Me da un beso en la mejilla y se marcha. Poco después entra Armando en la habitación.

—¿Cómo estás?

—Mejor.

Él tiene mal aspecto. Parece haber adelgazado varios quilos, las ojeras se le marcan muy hondas y toda su apariencia saludable ha desaparecido en estos dos días.

—¿Cómo fue el funeral?

—Siro no tenía muchos parientes cercanos. Lo hicimos en la capilla de la propia funeraria. Él lo hubiera preferido a una iglesia.

—Me hubiera gustado estar allí.

Hay un silencio que ninguno de los dos sabemos cómo romper.

—¿Has hablado con la policía?

—Sí. No tienen pistas concretas, no dicen más de lo que todos sabemos. Que Siro tenía líos con la droga. Creen que ese fue el móvil, porque esa misma noche estaban haciendo una redada general. Que él tal vez podría comprometer a alguien. Yo lo sabía, pero creía que era poca cantidad, no a tan alta escala como para que...

—No era a alta escala.

—Siempre fue un muchacho inquieto —continúa—, ni sus padres podían sujetarlo. Con catorce años se coló en un ferry y apareció en Lanzarote, Cuando lo trajeron a casa dijo que se había ido a ver el desierto y los camellos.

De nuevo el silencio que yo enmascaro con la complicidad de la sonda.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí?

—Supongo que De la Cruz me obligará a quedarme en las islas hasta que todo se aclare.

—Deberías volver a la Península, olvidarte de todo esto. Pero si decides quedarte, puedes venirte a casa con Paola y conmigo. Allí estarás seguro. Luego podré conseguirte un trabajo estable.

—Entonces lo decidiremos. Aún tengo aquí unos días para pensarlo.

Cuando sale, veo la silueta azul de un policía en la puerta.

Dos horas más tarde entra una enfermera que no conozco. Me toma el pulso y la temperatura y cambia el frasco de la sonda.

El dolor en los pulmones va desapareciendo, pero la irritación se mantiene agarrada como una garrapata a la laringe y al estómago. Hablar me cuesta esfuerzo.

De la Cruz lo debe saber, porque no aparece hasta esta tarde, un día después, precedido de un saludo en el pasillo. De nuevo trae en la mano la cartera negra y la agenda donde acumula todos sus datos secretos. También parece cansado y tiene mal aspecto. Me pregunto cómo debe ser el mío entonces. Él, sin embargo, miente:

—Pareces muy mejorado.

—¿Todavía sigo siendo un sospechoso? —le pregunto. No estoy dispuesto a concederle más ventajas.

—No, ya no. Según los médicos, las puñaladas llegaron muy cerca de la aorta. No hubieras podido precisar tanto —replica él, defendido detrás de una sonrisa, sacando

de la cartera unos folios mecanografiados y dejándolos en la mesilla—. Es tu declaración. La lees cuando puedas y, si estás de acuerdo, la firmas.

La hojeo mientras él se sienta en la silla para volver a hacer preguntas, aunque ahora es otro el tono.

—¿Cómo fue?

—Había bebido más de lo normal y, no sé cómo, me encontré frente al portal de Siro. Dos tipos se acercaron para pedirme fuego y mientras uno me sujetaba las manos, el otro me apuñaló dos veces. Así de sencillo.

—¿Podrías reconocerlos? ¿Recuerdas algún detalle particular?

—Creo que no. Todo estaba oscuro y yo demasiado borracho. La luz más cercana era la llama del mechero.

—Ya hablaremos de eso. Te traeremos fotografías de gente fichada. Ahora observa éstas y dime a quién conoces —dice extrayendo un fajo de un gran sobre amarillo.

En otras circunstancias podría haberme irritado la poca importancia de las preguntas dedicadas al atentado que he sufrido, pero ahora coincido con él en el mayor interés por la muerte de Siro.

Las primeras fotografías han sido hechas en la capilla de la funeraria, desde algún lugar elevado. Por la actitud de los fotografiados, en ningún momento mirando al objetivo, seguramente con el operador oculto. Negativo de alta sensibilidad, porque tienen un fuerte grano y no parece haber mucha luz en la capilla. Un segundo sobre está ya sacado en exteriores, en el cementerio, e igualmente con la cámara oculta, tal vez desde un edículo de la entrada: hay fotos dentro y fuera del recinto.

Le voy señalando a los que conozco: Asís, Candela, Armando, Paola, Julio. Todos vestidos de oscuro y con gesto grave. De la Cruz me va indicando algunos parientes lejanos de Siro: aburridos, homogéneos, agrupados y serios como islas polinésicas.

En una foto exterior de grupo reconozco, al fondo, sola casi escondida entre las cruces, una figura torcida: la de Germán del Oro. La situación respecto a él y las posibles complicaciones con Candela no han variado, de modo que enciendo el semáforo rojo y nada digo. Pero la siguiente cartulina es una ampliación en detalle del mismo personaje: Germán en un primer plano, con la cabeza ladeada, mirando de soslayo, como una hiena al acecho esperando desenterrar un cadáver.

—¿Lo conoces, verdad? Trabaja aquí, en el laboratorio del hospital. Es compañero de Candela.

—Sí, me lo presentó un día.

—¿También conocía a Siro?

—Si fue al entierro, tendrían que conocerse.

De la Cruz saca un pañuelo grande de su chaqueta y limpia lentamente sus gafas. Luego busca entre las otras fotografías y elige una. Es un plano general de casi todos

los asistentes al funeral, en la capilla, con la silueta de un sacerdote de espaldas y, ante él, un espacio vacío donde se adivina el ataúd.

—¿Ves algo raro?

La miro detenidamente. No, al principio. Pero luego sí. Hay algo que llama la atención, algo como una línea diagonal entre dos miradas. No, ni siquiera entre eso: entre dos leves torsiones de cabezas. Es tan sutil que parece estudiada, casi pictórica. Una es de una mujer, morena y muy atractiva. Derrama una sensualidad que se despega de la emulsión para penetrar en los ojos del que la contempla. Está, como todos los asistentes, en pie, en el último banco de la izquierda, segura de no ser observada, en la fila que presiden Armando y Paola. Tiene la cabeza ligeramente dirigida hacia la derecha, y en una primera impresión se diría que está mirando hacia el ataúd, que se adivina en el centro. Pero no, la pupila está más escorada. Sería necesaria una ampliación para verificarlo. Tal vez mira hacia un hombre de mediana edad, de estatura mediana y complexión fuerte, que está en el tercer banco de la fila derecha, en el asiento junto al pasillo. El hombre tiene la cabeza ligeramente agachada e inclinada hacia la izquierda, por lo que no se le ve bien el rostro, dificultad a la que contribuye la altura desde donde se ha disparado la fotografía. Quizá no signifique nada, quizá sólo sea la casualidad del gesto convergente en un mismo segundo, como si el hombre se hubiera movido y atraído la mirada de la mujer, pero si se les imagina aislados en la capilla solitaria, se hace casi evidente una connivencia entre ambos. ¿De la Cruz también lo ha observado?

—¿La mujer morena de la última fila?

—Sí —responde, y calla para que yo continúe.

—Da la impresión de haber mirado, o que va a mirar, a un hombre de la fila derecha. Lástima que no lo hayan filmado.

Miramos más fotos, buscando algún detalle que confirme lo que sólo es un indicio. Pero es una búsqueda inútil. Hay otras donde se les ve por separado, aunque en ninguna el fotógrafo ha conseguido tomar limpio y de frente el rostro del hombre. Siempre hay una figura que se interpone, o su mano al ojo derecho, o simplemente la cabeza agachada. Todavía aparecen en una instantánea más: en el cementerio, mientras la mujer morena le da la mano a Armando —él mirándola indiferente, como una cruz o un putti más de los sepulcros— en un gesto cortés que evidencia la formalidad del pésame, se ve al hombre de espaldas, a unos metros, que se aleja fumando un cigarrillo. Lo identificamos por el corte de cabellos, a navaja, muy liso, y por el traje gris sobre camisa blanca.

—María Consuelo Marugán, ex-mujer de Armando. Y Emiliano Rodorado Castro, ex-capataz de Armando. Se dice que tienen negocios comunes, no del todo limpios, aunque nunca se ha podido demostrar nada. Sin embargo, en público se comportan como si no se conocieran.

—¿Por qué tanto interés en ellos?

—Estaban relacionados con Siro al menos por un remoto nexo: ambos estuvieron muy cerca de Armando y ambos conocían a Siro. Además, cabe la posibilidad de otras relaciones comerciales.

—¿Qué quiere decir?

—Sospechamos que trafican con drogas.

Se quita las gafas, las enfunda y las guarda en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Te habló alguna vez de ellos?

—De él no. De ella sí.

—¿Qué opinión tenía?

—Nada buena. Decía que era una zorra. Pero es un tema estrictamente personal.

Va guardando las fotografías en los sobres y luego todo en la críptica cartera negra. Esta vez no ha anotado nada en la agenda.

—Nadie sabe que estuvimos haciendo estas fotos. Y por ahora nadie debe saberlo.

—¿Por qué me las enseña a mí? —le pregunto sorprendido.

—Porque ya sabemos que eres inocente —y sonrío un instante— de la muerte de Siro. El juez ha ordenado la apertura de un expediente y una investigación. Yo soy el encargado de realizarla y tú eres mi mejor pista. Tú sabes algo, o alguien cree que lo sabes; algo que debe ser guardado en secreto, por encima incluso del asesinato. Los dos tenemos un mismo interés en descubrirlo, aunque sea por motivos bien diferentes. Por eso te he mostrado las fotografías. Tú, porque sigues corriendo peligro mientras esté libre quien disparó. No estoy hablando de venganzas, esa palabra no existe en mi vocabulario, sino de supervivencia. Y si tú desapareces no tengo muchos más hilos. Yo, porque es mi oficio, y tal vez por un poco de vanidad: es mi último caso y quiero cerrar bien mi expediente.

Lo interrumpo con una pregunta que me ronda la cabeza desde la noche de su muerte.

—Comisario, ¿por qué fueron a buscar a Siro precisamente aquella noche?

—Cuando hicimos la redada y comenzamos los interrogatorios, un detenido a quien habíamos cogido con cincuenta gramos de hachís nos dijo que se los había proporcionado Siro. Sospechábamos de él y lo teníamos presente como un posible escalón para llegar más arriba, pero aquello ya era una prueba. No podíamos esperar más, aun con el riesgo de espantar otras liebres. Cualquier juez nos hubiera tomado por estúpidos.

Se levanta y comienza a caminar hacia la puerta.

—Antes de enterrarlo, a Siro se le hizo la autopsia. No había nada raro. Aparte del tiro en la nuca, claro.

Entonces, puesto en pie, parece observar por primera vez las heridas en mi brazo, que reposa sobre la cama.

—¿Fueron en la pelea con los Seisdedos?

—Sí.

—Ten cuidado con las navajas, Cupido. Parece que tienes imán para el acero.

Y se marcha despacio, pensativo. En la mano la cartera negra donde va acumulando datos hasta ahora inservibles.

Es casi de noche. Comienzo a sentirme bien, aunque la conversación me ha irritado la garganta. Cojo un diario de los que trajo Armando. En las páginas de sucesos hay una vaga reseña sobre el asesinato. Más abajo, un artículo sobre un cazador furtivo muerto en un pueblo de Extremadura. Otra vez aquella tierra que sólo atrae a una prensa ciega para narrar crónicas de encerradas rurales a jóvenes viudas, de esperpénticos fantasmas nocturnos que penetran en las casas para tocar los testículos a los hombres que duermen, para denuncias de costumbres atávicas, crueles y sangrientas y para relatos de muchachos furtivos muertos por un mísero conejo. Como si no hubiera más que esto y que los prehistóricos e inútiles fastos y homenajes a conquistadores marinos que deberían ser hundidos para siempre en el olvido de los océanos como animales bentónicos. Porque de una vez por todas hay que decidirse a ofender la memoria, que no siempre la memoria lo justifica todo.

La llegada de Candela interrumpe la lectura del diario. Todavía no he visto al médico que me visita por las mañanas. Trae un ramo de flores y parece relajada. Ha recuperado su buen aspecto habitual. Pasado el miedo, volvemos a mirarnos como un hombre y una mujer que son amigos y que además sostienen con agrado una apasionada relación amorosa. Tiene turno de noche. Mientras vigila la sonda y observa el vendaje, yo la observo a ella, atareada en un cuidado del que ahora soy yo el beneficiario. Me pregunto si con todos sus pacientes será tan amable.

—Mañana te cambiaremos las vendas.

La tragedia va quedando atrás, en estas vendas un poco manchadas de sangre que mañana irán a la basura. No me deja hablar, apaga la luz del techo, deja encendido el piloto y me ordena dormir con un beso rápido y suave.

Por primera vez no me incomoda el olor a alcohol y antisépticos que domina todo el hospital. Por primera vez, aunque todavía permanece el dolor dormido en las heridas, esta cama me parece confortable como una cuna.

El silencio del urogallo

Han pasado doce días. El descanso y el estricto régimen de cremas y papillas que Candela inflexiblemente ha impuesto han favorecido una rápida recuperación. Atrás han quedado la penicilina y el dolor. Echo de menos comida sólida y aire libre, pero las heridas han cicatrizado y el antiguo escozor se ha convertido en un picor al que a veces es difícil resistir.

Siempre con la sombra de la escolta, ya puedo moverme por toda la planta, salir a hablar con las enfermeras, curiosear sobre altas y bajas de pacientes, ver el televisor en la sala común donde nos reunimos los internos.

Algunos me miran de soslayo, con desconfianza, porque no estoy aquí por «la operación de apendicitis que me provocó mi cuñada al invitarnos, al cumplir sus bodas de plata, a una comilona que no pude digerir, estas especias canarias, tan fuertes, y que se me pudrió en el estómago», ni por «una caída del andamio cuando revocábamos la fachada de un cuarto piso, que me rompió tres costillas, y pudo ser peor, porque no llevaba casco», sino por dos categóricos navajazos capaces de hacer sangrar a una patata. Luego, no sé cómo, los pacientes han llegado a saber que era amigo del joven asesinado de un tiro en la nuca, y nadie quiere excesivas intimidades para poder desviar la mirada sin sonrojo si un día nos cruzamos en la calle.

He adelgazado tres quilos y tengo las pulsaciones bajas. Estos días, a pesar de todo, han sido como una cura de salud, con una dieta escasa, pero equilibrada y suficiente. Si todo cicatriza dentro, de las heridas exteriores sólo quedarán dos feos recuerdos. No habrá más secuelas.

Ayer Candela me quitó los últimos vendajes. Mientras me ponía una gota de mercurbromo en la cicatriz por encima del ombligo, volví a sentirme de verdad vivo, entero y desnudo, quizá porque un hombre sólo con el vientre en cueros se siente en cueros todo él. Sus dedos rozando el bajo vientre, eficientes y profesionales, imparciales en su tarea de enfermeros, provocaron sin embargo un renacimiento vigoroso y humano que volvió a tomar la forma de su cuerpo como medida de todas las cosas y elemento central del mundo. Hicimos el amor sobre la cama, chirriando los muelles de elevación, ella levantada sobre mí, sin quitarse la bata blanca, un poco asustados los dos, porque no era lugar privado y alguien podría venir y encontrar la puerta cerrada, lo que se considera falta grave en el reglamento interno del hospital. Al salir procuró disimular las manchas de mercurmina en la orla inferior de la bata blanca. El policía que montaba guardia fuera demostró ser un hombre comprensivo.

Durante toda la semana el hospital ha estado revolucionado por un suceso repetido con implacable frecuencia: una enfermera fue detenida por practicar la eutanasia a un paciente incurable. Vinieron demasiados policías a detenerla y los pasillos llegaron a parecer los de una comisaría. Cuando se la llevaban, fue insultada

por todos los pacientes con la especial virulencia de quien se siente personalmente atacado, quizá porque la convalecencia agudiza la sensación de ser víctimas de los demás que todos de alguna forma llevamos dentro. La miré mientras soportaba —más protegida que detenida por los policías— como un reo, con la cabeza gacha, el corredor de las afrentas y las maldiciones. Era una chica dulce, hasta bonita, con un agradable acento andaluz, que me había atendido en algunas ocasiones. Parecía tímida, tímida incluso para manipular los instrumentos de su trabajo, y, según se dijo, practicaba una fuerte creencia religiosa. A todos nos sorprendió que decidiera devolverle a la eternidad las pocas horas de sufrimiento de un paciente que le pertenecían, robadas por unos médicos que mantenían artificialmente vivo a quien ya debía estar muerto. Ahora posiblemente será acusada de asesinato.

También han muerto otros dos enfermos incurables. Aunque en el hospital procuran que las noticias de las muertes no trasciendan a otras plantas, siempre se acaba sabiendo. Hay demasiado tiempo libre para huronear por pasillos y ascensores. Todos lo sabíamos, «el de la cuarta está agonizando», pero nadie, ni un solo familiar se lo llevó para que expirara en su cama, donde uno debe hacerlo, acaso la única elección ya posible, y no en estas habitaciones frías e impersonales que son como una doble muerte. Aunque tal vez no tenía ni familiares ni una cama propia.

En estos días anteriores he recibido varias visitas. Una de las primeras mañanas vino el hombre que me había socorrido en la calle. Era una de esas personas que hacen tener confianza en el género humano. Muy alto, sencillo, vestido con chándal, iba después a hacer deporte y a entrenar a unos niños. Me preguntó cómo me encontraba y luego no volvió a hablar del tema, como si fuera un accidente que había que olvidar.

La última vez que vino Armando me entregó noventa mil pesetas que había entre las pertenencias de Siro que la policía encontró en casa. Había hablado con Asís y los dos insistieron en que me las quedara para los gastos, para cuando saliera. Todo lo de Siro lo ha heredado oficialmente por no sé qué viejo papel de tutorías, pero han decidido que todo pase a Asís. Mientras tanto, además del dinero, me dejó en un sobre en la mesilla las llaves del coche y del piso. Dijo que ninguno de los dos quiere volver por allí hasta que transcurra un tiempo. Que Siro, si hubiera podido preverlo, hubiera decidido eso mismo. De nuevo volvió a insistir que para mi seguridad debía alojarme en su casa, pero rehusé amablemente.

Ahora veo a De la Cruz salir del ascensor, al fondo del pasillo, y acercarse con su infalible cartera negra.

—Vamos a tu habitación —dice.

Parece enfadado. Me siento en la cama y él en la silla que siempre ha ocupado.

—¿Hay algo nuevo? —le pregunto.

—Nada —no sabe cómo comenzar y se calla unos segundos—. Mi trabajo yo

siempre lo distribuyo en dos secciones. La primera, la de aquellos asuntos que terminan resolviéndose por sí solos, dándoles un plazo prudencial de espera: una muchacha que escapa de casa, un suicidio evidente, la denuncia de un vecino que tiene la gata en celo, cosas así. La segunda sección es más complicada: son los problemas que hay que solucionar personalmente, porque ninguna ayuda te va a caer del cielo a menos que uno las busque o las provoque. La muerte de Siro es de este tipo de conflictos, agravado, además, porque tengo poco tiempo para resolverlo. En todos estos días apenas hemos avanzado. Sólo tenemos algunos datos más que hasta ahora son completamente inútiles. Y tenemos prisa, Cupido, tenemos prisa. Todo parece indicar que detrás hay un asunto de drogas, quizá más grave de lo que imaginamos. Si no se ataja con rapidez ahora, no se podrá atajar mañana. Es como la tisis, de la que un viejo zorro a quien me gusta releer, Maquiavelo, decía que es una enfermedad al principio fácil de curar y difícil de reconocer; pero que si no se la identifica a tiempo, llega a ser muy fácil de reconocer y muy difícil de curar.

Ha hablado todo seguido, como si lo trajera aprendido de memoria, pero con la convicción y espontaneidad de un buen actor que supiera disimularlo. De nuevo saca de la cartera un sobre con dos ampliaciones de fotografías del funeral. Me las entrega.

—María Consuelo Marugán. Ya la conoces, la venezolana. Cinco años casada con Armando, hasta que se produjo el divorcio, bastante violento. Tiene ya doble nacionalidad y está instalada en Puerto de la Cruz. Maneja mucho dinero que aparentemente le viene de un restaurante con prestigio, de un hotel de tres estrellas y de dos pubs en primera línea de playa. Es lo que figura en su declaración de patrimonio, aunque es posible que tenga otras inversiones en otros sitios. Ha llegado arriba demasiado pronto. Lo que sacó a su ex-marido no daba para tanto. Pero está limpia con Hacienda y con la Seguridad Social: nada de morenos ni muchachos contratados bajo cuerda para ahorrarse impuestos. Su vida privada es bastante agitada, pero no es eso lo que más nos interesa. La hemos vigilado discretamente. Sólo una vez ha ido nuestro hombre —señalando con el índice la fotografía del ex-capataz de Armando— a verla, a comer al restaurante de su hotel, con un menú excelente, por cierto. Aparentan una relación superficial, pero nosotros tenemos indicios —movimientos bancarios similares en días cercanos, crecimiento económico paralelo, las mismas respuestas a las mismas preguntas— de que existen lazos más profundos e intereses comunes. Al hombre, Emiliano Rodorado Castro, no ha sido difícil encontrarle credenciales, porque tiene un largo historial. Ahora es dueño de una empresa de transportes terrestres y marítimos, la Tierraymar Rodorado, no sé si has oído hablar de ella, y trae y lleva cualquier cosa a donde se lo pidas, especialmente pescado e importaciones de madera desde África, y de café, licores, tabaco y artesanía desde América del Sur. Sus esporádicos contactos con María Consuelo también en este aspecto parecen ser comerciales, porque surte sus

establecimientos de productos que él distribuye. Como ella, también ha subido demasiado rápido. Y él sin las tajadas de ningún divorcio. Permanece soltero. Mis colegas en Puerto de la Cruz sospechan que también hay detrás de la Tierraymar otros negocios que le reportan grandes beneficios, porque con los transportes no ha podido ganar tanto en tan poco tiempo. Pero hay que demostrarlo. Lo han intentado un par de veces, examinando a fondo las mercancías que importa, y nunca han conseguido encontrar un soborno falseado.

—¿De qué sirven todos estos datos?

—Aún no lo sabemos, pero todos los datos siempre sirven para algo: para certificar inocencias o dirigir culpabilidades —contesta un poco enfadado por mi escepticismo, o acaso por la sospecha interna de su inutilidad—. Tampoco sabemos si demostrando sus probables actividades ilegales se aclararía algo de la muerte de Siro. Pero por ahora es lo único que tenemos. Un crimen se resuelve curioseando sobre todo lo que rodeaba a su víctima. Todavía no se ha encontrado una fórmula mejor. Hay que ir cortando uno a uno, con sumo cuidado, sin que la vibración del corte llegue a los otros, los hilos de una tela de araña que no nos valen, para quedarnos al final con el que nos conduce al nido donde duerme o vela el culpable. No se descubre un asesinato por intuición, Cupido, siguiendo una pista que nos parece sospechosa, sino planteando hipótesis y eliminando resultados imposibles. Tú eres un hilo que hemos cortado. María Consuelo y Rodorado son otros sin cortar, puesto que los dos conocían a Siro.

—Nunca le oí hablar de él.

—Era una especie de encargado o capataz de Armando, el tipo de hombre duro que suelen tener todas las empresas y que se encarga de los trabajos menos agradables para que la imagen del empresario quede limpia. Ya sabes: amonestar al empleado que llega tarde, suspender durante tres días de sueldo al conductor que dedica demasiado tiempo a tomar café entre servicio y servicio, etc. En estos años trabajando con Armando, cuando éste se dedicaba a los transportes marítimos, debió aprender bastante del negocio y decidió independizarse para formar su propia empresa. Tiene permiso de armas y usa una Star 9 mm. que no tiene nada que ver con la bala homicida: no es del mismo calibre. Hemos buscado un poco más atrás todavía y nos hemos encontrado con un curioso pasado: fue sargento de la Legión en Fuerteventura, en el tercio Don Juan de Austria. Tuvo problemas con un político de la recién fundada Asamblea Majorera que protestaba continuamente por los desmanes de los legionarios en la isla. Al parecer, Rodorado lo agredió una noche y le rompió unas costillas, pero sus superiores lo protegieron con una coartada tan irrefutable como poco original: aquella madrugada estaba con ellos jugando una partida de póquer.

—Siempre el búnquer del ejército.

—Eso fue hace muchos años. Después de aquello dejó la Legión y atraído por el boom turístico creó un curioso negocio, muy apropiado a su personalidad: la cetrería. Alquiló unos terrenos en Los Cristianos y fundó «La Casa de los Halcones», una especie de zoológico de aves rapaces para turistas. La visité una vez, sin sospechar que años después tendría que investigar a su dueño. Los turistas podían ver de cerca buitres, águilas, lechuzas, cernícalos y halcones tagarotes amaestrados. Se fotografiaban con ellos en la mano o en el hombro o bien asistían al espectáculo. Soltaban unas palomas rabiches o unas tórtolas aterrorizadas que los halcones despedazaban en un revoltijo de plumas y sangre lanzándose desde el cielo antes de que sus presas pudieran volar cien metros, mientras los extranjeros aplaudían subyugados: «He aquí la España que nos gusta, he aquí la España ancestral que queremos». El negocio le iba relativamente bien. No muchos ingresos, pero muy pocos gastos. Allí estuvo dos años hasta que ocurrió el accidente: un tagarote hambriento y violentado le lanzó un día un picotazo al ojo que le rajó el párpado y le hizo perder parte de la visión. En la fotografía no se aprecia la cicatriz, porque tiene la cabeza agachada, pero le marcó el rostro para siempre. Aquello era la peor publicidad posible para el negocio y tuvo que cerrar.

—Si un halcón te desgarrar un ojo, supongo que la mala publicidad es lo que menos importa.

—Escucha más. Tras el accidente desapareció un tiempo. Volvemos a saber de él donde menos se podía esperar. En Malabo, en Guinea. Ya comenzaba a negociar con importaciones de madera cuando lo expulsaron del país como persona «non grata», sospechoso de ser un agente de Nigeria, una nación vecina perteneciente al área anglófila, que tiene intereses en Guinea y al parecer no sólo comerciales. Existía una fuerte inmigración nigeriana y se dijo que había intenciones de anexión de algunas parcelas de territorio guineano. Un asunto que quedó confuso en esta vecina África que todavía no ha logrado estabilizar los regímenes ni las fronteras de la herencia colonial. Roderado ya dominaba el inglés perfectamente y, de nuevo en las islas, comenzó a trabajar para Armando, como te he dicho antes.

Le devuelvo las dos fotografías.

—¿Y el pequeño Seisdedos? ¿También han curioseado en su vida?

—No se ha movido en estas dos semanas, como si estuviera asustado, como si oliera el peligro. No se debe descartar ninguna posibilidad, pero recuerda que quien entró y disparó o tenía llave o Siro le abrió la puerta y le dio la espalda. Es difícil imaginarlo dándole tantas confianzas al Gambito, como lo llamáis por ahí.

Vuelvo a pensar en Pico de Loro. No lo he visto ni una sola vez en el hospital, como si también se escondiera. Es un tipo raro, esquizofrénico según Candela, inestable hasta el punto de cometer cualquier barbaridad, pero no puedo hablar de él a De la Cruz, a pesar de que me sorprende de nuevo su confianza para haberme

contado todo lo anterior. Ni de Carmelo, a quien todavía no conozco, pero con quien Siro tampoco parecía tener buenas relaciones.

—Si Siro tenía que ver con Rodorado —continúa—, tal vez su muerte sea algo mucho más complicado, algo de gran altura.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que tal vez no fuera simplemente un modesto mercader de hachís, como nos sugería el escondite del horno. En Canarias comienza a bullir un extraño y amplio movimiento de drogas difícil de controlar, porque debe entrar por varios puntos. Por un lado, la heroína. Si has leído los periódicos estos días, habrás visto los muertos por sobredosis, porque es de gran pureza, sin adulteraciones. Por otro, la cocaína, que viene de Latinoamérica. El archipiélago puede convertirse en la puerta de entrada a Europa tras los cerrojazos que hemos dado en Galicia y en la Costa del Sol. Estas muertes por heroína nos llevan a una pregunta: ¿Se trata de una guerra por hacerse con el mercado, por desterrar la heroína, de menos rendimientos comerciales desde el miedo al sida, en favor de la coca?

—Algo he leído de eso en la prensa.

—¿Y Siro? ¿Tenía algo que ver con estas supuestas guerras subterráneas, él, que parecía ser un traficante a baja escala, aunque no se haya demostrado nada en contra suya?

Está esperando una respuesta, o acaso no, acaso sólo piensa en voz alta. Pero yo no contesto, porque lo ignoro todo sobre estas nuevas hipótesis.

—Tú debes conocer algo —insiste—, aunque todavía ni siquiera lo sepas, porque luego fueron por ti. Y esa esperanza a nosotros nos obliga a cuidarte; a ti te obliga, te guste o no, a trabajar con nosotros. Hasta aclararlo, no podrás dormir tranquilo. Bonita situación para una novela: un policía viejo a punto de jubilarse y un jovencito contrabandista con dos heridas de cuchillo en el vientre buscando al alimón a un asesino.

Sé muy bien que lo que está diciendo es cierto. Yo también necesito aclarar su muerte, porque si no, nacerá un fantasma cuyos mordiscos serán más agrios que los del vientre, porque morderán el sueño y el sosiego.

De la Cruz se levanta. No se ha quitado la chaqueta y un ligero sudor le brilla en la frente.

—Hace calor aquí dentro. Bajemos a pasear al jardín.

Salimos. Le hace un gesto al policía de la puerta para que permanezca donde está.

—¿Dónde vas a alojarte?

—Armando ha insistido en que vaya a vivir con ellos, pero no lo creo necesario. No los conozco lo suficiente. Al segundo día me aburriría allí en la playa, lejos de la ciudad, y los aburriría a ellos. Iré al piso de Siro. También tengo las llaves de su coche.

—Cuando salgas de aquí no vas a tener escolta, ni oficial ni disimulada, como el primer día. No debiste haber hecho aquello en el semáforo. Son órdenes de arriba. Este caso no tiene buena imagen y dicen que no pueden poner un policía a cada ciudadano que recibe amenazas. Añaden, además, que si después de doce días no has aportado nada nuevo a la investigación es porque nada sabes o porque no lo quieres decir. Y que en ambos casos no corres ningún peligro.

Es muy tranquilizador. Espero que todos piensen lo mismo. De cualquier forma, no voy a volver a la Península hasta que todo esté resuelto. No voy a dejar a mis espaldas una amenaza así.

En el jardín, entre la sombra de las tuyas y las fragancia de los aromas, caminamos un trecho en silencio. De la Cruz se detiene y pregunta mirándome a los ojos:

—¿Hay algo que todavía no hayas dicho?

Le sostengo la mirada y tengo que hacer un esfuerzo para seguir mintiendo, ejerciendo de nuevo de Juan Niega. Puesta sobre la acera de la noche la prueba de mi inocencia, él se ha franqueado conmigo manteniéndome al corriente de toda la investigación, tal vez con la intención de darme total confianza para que yo responda del mismo modo. Le hablaría de Carmelo, del hachís enterrado en la playa de Germán del Oro y de la morfina para la anciana si estuviera convencido de que serviría para algo y no provocara con ello implicaciones para Candela y para Asís y la memoria oficial de Siro. A ellas no hay por qué inmiscuir las gratuitamente en todo esto. Y sobre su tumba —sobre la que no hay más que sospechas, ninguna prueba material—, no hay que echar más mierda. Bastante peso tiene ya la herida.

—No.

Volvemos a caminar. De la Cruz se pone las manos a la espalda y de nuevo parece más cansado.

—Este va a ser mi último trabajo. Quizá me llegue la jubilación antes de haberlo resuelto, pero a un policía, como a un juez, se le permite continuar en su puesto si está llevando a cabo alguna investigación, hasta terminarla. Y ésta la voy a terminar —no habla con continuidad, se detiene algunos segundos y yo le respeto el silencio—. Y quiero hacerlo bien. No para que me den la medalla del mérito al trabajo ni para despedirme con un elogioso titular en la prensa, ni mucho menos para tener otra batallita que contarles a los nietos —se mueve con esos gestos típicos que han automatizado los policías, mirándote a los ojos y mirando luego alrededor, como queriendo controlar todo lo que ocurre—. Quizá sólo para no añorar mi profesión cuando transcurra un mes y no sepa qué hacer con las horas. En el trabajo, a veces, cuando la mesa se llena de circulares, de fotocopias del BOE o de expedientes de desgracias, siento unas ganas enormes de que llegue el momento para descansar. Pero luego sé que echaré de menos todo este ajeteo.

Camina más despacio y continúa en un tono bajo que comienza a ser confidencial:

—Algún compañero ha dicho que este caso hay que cerrarlo, que no hay que sudar mucho por un pequeño traficante muerto. Que, al fin y al cabo, su desaparición es un regalo para la gente. Llegué a pensar en ello, pero no pude admitirlo. Hace más de quince años me equivoqué una vez. Creo que fue la única en más de cuatro décadas, esa cifra que no me gusta repetir porque parece que, suena a entierro.

Franco estaba a punto de morir, el país hervía de manifestaciones estudiantiles y de protesta obreras y en el norte y Madrid ETA golpeaba con fuerza. Por entonces comenzó a actuar en el archipiélago el MPAIAC. Nosotros, la policía, estábamos histéricos, hipersensibilizados con el auge del terrorismo, éramos incapaces de comprenderlo, y desde arriba se contribuía a agudizarnos esa sensación de inminente catástrofe nacional. Aquí estábamos asustados, aunque nadie lo decía, porque parecía iniciarse un movimiento nacionalista con cierto arraigo popular que temíamos más que una erupción del mismo Teide. No sólo una bomba o una bala, sino esa hostilidad en el ambiente que te impedía estar tranquilo en un bar tomando una cerveza; o los chicos melnudos del tercero que no te saludaban en el ascensor y que un día escribían «Policía asesina» en tu buzón. Las paredes de las calles comenzaban a llenarse de pintadas de «Fuera godos», y toda aquella presión alrededor. Se temía que el ejemplo de ETA en el País Vasco se extendiera como una mancha de aceite, que arraigara aquí esa absurda y violenta manera de entender el nacionalismo, aunque entonces, cuando Franco mantenía la pena de muerte, podía ser comprensible. A varios inspectores nos liberaron de las funciones comunes y nos pusieron a trabajar exclusivamente en este tema. En una operación que nos facilitó un confidente, descubrimos con detectores en una playa, en Gran Canaria, un pequeño zulo con algunas armas y explosivos, aunque entonces esos escondrijos no se llamaban así, no conocíamos esa palabra. El depósito estaba cerca de un grupo de chalés, casi todos cerrados, que habían pertenecido a una colonia sueca que se había instalado allí en los años que duró la Segunda Guerra Mundial, mucho antes del boom turístico. Al terminar la contienda volvieron a su país y nunca más se supo de ellos. Los chalés habían quedado cerrados y amueblados como en los años cuarenta, llenándose poco a poco de polvo y carcoma. En un garaje, lo recuerdo bien, había incluso un Ford que se conservaba perfectamente. Cuando lo registramos, vimos que en uno de ellos, forzada una ventana, habían dormido dos personas en una cama de matrimonio. Se comprobó que habían mantenido actividad sexual. La fecha coincidía en nuestros cálculos con ciertos movimientos en el depósito de armas. Debajo de la cama encontramos también el resguardo, sin remitente, de un paquete postal enviado al ayuntamiento de un pueblo que ya no es necesario mencionar. El alcalde de dicha localidad, peninsular, había sido amenazado por MPAIAC por supuestas

irregularidades cometidas especulando con los terrenos comunales. Investigando, encontramos sin excesivas dificultades al intruso habitante del chalé, que no tuvo inconvenientes en declarar que él había enviado un paquete al citado ayuntamiento, pero que no se trataba de nada ilegal, como nosotros pensábamos, sino de tres ejemplares fotocopiados de una narración o una novela para el concurso literario que la corporación municipal venía organizando desde hacía años. No había puesto su nombre en el remite porque no es obligatorio hacerlo cuando se trata de concursos literarios, para mantener el anonimato.

—Dudoso anonimato.

—Pero era una casualidad más, una casualidad conflictiva para él, porque el anonimato siempre es sospechoso. El caso es que no se encontró en el ayuntamiento la supuesta novela, ni en el registro de entradas figuraba nada. El sospechoso era un muchacho de Lanzarote que estudiaba en Las Palmas. No negaba su simpatía por los independentistas y fue luego identificado en unas fotografías de nuestros archivos lanzando piedras a la policía en una manifestación. Todo se le ponía en contra, aunque en ningún momento fue clara la evidencia de su relación con los explosivos. Confesó que había forzado una ventana para dormir en el chalé una noche, con una mujer, pero se negó sistemáticamente a decir quién era ella. Para la policía, una negativa así, en un momento de nervios y sensibilización, rodeada de tantos indicios, se convierte casi en una confesión de culpabilidad, aunque tal vez sólo se tratara de una cuestión de honor que él quiso mantener en secreto. Al fin fue condenado a tres años de cárcel por asociación de malhechores. Fue a prisión y el asunto quedó, si no en el olvido, sí arrinconado en los archivos. Al cabo de doce meses, con la nueva convocatoria del premio literario, apareció el paquete extraviado, con la fecha del año anterior en el matasellos: eran los tres ejemplares de la novela presentada al concurso, que había desaparecido de alguna manera, nunca se supo cómo. Coincidió el número del sello de Correos con el del resguardo que habíamos presentado como prueba de cargo. Por esas mismas fechas cogimos a dos militantes independentistas relacionados con el zulo y todavía recuerdo sus caras de extrañeza cuando les presentamos a su supuesto cómplice.

Le cuesta esfuerzo hablar, convocar unos recuerdos vergonzosos que se agarran con corchetes a la memoria.

—El muchacho fue indemnizado. Yo mismo había creído hasta entonces en su implicación. Cuando reconocimos el error, él ya había pasado un año en la cárcel, del que probablemente le quedarán secuelas. Todavía algunas noches sueño con su cara, con el chalé fantasma de los suecos y con un implacable detector de metales que busca armas por las playas y sólo encuentra algún anillo o pulsera de oro extraviados. Ahora sé que haciendo bien este último trabajo no voy a arreglar aquella equivocación, para aquélla no hay ya indulgencia posible, pero no deseo dejar

ninguna otra cosa pendiente cuando me vaya. Cuando cierre definitivamente esta cartera negra —la golpea mostrando una sonrisa mutilada por una mueca de nostalgia— debe quedar vacía, no quiero que haya dentro ningún papel en blanco donde debería estar escrito el nombre de un homicida.

Luego, como si pensara de repente que ha hablado demasiado, recupera con un cigarrillo el aplomo policial. Mira su reloj.

—Ahora tengo que irme. Si ocurre cualquier cosa, llámame. En todo caso, estaremos en contacto contigo.

Se marcha. Yo subo a la habitación. Una enfermera me dice que llego tarde, que ya están sirviendo la cena por las habitaciones.

Cuando, una hora después, estoy leyendo, entra Candela, que llega para el turno de noche y ha visto la luz encendida.

—Hay que apagar ya —me dice.

Le ciño la cintura cuando se inclina sobre la cama para alcanzar el conmutador. Ella se resiste un poco.

—Ya está todo en silencio.

Pero la inactividad de la convalecencia remansa de nuevo unas fuerzas que acuden urgentes a la convocatoria de la carne morena bajo la bata blanca, una carne morena que brilla en la penumbra cuando la tela se va poblando de arrugas en la sisa de la cintura, cuando dos ojales abren el canal dorado de los pechos, cuando luce desnudo el primer hombro, y la inicial apatía ya es ayuda para que también la otra hombrera se deslice hacia la axila.

Me dispongo a dormir cuando ella se ha marchado. Es mi última noche aquí. Sé lo que tengo que hacer mañana.

Tras los pasos de Silver

El coche está esperando abajo. Armando lo dejó ayer en el aparcamiento del hospital.

Mi primera visita fuera es al cementerio. Algunas palmeras contradicen la solemnidad de los cipreses, esos árboles huraños de lacias sotanas verdes que cierran sus copas para no albergar pájaros.

En el edículo de la entrada, el mismo desde donde la policía debió sacar las fotografías del funeral, dos sepultureros conversan junto a sus palas, tumbadas en el suelo, ajenas a su oficio.

—Lo incineraron en un crematorio en Madrid y como había dispuesto que lanzaran sus cenizas al mar, tuvieron que enviar el paquete por SEUR.

—Claro. Correos no funciona.

Les pregunto por la tumba de Siro Pérez Raya. No saben.

—Ocurrió hace dos semanas. Era un hombre joven que murió de un disparo en la nuca.

Ahora sí lo recuerdan. La muerte no tiene siempre las mismas dimensiones y los asesinados perduran más en la memoria porque una muerte es tanto más muerte cuanto más cruel o sangrienta es la forma que ha elegido.

En el nicho hay un ramo de flores recientes, de esta misma mañana. Junto a su nombre, Siro mira al frente, con serenidad, desde la pequeña fotografía en blanco y negro, como si estuviera sentado en el umbral de su tumba viendo pasar cada día varios cadáveres, seguro de que pronto llegará el del enemigo. Estoy unos minutos en silencio e intento inútilmente esbozar algo como un saludo callado o una promesa. Pero no consigo nada más que testificar mudo su recuerdo. Con un kleeneex limpio el polvo que ya ensucia el cristal y luego me marchó pensando que también esta vez te gané, Siro, como siempre al final, que tampoco tú eras invulnerable, compañero.

Camino hacia la salida porque no es éste lugar para desenterrar enigmas. El fétido yezgo impregna el aire de un tufo que podría confundirse fácilmente con efluvios que vinieran de las tumbas, de los cadáveres descomponiéndose, ascendiendo como el veneno del radón por las grietas de la tierra. Bajo mis pies, legiones de escatófilos se alimentan y bullen como abejas de una colmena de polvo y podredumbre definitiva.

—Claro que lo conocía. Desde que era un niño. Él era más pequeño, pero en el barrio a menudo lo dejábamos venir con nosotros. ¿Te habló de mí?

—Sí, un día antes de que lo mataran. Puedo advertir una leve tensión de alerta.

—Seguro que no diría nada favorable. Últimamente íbamos por caminos distintos.

El hombre que está frente a mí tiene poco más de treinta años. Es delgado, pálido y de gestos ligeramente afectados. Tiene deslustrado el pelo pajizo y la piel roja como

alcornoque recién desollado. No hay nada mineral en él y me pregunto si es posible que pueda tener alguna relación con la dureza geológica de los colombianos Lehder, Ochoa, Escobar y demás cuadrilla, tal como Siro había insinuado.

Recuerdo sus palabras: «Carmelo es un mal bicho. Un galibardo de buena familia». Pero es la única persona de quien había hablado conmigo que yo aún no conocía. Y la impresión ahora no es nada favorable.

Asís me había dicho dónde localizarlo. Añadió, además, que había llamado a Siro dos o tres días antes de morir, y que se habían citado en algún sitio «para hablar». Estoy en su boutique y conversamos mientras lo sigo de una estantería a una percha, ordenando vestidos «Moda de España». Por aquí, siempre según Siro, blanquea el dinero que le proporciona el tráfico de coca y, también, heroína. Cinco dependientas muy atractivas atienden a la abundante clientela que se mira con afán en los espejos, esperando el milagro de la transformación por medio de la arruga mágica. Carmelo no parece un traficante y, sin embargo, aquí, bajo esta tapadera del oficio sartorio, se oculta uno de los principales vendedores de droga de la ciudad.

—No, no dijo nada bueno —le contesto, esperando cualquier respuesta que me ayude a conocer algo más de él.

Sonríe un momento, calculando hasta dónde podrían haber llegado las confianzas. Va a decirme algo, pero en ese momento se acerca una cliente, muy conocida a juzgar por la confianza con que lo trata, aspecto de dama, cuarenta años que parecen treinta.

—Carmelo, querido. Vengo a recoger el traje que tenías que estrecharme. Cuando puedas me atiendes —pero me mira y parece decir «ya».

—Voy contigo —responde él, amablemente.

Se cuelan dentro, en la trastienda. Mientras espero su regreso no puedo evitar oír la conversación de dos jovencitas que curiosean entre los trapos.

—... sí, y ella me contestó que lo que de verdad necesitaba era encontrar un chico que la estimulara intelectualmente.

—Qué estúpida.

—Yo le dije que por qué no se compraba el Larousse. Se levantó y me dejó allí plantada.

Hasta ahora no había visto al empleado: un hombre fuerte, de unos cuarenta años, que permanece junto a la puerta, muy discretamente, a un lado, cuyo aspecto de cancerbero contrasta con la belleza de las cinco empleadas. Me mira con cierto disimulo.

Carmelo y la dama, con una bolsa en la mano con el anagrama de la casa, salen de la trastienda y se despiden con una sonrisa. Todavía él va a la caja para registrar un ticket y guardar unos billetes. Yo espero pacientemente. Al fin se acerca y, como si hubiera estado pensándolo, me dice:

—Ven.

Lo sigo a la trastienda, sorprendentemente amplia. A la derecha hay una habitación acristalada donde un hombre maneja un ordenador. Lo demás se distribuye en un rincón con dos máquinas para coser y en un amplio pasillo central del que salen calles perpendiculares separadas por estantes atestados de cajas y fardos, con todos los nombres de los famosos de la moda brillando en los embalajes. Al fondo, tras un mostrador de recia madera, en buen estado, pero demasiado tosco para figurar junto al polietileno del exterior, Carmelo abre con llave una puerta que da acceso a una pequeña oficina, su despacho personal. Me invita a sentarme.

—Un comisario casi anciano ya estuvo aquí dos veces. Mi nombre estaba en la agenda de Siro, una imprudencia imperdonable por su parte. Le dije al policía todo lo que sabía de él que no pudiera comprometerlo, ni a su recuerdo ni a mí. Comprobaron mi coartada y me dejaron en paz.

El viejo De la Cruz también ha venido aquí y, sin embargo, lo ha callado escrupulosamente.

—Tuviste una entrevista con Siro dos días antes de que lo mataran —le digo en un tono indiferente, como le podría comentar que su boutique parece boyante.

Él me mira con sorpresa, los ojos apagados bajo los aceitosos párpados, pero elude cualquier respuesta y replica con suavidad:

—Sí, y él me habló algo de ti, de un buen amigo peninsular que había llegado a su casa y que lo ayudó en una pelea con los Seisdedos. Por eso estoy hablando ahora contigo. Por eso y porque no eres un membrillo: la policía no sabe nada después de tenerte dos semanas en el hospital. ¿Cómo te llamas? Siro me dijo un curioso nombre.

—Ricardo Cupido.

—Eso es, Cupido. Mira, Siro era un blando. Siempre había parecido un muchacho valiente y ambicioso que podría llegar a donde se propusiera. Pero en los últimos tiempos, cuando de verdad se trataba de empezar a jugar duro, demostró que no lo era tanto. Se negaba a superar el límite de sus pequeñas transacciones. El oficio que tenía ya no era un oficio para él, ya no valía. Alguien no le ha perdonado que con su capacidad se negara a salir de pobre. Y entiéndeme bien, porque esto no quiere decir que yo sepa nada de su muerte. Yo no lo maté ni sé quién pudo hacerlo, aunque cada uno siempre se puede formar sus opiniones, y callárselas si no se tienen evidencias.

—¿De eso hablasteis aquel día?

—Sí. Yo intentaba convencerlo de que no debía quedarse al margen de lo que se avecina, porque con todo lo que podía saber tal vez fuera peligroso. No se puede estar dentro y fuera al mismo tiempo. Que debía subirse al carro de los triunfadores y no limitarse a un comercio de pobres. ¿Me entiendes, verdad? Las cosas se están poniendo calientes en las islas desde hace algún tiempo y hay que estar juntos para

refrescarse. Y Siro no ha sido el primero en salir quemado. Si has leído la prensa estos días, habrás visto los muertos: alguien está vendiendo dosis mortales, por su pureza, de heroína y está asustando a todo el mundo. A los compradores y a los vendedores, que no se resignan a perder mercado. Siro también estaba preocupado por todo esto.

—¿En qué podía afectarlo a él, que no vendía caballo?

—De alguna manera lo afectaba. Este negocio es como una mesa de billar americano. Al golpear una bola del triángulo se mueven todas las demás.

Parece haber terminado de hablar, pero de repente me pregunta:

—¿Tú eres peninsular, no?

—Sí.

—Lo mejor que puedes hacer es marcharte y olvidar obligaciones, si es que te las has creado, con un amigo muerto. Aquí hay una falsa puerta de entrada a Europa, poco quemada, y un mercado amplio y rico que hasta ahora nadie había explotado en serio. Y de repente alguien lo ha descubierto y quiere ser el primero en abrir un almacén a gran escala.

—¿Quiénes serán los empleados?

—Gente con experiencia. Gente como Siro o como yo. A mí me buscaron. Sabían que no podía negarme. Mira.

Se quita el zapato y el calcetín y me enseña el pie: tiene el empeine acribillado por las motas cárdenas de los pinchazos.

—Te lo enseño a ti para que comprendas que no tengo nada que ocultarte. No quiero más complicaciones ni quiero volver a verte cuando esta visita termine.

—Siro no se pinchaba.

—No —dice calzándose con esmero los yanko bien lustrados—, él fue más listo para eso. Él no estaba hipotecado ni necesitaba un montón de dinero para mantenerse cada mañana, para poder hablar, pensar, respirar. Él no estaba enfermo. Desde este aspecto nadie podía presionarlo. Él creía que podría decir que no a algo que no lo convenciera. En este negocio no tenía que luchar para impedirle el paso a nadie. Por eso no busques al asesino entre sus iguales. Si está por debajo y no lo ha encontrado la policía, va a ser muy difícil que lo hagas tú. Y si está por encima, no llegarás a ningún lado. Insisto: márchate de las islas y olvídate de Siro. Era un artesano, un pobre maquilero que se había apuntado a moler con unos vientos que no le convenía, destinados a fracasar.

—¿Qué quieres decir?

—Que es absurdo ventear paja cuando se puede moler harina. Yo se lo había advertido, pero él nunca hacía caso, estaba lleno de absurdos prejuicios, siempre justificándose en los límites. Pero te lo repito: no sé nada de quién pudo matarlo. Su muerte sólo nos está acarreando complicaciones, con ese viejo policía husmeando por

ahí. Su muerte no le interesaba a ninguno de nosotros.

Se levanta y parece dar por terminada la entrevista. Yo también lo hago y le digo sin ningún énfasis:

—Voy a encontrarlo. Voy a encontrar a quien lo mató.

—Que tengas suerte —replica con ironía antes de señalarme con amabilidad la puerta.

Me marchó. Él se queda dentro de la oficina. Me pregunto si buscando un hueco libre en alguna vena del empeine.

Ya en la calle, me dirijo al centro, hacia las tiendas de los indios. Tengo que preguntar en varias antes de encontrar lo que busco: un detector de metales, un modelo sencillo que, sin embargo, se lleva todos mis ahorros y un pellizco del dinero de Siro que me dejó Armando.

La idea, sin él saberlo, me la proporcionó De la Cruz en el hospital con su relato del zulo en la playa. Compro también una espátula y una cerradura.

Media hora más tarde voy en el kadett a velocidad moderada —no tengo ninguna prisa— por la carretera del sur, por el mismo recorrido que dos semanas antes hice con Siro.

Es más de mediodía cuando llego a casa de Armando. Félix, el guarda, debe haber oído el motor desde lejos, porque está esperando junto a la verja. Su presencia y fortaleza de nuevo me parecen exageradas para el trabajo que realiza.

—Don Armando no está. Fue a la oficina, pero dijo que si usted venía podía esperarlo hasta que él llegara.

—Gracias.

Paso dentro y llego junto a la casa. Paola sale a recibirme.

—Te veo muy bien. Armando dijo que quizá vendrías.

—¿Qué tal la enferma?

—Mal. Cada vez le queda menos tiempo. Y desde que Siro no está tenemos dificultades para calmarle los dolores. Ahora duerme.

Sé que no lo ha dicho para que yo lo busque, pero aun así le hago un ofrecimiento que no sé si podré cumplir:

—Intentaré encontrar algo.

—Te quedas a comer —ordena cambiando el tono—. Voy a preparar unos cappelletis, como los hacemos en Nápoles, pero más suaves. Para tu estómago. Te gustarán.

—Seguro que sí, sobre todo después de quince días con papillas. Pero antes voy a darme un baño. Lo necesito.

Bajo a la playa y tras la fiberglass me pongo el bañador que Siro siempre llevaba en el coche. Las olas machacan con insistencia la orilla, como si quisieran empujar la

isla Atlántico adentro, alejándola de África. Me lanzo al agua como si fuera a una reconciliación. Las heridas han cerrado y el yodo no las perjudica. Pero no voy muy lejos: cuando el nivel me llega a la altura de las axilas, comienzo a moverme lentamente, en paralelo a la playa. No sé nadar. Durante un tiempo esta limitación me había preocupado, y no por el posible peligro de un accidente, sino porque me dejaba en inferioridad de condiciones respecto a los amigos adolescentes cuando íbamos a las gargantas o al pantano a bañarnos con las muchachas de Breda, porque me impedía disfrutar de un placer gratuito y gozoso, a juzgar por los juegos, apuestas y risas de los nadadores cuando había diez metros entre la superficie donde se mantenían con levedad de tejedores y el fondo oscuro del pantano. Había intentado aprender y casi lo había conseguido: lograba avanzar una docena de metros con movimientos enérgicos, demasiado rígidos, pero sin atreverme a respirar. O bien respiraba levantando la cabeza, y entonces apenas lograba avanzar. Nunca logré sincronizar ambas acciones y hacía algunos años que había desistido. Ahora ya no me preocupaba.

Estoy unos minutos más en el agua antes de volver a la arena. Muy al fondo, junto a la verja, Félix, de espaldas, limpia con una azada los espinos. Paola debe estar dentro de la casa, en la cocina. Saco del coche el detector y la espátula.

Camino descalzo un trecho recordando las palabras de Siro: «... a medio kilómetro». Cuando he recorrido esta distancia estoy en una pequeña cala rodeada de rocas que la resguardan de toda vista. No puede haber error, porque más allá vuelve a extenderse la playa en una arena negra y gorda.

A lo lejos, una pareja solitaria toma el sol como adorándolo, aguantando impertérritos sus mordiscos en la piel. Siro había tardado entre veinte y veinticinco minutos en esconder el bolso el día que vinimos aquí. El escondite debe estar en esta cala. Más arriba se extienden rocas diseminadas en una tierra suelta y fácil de excavar, pero ahí alguien puede ser visto desde la suave y extensa pendiente que comienza a elevarse.

Imagino dónde escondería yo un alijo en caso de necesidad. No muy cerca de la orilla, por la marea alta y por el riesgo de una familia buscando coquinas un domingo. Tampoco en ningún rincón que sugiriera de inmediato la palabra escondrijo. Por un momento me viene a la cabeza Stevenson y sus sueños de bucaneros en el Caribe buscando un tesoro en una isla desierta. Inocentes aventureros al lado de estos piratas actuales de los que había hablado Armando aquella tarde, actuando con otros métodos más camuflados, tal vez más controlados en sus itinerarios, pero igualmente inmunes en la inmensidad de los océanos.

Trazo visualmente la zona en la que debo buscar. Enterrado en algún hoyo debe estar el bisturí de cortar las planchas de hachís que Siro introdujo en el bolso de viaje la mañana siguiente a la pelea con los Seisdedos. El metal será suficiente reclamo

para que el chivato del detector se vuelva loco como una perdiz acosada. Aprieto el botón de «on» y vuelvo a mirar alrededor. A lo lejos sólo se ve a la misma pareja, ahora entretenida en un juego mucho más agradable, indiferente a todo. Arranco el tallo de una retama seca y lo cojo con la mano izquierda. Con la derecha, el detector. Calculo la anchura de un metro y comienzo a caminar un poco agachado, con el detector cerca del suelo, insistiendo especialmente en los resquicios o límites de las rocas. Con el palo voy señalando el recorrido longitudinal por la arena, para no perderme ni repetir un mismo trayecto. Cuando apenas he caminado diez metros suena el chivato. Con la espátula escarbo en la arena y enseguida aparece la chapa de una litrona de cerveza. La arrojo lejos, pero con optimismo. Si un pequeño trozo de latón ha servido como reclamo, con más razón lo hará un bisturí, todo de metal.

En la tercera calle vuelve a pitar, esta vez junto a una roca. Hundida veinticinco centímetros encuentro una pulsera de oro con una leyenda: Patricia. La guardo en el bolsillo. Podría sobrevivir así algún tiempo, recorriendo las playas después de los periodos vacacionales, viviendo de lo que encontrara.

Diez minutos después vuelve a sonar el detector. Tengo que cavar con energía, porque a medida que me he alejado de la orilla la tierra está un poco más dura. Entre una roca y una retama aparece el bolso de Siro. Pongo en «off» el detector, con un ligero temblor en los dedos. Lo abro y allí dentro está el bisturí y, bien envuelto en dos bolsas de plástico, atadas para hacerlas más herméticas, el alijo de hachís. Pero en el fondo aún hay más: un posavasos con un anagrama: Ditirambo. Lo observo con cierta sorpresa. En el dorso hay unas palabras escritas con la inconfundible caligrafía desordenada de Siro: «ANGELO. Playa Oviedo. 8-mayo. 4 horas». Examinó con rapidez y cuidado todo el bolso, buscando algo más que no sé qué puede ser, pero ya no encuentro nada. Antes de enterrarlo, todavía activo el detector. Me asusto cuando el chivato vuelve a pitar con un estrépito escandaloso en el silencio de la cala. Excavo hacia la base de la roca y enseguida toco algo duro, también envuelto herméticamente en dos bolsas de plástico. Lo deslío y aparece en mis manos el tubo negro y cilíndrico del cañón de una pistola. Compruebo que está cargada. Pero si está fuera del bolso es que Siro no la tenía entonces en casa y no la trajo, sino que debería estar aquí desde un tiempo anterior. Por otra parte, las bolsas de plástico que la protegen están mates, han perdido el brillo, lo que confirma que debe llevar más tiempo enterrada. Sin pensarlo mucho, de repente casi asustado, guardo el posavasos y el arma en uno de los plásticos y restituyo a la arena el hachís. Borro cualquier huella y regreso hacia la casa sin saber todavía qué voy a hacer con todo esto.

Desde lejos veo el coche de Armando junto al kadett. Félix sigue agachado con la azada. Antes de entrar en la casa me visto y oculto el detector y la pistola en el coche, bajo el asiento del conductor.

—¿Qué tal el baño? —pregunta Armando.

—Magnífico. El agua aquí es como un traje.

La mesa está servida. Mi estómago acepta sin protestar los tiernos cappelletis, pero no pruebo el limpio Malvasía que Armando ha descorchado ni el oloroso gorgonzola que Paola se hace traer desde su tierra.

—¿Qué vas a hacer por fin?

—Me quedaré unos días en casa de Siro. Luego, volveré a la Península.

La gata y el halcón

La leyenda del posavasos es una llave para salir de este laberinto. Ahora es necesario encontrar la puerta. Por el momento, hasta el comisario De la Cruz debe quedar al margen de esta búsqueda, aunque sin duda sería una buena ayuda para empujar el quicio. Porque aunque él quisiera callar sobre el resto del contenido del bolso o sobre mi silencio cómplice y obstinado hasta este momento, un juez probablemente no lo haría. De la Cruz es sólo un comisario viejo a punto de jubilarse y la mayoría de los nuevos jueces del país parecen estar en un estadio definitivamente democrático e independiente de pactos, con ansias de lucidez y de llegar al fondo de cualquier asunto, sea de mafias, de corrupciones políticas o de conexiones en citas de alcantarillas. Parecen haber recuperado la consciencia de que tienen que ser sólo ellos quienes, a falta de un Dios, ejerzan el privilegio de repartir justicia, un privilegio que durante años parecía estar mediatizado por la prensa de bronce de una ideología. Y aunque sea un esfuerzo encomiable, ahora no es necesario convocarlo.

Después de instalar la cerradura nueva, de la que nadie más tiene llave, salgo a la calle.

Son las once cuando entro en el Ditirambo. Llevo un cuchillo en la cadera, pensando en otro posible encuentro inesperado. En el pub, de nuevo abundan negros que parecen recién salidos del purgatorio, aunque también se ve algún turista rubio.

Julio me ve y se acerca con un vaso en la mano. Se alegra de encontrarme tan bien.

—¿Jotabé?

—No, un vaso de leche. El estómago no me lo permite todavía.

—¿Tienes posavasos? —le pregunto mientras lo sirve.

—Sí —contesta un poco extrañado.

—Es para un amigo peninsular que los colecciona. Tiene más de cinco mil, de todos los lugares del mundo.

Me da varios y compruebo sin sorpresa que son absolutamente idénticos al que dejé escondido en casa, en un resquicio entre el papel pintado y la pared.

Se va a servir una jarra de cerveza a un hombre negro ya casi borracho, sonrisa Jesse Jackson, que mira la espita con codicia espiritual, como si en su surtidor cifrara todas sus aspiraciones vitales.

—¿Recuerdas si Siro estuvo aquí unos días antes de su muerte?

—Cierto, ya sabes que venía a menudo.

—Sí, pero esta vez debía estar con alguien no conocido... Al menos, no conmigo, ni con Candela, ni con Asís. Siro no parecía tener otras muchas amistades.

Va a servirse una cerveza y por el espejo espío en vano algún gesto peculiar en su cara. Pero mantiene una expresión beatífica y concentrada, como las figuras de santos

de las iglesias rurales. Regresa.

—No. En los últimos días sólo estuvo aquí contigo o con Asís. Creo que lo habría recordado al ocurrir su muerte, porque después uno siempre piensa en los posibles culpables.

Vuelve a marcharse para atender a dos inglesas que han llegado con la piel roja de sol y buscando con la mirada manos que les calmen la fiebre. Una es pelirroja, el pelo en punta y muy atractiva. La otra, rubia, tiene cara de cerdito.

Hay dos posibilidades: o bien Siro escribió el texto de la cita en otro lugar, teniendo casualmente en el bolsillo un posavasos, cosa poco probable, porque no era coleccionista ni escritor, o bien lo escribió aquí —yo mismo anoté en un posavasos para Asís el número de teléfono de la pensión donde me alojaba— y Julio no lo recuerda o miente, aunque todavía no sé por qué. Si Siro murió hace ya dos semanas, una cita clandestina como la que parece sugerir el mensaje, para dentro de tres días, no pudo haber sido concertada mucho tiempo antes.

Julio vuelve y cambia de conversación:

—¿Te has fijado en ellas? —señalando a las inglesas—. Nunca dejan una propina, aunque las vacaciones les salen baratísimas. Entre ingleses y alemanes nos están invadiendo el archipiélago. Con lentitud, pero implacablemente, están imponiendo aquí su particular «*five-o'clock*». Hace tres días, la colonia inglesa de Los Gigantes clavó un mástil e izó su bandera en medio de la plaza. Ya no se conforman con las Malvinas, che. Tuvo que ir un autobús de la policía a bajarla, porque los municipales no pudieron con ellos. Son un asco.

Yo pienso que Julio tampoco es de aquí, que también él es un extranjero, aunque hable como si se sintiera canario, como si participara del mismo patrimonio.

Pago la consumición y regreso a casa caminando. Treinta metros antes de llegar al portal distingo la silueta de un hombre dentro de un automóvil. Paso a su lado, la mano en el cuchillo, pero enseguida me tranquilizo. Tiene todo el aspecto de ser un policía disimulándolo. De la Cruz es un funcionario responsable.

Candela no trabaja esta noche, pero no voy a su casa. Quiero estar solo para demostrarme que no actúo a merced de los impulsos del miedo.

Me levanto a las nueve y salgo a comprar la prensa. No sólo los diarios habituales. En el tercer quiosco encuentro lo que busco: un plano muy detallado de las islas, con todos sus pueblos, parajes y playas, y la revista Actualidad marinera, un semanario que, entre ofertas de trabajo, publicidad y artículos de reivindicaciones laborales de pescadores y empleados del puerto, trae una completa información sobre los barcos que atracan o se marchan de las islas.

Regreso a casa. Me tiemblan un poco las manos cuando leo en la lista de llegadas: «Angelo. Mercancías. 9 de mayo. Muelle Sur». Todo coincide. En una playa llamada Oviedo, a las cuatro de la madrugada, lo lógico es esperar un barco. Ahora es

necesario averiguar dónde está esa playa.

Busco meticulosamente en el mapa de Tenerife, pero no hay nada con ese nombre. Luego, sigo buscando en las otras seis islas. Tampoco. El resultado es igualmente estéril. Tal vez el nombre «Oviedo» sea una clave.

Por teléfono llamo a dos agencias turísticas, pero sólo obtengo resultados infructuosos. Nadie conoce tal lugar.

—Eso será en Asturias —dice Perogrullo enfadado cuando insisto en la pregunta.

Llamo a Candela. Tampoco sabe nada, ni siquiera lo ha oído. Le digo que la llamaré más tarde.

Cuando estoy marcando el teléfono de Armando, me asalta la duda de la conveniencia de preguntarle y cuelgo repentinamente, aunque no sé bien por qué.

Sin mucha esperanza, llamo a Asís. Una voz de mujer me dice que ha ido a bañarse a las Teresitas con unos amigos y que estará fuera todo el día.

La cita del posavasos es para el 8 de mayo, a las cuatro horas de la madrugada. Son las doce de la mañana del día 6. Tengo cuarenta horas para buscar una playa fantasma donde va a ocurrir algo que no sé, pero que Siro sí sabía y ocultaba como cosa importante. El nombre «Playa Oviedo» debe ser una clave.

Camino por la habitación buscando una salida, intentando sacar el pesado elefante de la bañera. Sólo conozco dos personas más que, en último extremo y según las sospechas de De la Cruz, puedan saber algo. Las dos están en Puerto de la Cruz. Y a las dos no podré preguntarles nada directamente.

Media hora más tarde conduzco hacia allá. No veo a nadie siguiéndome por la ciudad, pero tengo la seguridad de que desde anoche De la Cruz me está controlando. Llevo la pistola bajo el asiento delantero. No he echado gasolina y, a la salida de Santa Cruz, el chivato se enciende de repente. Paro a repostar. Detrás de mí, otro automóvil que no había visto hasta ahora, tras un frenazo, sigue hacia La Laguna. Cuando veo que toma inevitablemente la curva —no puede girar en medio del asfalto—, arranco y me oculto tras el bar anejo a la gasolinera. Desde la ventana del servicio veo que llega cinco minutos después, mirando a todos lados, para acelerar luego de vuelta hacia Santa Cruz, tal vez creyendo que sólo he venido a repostar. Yo sigo en sentido contrario.

Tengo tiempo para ocultar el kadett en un parking y dar un paseo mientras me asalta una sospecha: ¿estoy aquí ahora por el resultado de mis propias deducciones o porque los datos de De la Cruz me han empujado a venir? ¿Su confianza para contarme sus sospechas de Rodorado y María Consuelo no ha sido una sutil manera de lanzarme hacia ellos, como un anzuelo o como una sonda? Nada había en el posavasos que directamente los implicara. Ha sido astuto el viejo policía, porque todo lo que sé por él me impide ya retroceder, me implica con el arma que nadie puede eludir: el pensamiento.

Así que llego a una hora discreta al restaurante del hotel donde tiene su cuartel general María Consuelo Marugán. Me siento al fondo, en una mesa desde la que puedo ver quién entra y sale y el rincón de la caja donde una empleada ordena los menús y cobra las facturas. Pido pastel de puerros con gambas y un lenguado. Agua mineral para beber.

Cuando el somelier me llena la copa hasta donde debe estar llena una copa, la veo aparecer. La reconozco fácilmente por las fotografías de la ceremonia del entierro. Compruebo que tiene posiblemente los dos mejores pechos de todas las islas, grandes y hermosos como un anillo de Saturno, con dos intuidos satélites negros en el centro, y un trasero abastecido y redondo como rueda de ruleta que incita a apostar en él todas las fichas. Con un mínimo de talento, en Hollywood podría haber hecho carrera. Tal vez no en Sudamérica, donde los cada vez más extinguidos directores de cine sienten una extraña predilección por las Graciela Borges y Sonia Braga de pecho escuálido y cara de cansancio. Es fácil imaginársela en el lugar de Mae West preguntándole al gángster: «¿Llevas una pistola en el bolsillo o es que te alegras de verme?». Su apoteosis de diosa mamífera llena el comedor, y esto deben sentirlo también algunos comensales solitarios que la observan con codicia y al mismo tiempo asustados ante su aire de involuntaria insolencia, ante esos dos pechos grandes y levantados que exigen su espacio con la agresividad de las astas del toro cuando sale al ruedo, las puntas simétricas objeto de todas las miradas.

María Consuelo se acerca a la cajera y habla algo con ella. Observa a los camareros cumpliendo sus funciones y ellos, conscientes, se esmeran con diligencia. Ella debe ser del tipo de jefes que todo empleado odia, y posiblemente no por aspereza de trato ni racanería pecuniaria, sino por el ojo avizor a que lo somete todo, por esa sensación de estar siendo vigilado que ella debe provocar.

Cuando su mirada en panorámica llega hasta mí, se detiene con curiosidad, acaso con una pizca de recelo, mientras yo mantengo durante unos largos segundos la fijeza de gamuza de sus ojos.

Recoge algo de la caja y se marcha removiendo el aire. Llamo al camarero y le digo que voy a alojarme en el hotel, que pase la factura a la cuenta. Me acompaña a recepción. Tras el mostrador de caoba, un hombre de unos cuarenta años, pulcro, elegante, políglota, de mirada calculadora, atiende a un cliente alemán. Cuando termina, le doy mi carnet para hacer la ficha. La propia María Consuelo, que merodea por todas partes, llega en ese momento y comienza a escribir.

—¿Ricardo Cupido? —pregunta al leer mi nombre.

—Sí.

—Es un bonito apellido.

No sé cómo interpretar su aparente interés: como deferencia habitual hacia el cliente o como indicio de haberme identificado.

—¿Habitación individual o doble?

—Individual.

Tan cerca, mientras escribe con dedos de uñas pintadas, puedo observarla mejor: boca grande y de labios finos, nariz pequeña y sospechosamente simétrica y las pestañas muy largas y marcadas con rimmel, como si fueran la negra costura del ojal de los párpados, por donde se cuelan dos ojos grandes y dorados como botones antiguos.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—Aún no lo sé, pero espero que no sea mucho.

—¿Vacaciones?

—No, trabajo.

—Feliz estancia en el hotel Maracaibo —me desea con una sonrisa.

Sus pechos poderosos brillan por encima del mostrador como jacintos abiertos en la baranda de un balcón, esperando al viajero decidido que ose subir a olerlos.

Un botones me guía hasta la habitación. Le doy una propina solidaria. Moqueta espesa, mueble bar bien surtido, televisor con instrucciones para seleccionar entre muchas opciones: las cadenas nacionales, una inglesa, una francesa, una alemana y los films de vídeo del hotel: Un pez llamado Wanda, Átame, Bajarse al moro y El oso. Habitación individual, sí, pero cama amplia, casi tálamo. Me miro en la luna del armario empotrado y me parezco mal vestido para una pieza con un lujo así. Deshago la cama y me tumbo en ella, sin desvestirme, pensando y haciendo tiempo.

Si María Consuelo tenía alguna relación con Siro, el reto está servido al haberme presentado con mi nombre. No le resultará desconocido. El cetrero del ojo torcido será el rival de esta tarde.

Son las seis cuando llego a las oficinas de la Tierraymar Rodorado.

Me presento como Ricardo Cupido y añado que era amigo de Siro Pérez Raya. La secretaria me hace pasar un minuto después.

El despacho mismo, lujoso y pulcro, da la impresión de riqueza y seguridad, como si a cada objeto le hubieran aplicado la electrólisis para recubrirlos de una galvanoplastia de brillo y de metal. El hombre que lo habita, sin embargo, no tiene un rostro tan armonizado y compuesto: cada parte de su cara expresa una idea distinta, aunque él hace esfuerzos por homogeneizarlas. El vómer legionario, aguileño, empuja hacia delante una nariz grande, decisiva y decisoria, en un tono de mando militar que la boca niega: tiene los dientes demasiado pequeños, de ofidio, tan afilados que parecen espuelas, y los labios finos y pálidos, como gastados de haber hablado mucho. Sus orejas son grandes, con los tragos muy prominentes y poblados de negras cerdas. Los pómulos de Berruguete van por su cuenta hacia una expresión de talla y de dureza a los que las blandas y finas cejas llevan la contraria. La frente,

poblada de arrugas, delata una edad madura con más de una adversidad.

Pero la mayor contradicción habita en sus ojos. El izquierdo, muy vivo, parece el de una persona joven. El derecho, sin embargo, rasgado por una nube blanca, como si Buñuel hubiera pasado por él la navaja surrealista, escorado hacia fuera, se escabulle con vergüenza hacia la comisura externa de los párpados, donde brilla la cicatriz del picotazo del halcón. Rodorado ofrece al interlocutor el ojo sano y joven, la pupila viuda, pero desde la retaguardia de su mirada, bajo el arco ciliar estirado como el de un chino por la sutura antigua, es el otro el que espía, el que observa y calcula, el que decide la estrategia de la agresividad o la cortesía, del desafío o el disimulo.

Esta impresión de desarmonía, de estar hecho a base de retazos de distinto origen, como la criatura de Shelley, también se traslada al cuerpo: el tronco es ancho y casi gordo, pero sus extremidades parecen delgadas como las de un astronauta que llevara diez años levitando en el espacio.

Él es consciente de la contradicción de las impresiones que causa e intenta con una ancha sonrisa inspirar confianza. Se levanta cuando he entrado y me da un enérgico apretón de manos, comprobando la fuerza de mis dedos. Tiene las uñas largas, de rapaz, y, sin saber por qué, lo imagino limándolas contra los barrotes de una celda.

—Conocí a Siro cuando estaba trabajando para su tío. Yo lo apreciaba y sentí mucho la desgracia.

Me ofrece un sillón y él se sienta conmigo delante de la mesa, de igual a igual.

—¿Lo había visto recientemente?

—No, no lo veía desde hace dos o tres años. Él vivía en Santa Cruz. ¿Por qué?

—Intento averiguar quién lo mató. Cualquier dato me es útil.

El ojo herido parece ponerse en guardia.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Siro, antes de que lo mataran. No tengo trabajo y me dijo que, si algún día quería hacerlo, tal vez usted podría ayudarme. Añadió que tiene una importante empresa de transportes.

—Es cierto. ¿Pero no le dijo lo mismo de Armando, su padrino?

—Sí, pero a mí me gusta el transporte. Soy un buen conductor. Lo de Armando podría ser una oficina, algo mucho más aburrido.

—¿Qué automóviles sabes conducir? —pregunta tuteándome, amable, el cutis brillante como si acabara de afeitarse.

—Todos. Llevé un camión durante algún tiempo.

—Podría ofrecerte un empleo —me mira unos segundos, sopesándome, con un solo ojo lateral, como miran algunas aves rapaces—, un buen empleo. Pero no aquí en Canarias, aquí lo tengo todo cubierto. Tendría que ser en la Península, en una nueva agencia que estamos abriendo.

Su proposición me coge por sorpresa. Nada más eficaz y sencillo para alejarme a varios miles de kilómetros y tenerme relativamente controlado.

—No, no me interesa. De momento tengo que seguir en Tenerife hasta que se aclare todo este asunto.

—¿No es peligroso? Oí decir que tuviste un accidente —dice. Ya no es tan clara su actitud cordial.

—No fue nada grave.

—Sí, sí lo fue. Estuvieron a punto de matarte. Aquí todo se sabe. Y por eso deberías aprovechar esta oferta e irte. Olvidar obligaciones absurdas con el amigo muerto —dice utilizando casi las mismas palabras que había usado Carmelo— y pensar en ti mismo. A veces lo que deseamos nos puede perjudicar.

Y como si quisiera demostrarlo en su propia carne, se levanta y abre un panel de un armario donde se ve un proyector de 16 mm. con la bobina hilada.

—¿Te gustan las aves?

—Sí.

Va hacia la otra pared y baja una pantalla, enrollada en el techo, que no había visto hasta ahora. Luego, apaga la luz principal y enciende una pequeña lámpara de mesa.

—¿Ves este ojo? —dice de repente señalando el párpado rasgado, el ojo galvanizado por la circuncisión de la rapaz—. Me lo dejó así un tagarote. Era mi ave favorita, una variedad de halcón que sólo existe en Canarias. Este año los han censado y ya sólo quedan diez parejas. Terminarán desapareciendo. Son demasiado impulsivos e independientes para sobrevivir.

Vuelve hacia el proyector, lo pone en marcha y se sienta de nuevo junto a mí. Yo me pregunto si sus palabras se refieren solamente al halcón.

Por la pantalla comienzan a pasar hermosas imágenes de rapaces cruzando las nubes, planeando milagrosamente en el aire o lanzándose voraces sobre las palomas aterradas que un operario suelta desde unas jaulas con la fría sistematización del lanzador de platos. También se ve en alguna secuencia al mismo Rodorado observándolas y dándoles comida. Luego, poco a poco, va tomando protagonismo un halcón grande y perfecto, majestuoso, haciendo ochos en el cielo, bajando alguna vez a posarse sobre el hombro de su orgulloso dueño, Rodorado.

—Un ejemplar puro, la naturaleza en estado perfecto. Se llamaba Berenguer. Hubiera preferido que muriera cualquier persona antes de que lo hiciera él.

En otro plano, Rodorado, como un cetrero medieval, levanta el puño con guante de cuero y a su convocatoria acude alegre la rapaz. Su gesto es de satisfacción, de orgullo.

—Tenía el gran privilegio de volar. ¿Has pensado alguna vez los problemas que se evitarían si el hombre volara? No digo con aviones ni con ningún otro artefacto,

solo volar por naturaleza, despegar del suelo en el momento que se quisiera, levantarse hacia lo alto con sólo desearlo. Se acabarían los problemas de transporte, de especulación. Todo el aire para todos.

—Sí, lo he pensado muchas veces. Estropearíamos el cielo, terminaríamos vendiéndolo en parcelas.

No hace caso de mi comentario y continúa hablando, un poco extasiado con las excelentes imágenes que pasan por la pantalla, donde Berenguer, bello y poderoso, ya es el protagonista absoluto.

—Era un ave perfecta, una rapaz capaz de volar a ciento cincuenta quilómetros por hora. No una cigüeña torpe ni un gorrión asustado. Resistente como un albatros y orgulloso como un águila imperial.

Sólo comía las presas que él cazaba o la carne que yo le daba en mi mano. No se humillaba a posarse en ningún otro hombro.

En la pantalla brilla de repente un plano terrible. Reconozco inmediatamente la fuerza de las imágenes, el buen cine de esta secuencia. El tagarote baja aleteando hacia Rodorado, que lo espera con el puño enguantado en alto. En el último segundo, cambia de dirección y lanza un terrible picotazo hacia su cara. Se estremece la imagen porque hasta el propio operador se ha estremecido. La sangre salta escandalosa en el rostro del cetrero. Algunos hombres se acercan a ayudarlo. El cámara todavía tiene serenidad para buscar el halcón en el cielo, planeando no demasiado alto. Mete el zoom y nos acerca sus ojos de cristal fijos abajo y desconcertados. Casi se diría que tiene miedo, si el miedo pudiera caber en el cráneo diminuto de un tagarote libre en las alturas.

Rodorado, mientras tanto, sus ojos clavados en la pantalla, continúa hablando:

—Un día, ya lo has visto, sin ninguna causa, se arrojó sobre mi cara y me dejó esta cicatriz. Todavía no he podido entender por qué lo hizo.

—¿Qué pasó luego con él, con Berenguer?

—Tres días después, cuando salí del hospital, me puse el guante, cogí un corazón ensangrentado de ternera y lo llamé. Dudó un momento, sospechando el castigo, antes de bajar hacia el reclamo.

La película ha terminado, pero Rodorado no se levanta a detener el proyector, que sigue lanzando a la pantalla un chorro de luz blanca mientras yo vuelvo a tener la sensación de que está diciendo más de lo que dice, que sus palabras podrían hacerse extensivas a la confesión o a la amenaza.

—Lo estrangulé.

Se levanta y apaga el proyector.

—Cerré el negocio y me dediqué a esto que ves ahora.

Enciende la luz y parece dar por terminada la entrevista. Ya ha dicho todo lo que debía decir.

—En cuanto al empleo, entonces, no puedo hacer otra cosa. Pero si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

—No cambiaré. Si usted encuentra algo que ofrecerme aquí, estoy en el hotel Maracaibo.

—Mucho lujo para alguien en paro —responde. La sonrisa sólo en el ojo sano, el otro inmóvil y escondido, alerta, el párpado estirado como por un alfiler que lo atravesara.

Desde una cabina vuelvo a llamar a Asís. La misma voz de mujer me dice que regresó, pero que volvió a salir y que puede llegar tarde.

Me quedo a cenar fuera del hotel. Las terrazas están pobladas de extranjeros de piel enrojecida por el carnívoro sol isleño. Los nativos miran con deseo no disimulado a las mujeres rubias. Es un turismo menos masificado, de más calidad que en Playa de las Américas, donde los jóvenes anglosajones que han abandonado por quince días la paleta o el soplete se entregan a beber litros de cerveza que luego sudan en masivas peleas contra todo lo que no es hijo de la Gran Bretaña. Aquí, el precio de los servicios impone una más cuidada selección que beneficia y enriquece a los Rodorado y María Consuelo con visión comercial.

En una terraza pido un plato combinado y un zumo de naranja. Por un momento estoy tentado de poner a prueba la recuperación de mi estómago con un Mariachi y unos granos de sal, pero me contengo. Luego voy a pasear por la avenida de Colón, donde planea la sombra de César Manrique y sus árboles al revés. Comienzo a aburrirme, pero aún hago tiempo. Vuelvo a llamar a Asís, la última persona que, a falta de iniciativa inesperada de Rodorado o María Consuelo, podría descifrar la clave del posavasos. No ha regresado todavía. Faltan veintiocho horas para que un barco llamado Angelo tenga una cita con alguien en un lugar llamado Playa Oviedo. Veintiocho horas para encontrar esa playa que nadie parece conocer. Allí va a ocurrir algo que podría aclarar la muerte de Siro y acabar con mi inseguridad. Las visitas a María Consuelo y Rodorado, si están implicados, es todavía un reto callado que no estalla, que no me acerca a esa cita bajo las estrellas a la que debo asistir como algo más que como convidado de piedra. Desanimado, regreso al hotel.

El recepcionista me entrega la llave con una mirada fría. Subo, me ducho y, semidesnudo, voy a meterme en la cama, la pistola bajo la almohada. En ese momento llaman a la puerta. Me pongo con rapidez el pantalón y escondo mi mano armada en la toalla con la que aparento secarme. Inexperto en su manejo, la pistola palpita entre mis dedos como una rana.

—¿Sí?

—Soy la dueña del hotel. Quiero hablar contigo un momento.

Es la voz de María Consuelo, inconfundible en su acento cálido y meloso. Abro la

puerta. Está sola y la invito a pasar. Seguramente sabe con exactitud cuándo he llegado, pero ha esperado a este momento para subir, cuando ya ha transcurrido casi media hora, cuando un hombre joven y solo en un hotel de lujo se pregunta qué puede hacer para aliviar la soledad de la noche.

Viene dentro de un traje de fiesta negro, como una viuda reposada, de cuello alzado hasta las clavículas, pero con un escote trasero con el que sólo podría haberse atrevido la espalda vertiginosa de Kim Novak, que le llega hasta la cintura, casi hasta donde comienza la sugerencia de las nalgas. Así está aún más provocativa. Sabe que sus atributos frontales no necesitan ningún resalto, que se bastan ellos mismos, quizá aún más deseables totalmente cautivos dentro del lamé negro. Y enseña por detrás la espalda desnuda y la promesa del culo carioca, sólido y luminoso como dos lámparas. Su mirada pasea por la habitación y va quemando todo cuanto toca.

Dejo la pistola, envuelta en la toalla, en un escaño junto al balcón de la terraza y la invito a sentarse.

Lo hace en la cama, sin escrúpulos, con una naturalidad que no sugiere nada, aunque una mujer que se sienta en una cama abierta siempre parece querer decir algo.

—¿A qué debo su visita?

—Podemos tutearnos. Es una visita de cortesía. He sabido que eras muy amigo de Siro, el sobrino de mi ex-marido. Y quiero que tu estancia entre nosotros sea agradable. Aquí serás invitado de la casa.

—¿Se lo dijo Rodorado?

—Sí. Todos los que lo conocíamos nos entristecimos con su muerte —continúa, eludiendo la intencionalidad de mi pregunta—. Yo lo quería mucho.

—Ya me lo contó —respondo con toda la ironía que me provoca el recuerdo del relato de una escena en la playa, cerca de la casa de Armando, ellos dos solos.

—Era un gran muchacho, guapo, generoso y alegre.

Yo podría añadir que nunca vi a nadie que nadara como él, que confesara con naturalidad que se masturbaba con amargado placer en la garita cada noche de guardia, que me abriera la puerta de su casa como si también fuera mía, sin preguntar qué me había traído tan lejos de mi tierra.

—¿Quién pudo matarlo? —le pregunto sin rodeos.

—¿Le has preguntado a Armando?

—¿Por qué a Armando?

—Todos sabíamos que Siro andaba metido en asuntos poco limpios. Por parentesco y por la confianza que se tenían, quien más puede saber de ello es Armando. No es hombre a quien se le escapan ciertas cosas.

—No, ya hubiera dicho cualquier cosa que pudiera aclararlo.

—¿Estás seguro?

La miro y me pregunto cómo es posible que dos personas que han convivido

juntas durante varios años, que seguramente se han amado, hayan llegado, al menos María Consuelo, a esta situación de acusaciones. Es cierto que el juramento de amor es el único juramento que podría perdonarse si se infringe, pero si no ocurre así, todavía hay mucho camino de ahí al odio.

Saca un paquete de cigarrillos rubios y me ofrece. Niego con la cabeza. Ella enciende uno y mira hacia la mesilla buscando el cenicero, casi ordenando con su mirada, rectilínea e imperativa, tan distinta de la órbita torcida de Rodorado, que se lo acerque. No lo hago y es ella misma quien se levanta y se vuelve a sentar en la cama, ahora junto a la almohada, cerca de la mesilla. El hoyo sugerente de sus nalgas queda marcado en las sábanas como una invitación a invadirlo. Parece increíble que un gesto tan cotidiano pueda contener tanta carga erótica.

—¿Cuánto tiempo te quedarás aquí?

—¿En el hotel?

—En Tenerife.

—Todavía no lo sé.

¿Cómo preguntarle por una misteriosa Playa Oviedo sin que la pregunta frustre la cita?

—No deberías quedarte. Oí hablar de las puñaladas. El hotel no puede hacerse responsable de tu seguridad.

Curiosa mujer. Me ofrece hospitalidad al mismo tiempo que parece amenazarse. Se levanta de la cama, apaga el cigarrillo y se acerca a mi lado.

—A nadie le interesa que estés mucho tiempo por aquí revolviéndolo todo. Creo que te han ofrecido un trabajo en la Península. Deberías aceptarlo.

Se acerca más y posa sus manos sobre mis hombros, en un gesto que podría parecer inocente y amistoso, de Venus maternal, si no estuviéramos solos en la habitación de un hotel, en medio de la noche, si mi propia desnudez no realzara ahora la desnudez infinita de su espalda. Sus dedos en mis hombros tienen algo de adhesivo difícil de despegar. Las diez uñas me rocían con la frescura del deseo, las puntas de sus pechos me rozan el torso desnudo, no sé si como una caricia o como la amenaza de dos pitones.

—Acéptalo. Si decides que tu estancia aquí sea muy corta, hasta que te marches podrás tener todo lo que pidas. Todo.

Y se queda así, desaparecido su aire de insolencia permanente, ofreciéndose como una fruta, la pulpa en sazón de su cuerpo esperando que mi mano la tome.

—De momento no tengo ninguna intención de marcharme. No podría.

Retrocede un paso. La mirada maternal de Venus se petrifica en un destello de amenaza, recordando acaso una situación parecida en una playa. Parece un jugador de póquer desesperado al que no le responden al envío en una última apuesta que lo decidirá todo.

—Te pareces mucho a Siro, Cupido. Sois casi igualitos —dice caminando hacia la puerta.

Se marcha dejando dentro un perfume intenso y la amenaza velada de una similitud no sólo para la vida. Me desnudo y me tumbo en la cama, la pistola bajo la almohada y en la cabeza una profunda sensación de fracaso y de visita estéril. El hoyo de su cuerpo todavía está tibio sobre las sábanas. Intento ordenar las ideas. Rodorado y María Consuelo tienen mucho interés en que me marche, en que todo quede definitivamente enterrado. Él me ofrece trabajo y dinero, pero lejos de aquí, donde no me interponga entre no sé qué asuntos. Como la seguridad de un buen sueldo no es suficiente apuesta, envía a la venezolana a poner el peso de su cuerpo poderoso en el platillo de mi deseada ausencia. Algo esconden, no hay duda. Tal vez un disparo que no quieren repetir para no levantar más polvareda. Pero la realidad se parece menos a un *whodunit* que a un «cómo demostrarlo». A ella Siro sí le podía haber abierto la puerta a las cuatro de la madrugada. O simplemente, si no tienen nada que ver con su muerte, mantienen algún secreto que su desaparición está complicando.

Cabe la posibilidad de que tenga que marcharme y todo quede oscuro, sin respuesta. Si tiene que ser así, el destino que me espere en la Península no será nunca un puesto neutralizado de trabajo en una sucursal de la Tierraymar Rodorado.

Apago la luz. Siento en la oscuridad algo parecido al miedo hacia el ojo rasgado por el picotazo del halcón, hacia la botana china del ex-legionario. Me repito que es imposible que en su propia guarida atenten contra mí. Los lobos no defecan nunca en la lobera donde duermen. Aun así, me levanto y encajo una silla contra la puerta. Me duermo tarde, incrustándoseme entre las piernas el deseo morboso y atrasado del ofrecimiento de Consuelo.

Playa Oviedo

—¿Asís?

—Te escucho.

—Soy Ricardo. Te llamé ayer varias veces, pero no pude localizarte.

—Fui a la playa con unos amigos. Lo necesitaba. ¿Qué ocurre?

—Estoy en Puerto de la Cruz, en una cabina. Quiero preguntarte algo que nadie parece saber: ¿Qué es Playa Oviedo?

Hay un silencio al otro lado del auricular.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Qué es eso?

—Playa Oviedo era un secreto entre Siro y yo.

—Escucha —le digo con ansiedad—, tenemos que vernos. Voy para allá. ¿Dónde podemos hablar?

—En casa de Siro. Aún tengo que recoger algunas cosas. Ir sola me da miedo.

—¿Dentro de hora y media?

—De acuerdo.

Vuelvo al hotel, recojo la bolsa y bajo a recepción. No veo a María Consuelo y le entrego la llave al recepcionista.

—Dígale a la señora que me he marchado.

Coge la llave y me mira con una envidia firme y maligna. Leo en sus ojos que me está clasificando entre los apuestos invitados personales de la señora, que un día llegan y se quedan varias noches antes de desaparecer para siempre. Puedo comprender su mirada de rencor: «¿por qué ellos y yo no, yo que soporto día a día este deseo forzosamente astringido cuando María Consuelo viene junto a mí a revisar el registro de huéspedes y me inunda de su olor, cuando pasa con vestido de noche hacia la fiesta que la animadora danesa del hotel ejecuta cada vez con más quilos y menos entusiasmo, cuando en el umbral de la madrugada la engulle el ascensor que la lleva hacia alguna habitación que no es su habitación en la planta baja, donde la espera algún muchacho rubio para usarla y ser usado sin las reservas de ansia que yo guardo? ¿Por qué ellos y no yo?». Su resignación de eunuco, sin embargo, no estallará nunca. Cuando esté frente a ella será seguramente adulador como un soneto del Góngora hambriento y aceptará sus órdenes sumiso como un perro.

Ahora está equivocado. Siento la tentación de decírselo, pero sólo le doy las gracias y salgo.

En el buzón de casa encuentro un folleto que bajo el lema «Lo peor del SIDA es no saber nada de él», explica cómo prevenir el contagio, recomendando el uso de preservativos y jeringuillas no compartidas. También hay un sobre de De la Cruz con una nota mecanografiada dentro: «Pásese por comisaría», y, debajo, una

amonestación escrita a mano: «¿Qué estás haciendo?».

Suena el automático.

—¿Ricardo?

—Sube.

Un minuto después Asís intenta abrir con su llave, antes de comprender que he cambiado la cerradura. Por un momento me siento un usurpador.

—No he vuelto desde entonces. Tenía miedo de entrar sola en la casa.

Mira hacia todos lados, tal vez extrañada de que las paredes no le sean hostiles, de no encontrar el olor de la pólvora o una sombra amenazadora entre los muebles. Pero una casa no cambia mucho porque en ella se haya cometido un asesinato.

—Me gusta que vivas aquí. Es la mejor manera de hacer que todo parezca igual.

La sigo al dormitorio, a su dormitorio, mientras va guardando en una bolsa deportiva algunas ropas, objetos personales y objetos comunes hasta hace quince días compartidos. Está a punto de llorar. Cada vez que introduce algo en la bolsa, sabe que va haciendo irrecuperable un gesto, una acción de Siro, y es consciente de la inutilidad de intentar evitarlo. Del cajón de un armario empotrado saca una labor de tricot, las dos gruesas agujas pinchando el corazón de los recuerdos, esperando ya para nada la continuación del picoteo para trenzar la lana, mientras él veía el partido de fútbol en el televisor o hacía el crucigrama del suplemento dominical preguntándole a ella las palabras que no lograba adivinar. Una Penélope sin Ulises a quien esperar para colocarle amorosamente la túnica sobre los hombros marinos, sin uso ya el arco de su cuerpo que sólo él sabía tensar sin esfuerzo para encajar la flecha en el centro exacto y gozoso del placer.

—Tendré que deshacerlo —dice con voz quebrada, a punto de romperse—. ¿Para quién lo quiero ya?

Se acerca luego a la mesilla donde todavía sonrío Siro, preso en la reducción de un marco metálico. Cuando lo coge, no resiste más y se derrumba. Se sienta en la cama y comienza a llorar sosegadamente. Mira hacia la alfombra y sé lo que está viendo en ella. Me acerco a su lado y la abrazo. No sé hacer nada mejor. Siento la urgencia de preguntarle qué es Playa Oviedo, pero todavía guardo silencio y le doy tiempo para amansar su dolor.

En la cocina le preparo un café mientras pienso que no lo va a tener nada fácil. Primero deberá superar su ausencia, conseguir que transcurran las veinticuatro horas de un día sin haber pensado ni un segundo en él. Y después llegará lo más difícil: conseguir que los demás tampoco piensen, para no recordarlo, para que el futuro muchacho que se le acerque una noche no salga corriendo a la mañana siguiente cuando descubra el antiguo estigma en el centro del corazón: es guapa y tierna, sí, pero fue novia de un tipo mezclado en asuntos de drogas asesinado de un tiro en la nuca.

—Asís, ¿qué es Playa Oviedo? —le pregunto mientras toma el café.

—Playa Oviedo era un secreto entre Siro y yo —dice sin secarse los ojos—. Nadie más lo sabía.

—¿Qué es lo que nadie más sabía?

—¿Te lo contó él?

—No, lo vi escrito en un papel suyo.

Vuelve a mirar el retrato que ha quedado en la mesa, a su lado.

—Playa Oviedo no existe. No existe en los mapas, la inventamos nosotros. Es el nombre de una cala pequeña y escondida a la que fuimos un día. Él me llevó allí, no sé para qué. Dijo que tenía interés en conocerla, aunque nunca supe la razón exacta, porque no era nada extraordinario. Ni siquiera tiene un paisaje bonito. Al contrario, la arena es gruesa y fea, llena de algas verdosas, y para llegar hay que meterse por sitios poco accesibles en automóvil. En Tenerife hay cien calas mejores que aquella.

—¿Por qué Playa Oviedo?

—Fue casi un chiste. Nosotros siempre hacíamos el amor con preservativos. Yo no quería tomar la píldora, por lo que cuentan de los efectos secundarios. Antes me había colocado un diu, pero en cada menstruación sentía dolores muy fuertes y algo de cistitis. Candela me lo dijo un día: «Contra la cistitis, preservativos». Y desde entonces era lo único que usábamos. No teníamos excesivo miedo, porque si un día hubiera llegado un niño, nos habríamos casado. Podía ser la excusa que estábamos esperando.

Habla para ella misma más que para mí. Parece advertirlo y continúa:

—Aquel día se nos hizo tarde en la cala y los dos nos encontramos de repente en uno de esos momentos en que te quieres con locura. Nunca lo disimulábamos. Sentíamos la urgencia absoluta de hacer enseguida el amor. Pero no teníamos preservativos. Podíamos habernos arriesgado si no se hubiera añadido otro problema: la semana anterior Siro había estado de vacaciones en Oviedo, con un antiguo amigo vuestro de la mili que había venido a vernos el año anterior.

—Sí, Tomás.

—Y de Oviedo se trajo una infección venérea, algo que no era grave, ya ni siquiera recuerdo el nombre, pero sí muy molesto. Yo fingí creerlo cuando me contó que lo debía haber pillado en algún retrete, aunque lo conocía bien y sabía que posiblemente se habría acostado con alguna chica. De modo que no pudimos hacer nada. Volvimos a casa y cuando llegamos ya no quisimos, porque no habiéramos podido igualar el deseo que sentíamos en la cala. Desde entonces, cuando alguno de los dos estaba cansado o cuando no podíamos por cualquier motivo, decíamos que nuestro sexo no estaba ese día, que estaba en Playa Oviedo.

Una triste sonrisa le ha ido apareciendo al compás de las palabras, para desaparecer de golpe al callarse.

—¿Por qué querías saberlo?

—Esta noche va a ocurrir algo allí, algo que no sé, pero que puede tener relación con su muerte. Él lo tenía escrito, para una cita, en un posavasos del Ditirambo.

—¿Le has preguntado a Julio?

—No recuerda nada. O no quiere recordarlo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a ir?

—Sí, si me indicas cómo puedo llegar.

Con meticulosidad va trazando el itinerario exacto sobre el detallado mapa comprado el día anterior.

—¿Qué opinión tenía Siro de Julio?

—No se fiaba nunca del todo de nadie, ya sabes cómo era.

—¿Alguna vez nombró un barco llamado Angelo?

—¿Angelo? No, ni siquiera me suena. Él procuraba tenerme siempre al margen de esas cosas. A mí no me importaba lo que hiciera.

Se levanta para marcharse.

—Asís, una última pregunta: ¿Cuánto tiempo hace que ocurrió lo del bautizo de la cala?

—Un año aproximadamente —responde sin dudar.

Abre la puerta y me besa en la mejilla al tiempo que dice:

—¿Vas a ir allí tú solo, sin avisar a la policía?

—Sí.

—Cuídate mucho, por favor.

—No te preocupes.

Se marcha dejándome acompañado de una turbia sensación: esta casa debería ser suya; es ella quien debería estar ocupándola o quien debería decidir qué hacer: quemarla o lacrarla como una pirámide. Yo soy un inquilino intruso. No tardaré mucho en marcharme.

Quando entro en su despacho, De la Cruz está escribiendo algo en su agenda negra. Se levanta.

—¿Dónde te estás metiendo, Cupido? Voy a tener que dar órdenes para que te presentes aquí cada día, mañana y tarde.

Con un gesto brusco me invita a sentarme.

—¿Qué hay de nuevo en Puerto de la Cruz? ¿Cómo están María Consuelo y Rodorado?

—¿Cómo lo sabe? —le pregunto pensando en el hombre a quien creí haber despistado en la gasolinera.

—Como solemos saberlo la policía: vigilando. Nadie viene a contarnos voluntariamente nada. Todo eso de la colaboración ciudadana es una patraña

publicitaria de los de arriba.

—En el Puerto no sueltan nada útil.

—Me llamó el juez —me dice mirándome fijamente—. Como todos los jueces de este país, está saturado de trabajo. Y quieren aclarar enseguida los casos o archivarlos, no tienen ninguna paciencia. Como con éste no avanzamos, sugirió dejarlo en suspenso hasta que surjan nuevos datos. Pero los datos no surgirán solos. Logré convencerlo para que concediera unos días más de prórroga.

—Usted lo había dicho antes. Este asunto no es de los que se dejan encima de la mesa para que solucionen ellos solos.

—Bien, dime qué has encontrado.

—Nada.

—¿Nada? ¿Nada después de visitar la Tierraymar y alojarte una noche en el Maracaibo? Nos estás dando muchas complicaciones, Cupido. Ayer tuviste en jaque a media docena de compañeros.

Me está presionando. No logra avanzar en todo esto y, peor aún, no ve el camino. Quiere hacerlo bien, pero comienza a ponerse nervioso. Por un momento siento deseos de ayudarlo, de contarle el especial interés de Rodorado y María Consuelo para que me aleje de las islas, de revelarle la cita escrita en el posavasos, y descansar en la fuerza del sistema que él representa. Que aparezca esta noche en Playa Oviedo, a las cuatro de la madrugada, con un batallón de policías. Pero me callo y no lo hago, porque no es seguro que con sus métodos atraparan a quien da las órdenes, sino a los segundos, a las mulas ciegas, a los camellos obedientes. Es un trabajo que yo he comenzado y yo debo terminar.

—Comienza a contarme todo lo que sabes. Desde el principio.

—Aún no sé nada claro.

—Estás mintiendo, Cupido, estás mintiendo. Se te ve en la cara. Para mentir bien a un policía hay que tener costumbre, y esa costumbre sólo se adquiere tras haber sido interrogado por otros muchos policías. Tú todavía no tienes suficiente curriculum.

No tengo respuesta contra él y de nuevo tengo que recurrir al pétreo silencio del urogallo.

—Hoy todavía te dejaré que sigas por ahí —dice suspirando—. Pero cuando el juez vuelva a llamarme, te juro que hablas o cerraremos el expediente. Yo me iré a mi casa y a ti te dejaremos solo o te devolveremos a la Península.

Sigue escribiendo con enérgicos trazos de enfado. No puede ser de otra manera. Me levanto y me voy.

Moros en la costa

Hace cinco horas que estoy aquí, escondido en un hueco entre dos rocas. Por encima, un azufaifo silvestre me guarda desde atrás; por delante, los tallos de una retama me ocultan sin hacerme perder visibilidad. Tengo la pistola a mi lado y ahora ya la siento compañera, sólida como un noray. Son las dos y cuarenta y cinco minutos. En el cielo hay una débil luna creciente, momento apto para cortarse el cabello, para fecundar a una mujer y para llenar la tierra de simiente. Hasta este detalle parece bien elegido, pues la luz no es mucha. Por eso los racimos de estrellas brillan furiosos más arriba, con ahínco, pidiendo que alguien los coja y se los coma. Resplandecen en las aguas como si un sembrador celeste hubiera arrojado sobre ellas un puñado de semillas fosforescentes. En esta oscuridad, el mar se crece, se abomba, se agiganta, misterioso y grande como un horizonte.

Sólo se oye el seco chirrido de los grillos serrando el silencio; son serenos queriendo despertar al volcán dormido, al Teide, cuya silueta amistosa se distingue arriba guardándome la espalda y el secreto. Todo lo demás es un silencio antártico en el que se podrían oír las uñas y el cabello creciendo; ni siquiera resuenan a lo lejos los ladridos del perro sempiterno ladrándole a la luna.

Abro la botella de agua mineral, bebo un trago y muerdo uno de los bocadillos que compré esta tarde en Santa Cruz, antes de venir. También, unos prismáticos. Luego alquilé una Vespa 150 que he dejado bien escondida, apenas a doscientos metros de aquí. Con ella no fue difícil dejar atrás, en un atasco, al automóvil que me seguía. Es más útil que el coche para andar por este camino de tierra seca y dura, se camufla mejor y tiene un motor potente para acelerar si es necesario, sin demasiado ruido. Con todo ello llegué antes del anochecer, como un turista, porque me era imprescindible la luz del día para conocer el lugar.

La cala está delimitada por dos lomas laterales. Mi escondite está en la derecha. Entre ambos oteros baja la pendiente ofreciendo cauce para un arroyo inexistente que las lluvias ignoran con olímpico desprecio. Por ahí abajo está el único acceso de vehículos a la orilla.

Veo de pronto reflejos de las luces aún lejanas de un automóvil. Son las tres y veinte minutos. Me aplasto contra el suelo y escucho atentamente: no tarda en oírse el ruido sordo de un motor. No, de varios motores, y alguno es de un camión, porque reconozco el familiar ronroneo del diesel en los tiempos en que pasaba la antigua frontera del contrabando.

Han apagado ya las luces y los vehículos avanzan hasta que cinco minutos más tarde, junto al cauce seco, también apagan los motores. De nuevo no se oye nada. Entre los tallos de la retama, como una retama más, observo sus movimientos. Puedo ver abajo, a cincuenta metros de la orilla, un coche oscuro y las cúbicas moles de dos

camiones, sin ninguna identificación particular aparte de las matrículas. Han bajado cuatro hombres. Hay uno que parece mandar, distribuyendo el trabajo. Con los prismáticos, y a pesar de la oscuridad, logro reconocerlo: es el elegante recepcionista del hotel Maracaibo. Uno de los hombres se dirige hacia la loma de enfrente y otro comienza a subir hacia el lugar que ocupo. Me aplasto entre las rocas, procurando no perder la visión. Tal como espero, el hombre que se acerca elige un lugar separado, subiéndose sobre otras rocas más altas, a treinta metros de donde yo estoy, y allí permanece en actitud vigilante. Perfecto si no curioseas más.

Ahora todos miran hacia el mar negro, más allá de las cenefas blancas que las olas ponen en la orilla. A una distancia que no logro calcular bien, se distinguen ya las luces de un barco de mediano tamaño, seguramente un mercante, la *mama*, como había oído decir a un marinero contrabandista. No las he visto antes y cabe la posibilidad de que las haya mantenido apagadas. No está varado, pero singla muy despacio. Abajo, el recepcionista saca del coche una potente linterna y la enciende y apaga varias veces, en un modo de contraseña tan poco original como efectivo e inmune a ondas y radares. Desde el barco le responden de igual manera. Enseguida sus luces giran y se acercan hacia la costa. Todo vuelve a apagarse y su silueta negra avanza lentamente hacia tierra. Los prismáticos me acercan la escena casi con la claridad de un cinematógrafo. Desde el barco sueltan tres motoras y sobre una de ellas lanzan dos fardos, no demasiado grandes. Cuando pienso que van a venir hacia la orilla, un cuerpo negro se descuelga de una escala sobre una de ellas. Luego, otro y otro y otro. Enseguida cuarenta africanos se apretujan apiñados y las lanchas aceleran hacia la playa. Sus ocupantes saltan a la arena con celeridad de galeotes que huyeran de la crueldad del látigo del cómitre. Las lanchas regresan raudas hacia el barco. Busco en el beque su nombre, Angelo, pero no lo encuentro. De alguna manera lo habrán ocultado para evitar una hipotética denuncia de los africanos. Una nueva avalancha de morenos vuelve a saltar sobre las motoras que de nuevo los traen a tierra mientras el mercante ya está virando mar adentro y navegando hacia Santa Cruz, aliviado de su peso como una parturienta que acabara de cortar su cordón umbilical. Las lanchas, tras descargar, parten a alcanzarlo. Dentro de unas horas, cuando ataque, tal vez el más sagaz inspector de Aduanas pueda apreciar en las bodegas el peculiar olor a África, y tal vez encuentre en un rincón de la sentina un medallón de ébano con dos elefantes tallados que entrecruzan sus trompas.

De modo que era esto. Un transporte bien aprovechado. No sólo contrabando de mercancías ilegales —los fardos— sino también de hombres negros que prefieren la soledad, la marginación, el asfalto, el miedo a las palizas, la esclavitud como temporeros, las noches de lluvia refugiados en el hedor de los mingitorios públicos, la sarna... a su vida con hambre en la choza de paja y el suelo de barro apisonado. Cualquier calamidad se sufre mejor si es en Europa. Pocos vendrán ya con la utopía

de hacer dinero para enviarlo a la numerosa familia que queda en el continente hambriento. Basta con sobrevivir, basta con ser sombras vivas debajo de los puentes. ¿Cuánto pagarán por el pasaje clandestino? ¿Trescientas, cuatrocientas mil pesetas? Me parece haber leído en algún sitio cantidades semejantes, además de realizar las faenas más pesadas del barco durante la travesía. Algunos afortunados incluso podrán conseguir una cartulina con su nombre que les ayudará a camuflarse entre los rascacielos. Varios años de trabajo y ahorro para entrar en el mundo civilizado sin trabajo y sin ahorros. No faltará alguien para traerlos, arracimados en frágiles pateras a punto de quebrarse o en mercantes más seguros, pero más caros, alguien que sólo se encargará de ellos hasta la costa. Luego, solos en la ciudad, a buscarse la vida. *Servi sunt*. Posiblemente un día, antes de pasar más hambre, uno de ellos pegará el primer tirón, otro apaleará a una mujer para que lo mantenga y la mayoría se convertirá en pequeños distribuidores de la probable mercancía que ha llegado en los fardos. El futuro está vacío para los que por fin llegan, porque si alguno en alta mar enfermó o protestó demasiado porque quería salir de las bodegas a respirar un poco de aire puro, tal vez tuvo un destino de peces en el fondo del océano, apartado por la bota del nostramo como se aparta un desperdicio de la acera. *Servi sunt*. Los tiburones se tragarán hasta el medallón que llevaba al cuello como símbolo de su fe en unos dioses que quedan atrás para siempre, confiando en que los espíritus del «melan» convocados por la raíz alucinógena de la iboga puedan por un segundo ejercer su protección más acá del mar, en la tierra del «Sí, wuana», y ayudarlos cuando la nutria del hambre les muerda los intestinos, cuando vaguen por las noches como gallinas ateridas buscando un aseladero sucio en una cuadra donde esperar el alba.

Inútil confianza, porque cuando un hombre, negro, blanco o amarillo, se marcha tan lejos, en el espacio y en la historia, también suele dejar atrás sus dioses. Todos ellos siempre han sido demasiado perezosos, incluso para bajar a tierra. Y ningún negro volverá a África, nunca volver después del sacrificio que se ha hecho por ellos, jugándose el blanco el pellejo y la libertad y la fortuna, nunca volver después del favor de traerlos hasta la civilización extremo occidental del desperdicio y la filosofía del kleeneex. Todo para usar y tirar luego a la basura, para que los negros que han venido del África negra puedan después hurgar en ella y encontrar los camper casi nuevos que le apretaban un poco en el talón al papá ejecutivo, la botella con un último trago de vino avinagrado, los huesos poco aprovechados del pavo de Navidad, los pasteles que sobraron de la fiesta de cumpleaños de María Alejandra, que si no luego se los come a escondidas su hermanito, y está tan obeso... *Servi sunt*.

Servi sunt. - *Immo homines*, había replicado hace ya dos mil años un viejo cordobés con tantos escrúpulos que miró alrededor, vio y, lleno de asco, se cortó las venas en una bañera.

Cuando las tres lanchas llegan de nuevo a la orilla, los dos vigilantes descienden

de las lomas y distribuyen a los africanos en los dos camiones, de remolques cerrados. El recepcionista y el otro hombre han guardado los fardos en el portamaletas del coche. Arrancan y salen hacia la carretera. El estallido del motor resuena obscuro en el silencio de la noche. Guardo la pistola en el cinturón y corro hacia la Vespa. Seguir el coche me parece más prioritario y más pertinente para lo que yo busco. Con toda la rapidez de movimientos que puedo, la conduzco apagada, sin montar en ella. El coche ya se pierde avanzando ligero, mientras detrás los dos camiones arrancan con lentitud de gasoil. Bajo su ruido arranco yo también y, sin detenerme, salto sobre ella, invisible entre el espacio que se alarga entre el coche y los camiones. Como el camino es malo, voy ganando terreno y mantengo una distancia crítica de mil metros entre los fardos y los negros, en el límite de la visibilidad de ambos. La oscuridad de la noche colabora conmigo.

Cuando el coche llega a la carretera no tengo que cuidar ya mis espaldas. Los camiones, más lentos y pesados, han quedado muy atrás. En el asfalto, el automóvil enciende sus faros. Yo mantengo el mío apagado. Lleva una velocidad media de ciento diez y no tengo dificultad en controlarlo desde un quilómetro.

Veo de repente los faros de un coche que viene desde atrás pisando fuerte. Tengo unas décimas de segundo para apartarme antes de ser atropellado. Su conductor, también asustado ante una Vespa sin luces, aprieta el claxon con rabia, pero afortunadamente no se detiene. El casco y la distracción me han impedido advertirlo antes. A partir de ahora estaré más atento.

Media hora después diviso Santa Cruz. Hay cada vez más tráfico y al llegar al cruce iluminado de la autopista del Norte enciendo el faro, pero manteniéndome siempre a distancia, dejando que algunos vehículos se interpongan como un filtro para disimularme tras ellos. En caso de atasco, no tendré problemas para alcanzarlos con la Vespa. Ahora sé que por fin mis ojos van acercándose al centro de la luz, persiguiendo a este coche cargado con fardos que enfila hacia arriba, por Santa María, y que, tras varios giros que procuro mantener en la memoria, se introduce al fin muy despacio en una calle sin asfaltar. Miro su nombre. Calle del Cacao. Dejo la Vespa aparcada atrás y desde la esquina veo cómo lo engulle la puerta de un garaje. Es una nave comercial de tamaño medio, en un lugar discreto y poco transitado, con un aspecto neutro de almacén que no sugiere nada sospechoso. A su alrededor hay solares sin edificar y algún otro barracón. Al fondo se ve un edificio con muchas ventanas y una pista de deportes. Podría ser un colegio.

Una luz se enciende en una de las ventanas de la parte superior del almacén, pero inmediatamente cae la persiana y todo vuelve a quedar oscuro y en silencio.

Espero unos minutos. Como nada ocurre, vuelvo atrás y decido completar la noche; seguramente los camiones no habrán llegado todavía. Sé dónde están los fardos y nada parece indicar que vayan a ser trasladados de lugar. Ahora me parece

también importante saber dónde serán almacenados los negros como fardos.

Bajo hacia la autopista con la mayor rapidez que me permiten la ciudad y la prudencia. Llego a tiempo: por las rectas del polígono industrial vienen avanzando los dos camiones, tranquilos e inocentes, como si trajeran plátanos y hortalizas desde los campos del sur a los mercados omnívoros de la ciudad, que se despertará ignorante y hambrienta como un perro.

Los sigo de la misma forma. Su destino, sin embargo, es distinto. Continúan osadamente por la avenida Anaga, pasan la Escuela Náutica y la dársena pesquera con su mareante olor a pescado para dirigirse hacia Las Teresitas. Poco más tarde se introducen por una travesía y alguien que los espera les abre la puerta de un barracón sucio, amarronado, con aspecto de abandono. Los camiones penetran y soltarán su carga. Los morenos no sabrán dar ninguna descripción exterior en caso de una hipotética denuncia.

Comienza a clarear. La madrugada huele a sal y a peces muertos. Estoy cansado, pero todavía tengo algo que hacer. Regreso hacia el centro y desde la primera cabina llamo a De la Cruz, a su teléfono particular. Ya he cumplido el trabajo que me debía y, sin embargo, no estoy ni alegre ni satisfecho. Tampoco triste. Sólo siento una desgana y un cansancio infinitos que posiblemente me impedirán dormir cuando me tumbe sobre la cama. De la Cruz descuelga al tercer timbrado y gruñe algo con voz malhumorada.

—Soy Ricardo Cupido. Me dijo que lo llamara a cualquier hora si encontraba algo.

—Sí, sí —su tono cambia. Suenan los muelles del colchón.

—Hay algo que debe saber, comisario. Pero necesito su promesa de que no va a citarme para nada. No quiero aparecer más en este asunto. Dirá que fue un aviso anónimo.

—No puedo hacer eso. Y tú no estás en situación de imponer condiciones.

—Siga durmiendo entonces y olvide que lo he llamado.

—¡Espera! —respira fuerte, fastidiado—. Está bien, está bien. No diré la fuente.

—Su promesa.

—Prometido. ¿Qué es?

Le cuento lo del desembarco y le indico con detalle el lugar del barracón de los negros y el del almacén a donde llegó el coche con los fardos.

—Llévese un batallón de policías y un par de ambulancias. Seguramente las necesitará, porque el viaje no habrá sido fácil para los africanos. Luego, espere en el puerto un barco llamado Angelo. Es donde ha venido todo. Con un poco de suerte podrá encontrar huellas del trayecto en las bodegas.

—¿Cómo has logrado saber todo esto?

—Como suele saberlo cualquier detective que se precie, comisario: vigilando —le

contesto con ánimos todavía para la ironía—. Pero lo importante es que ya lo tiene. Seguramente se aclararán muchas cosas. Siro conocía este desembarco, pero aún no sé qué relación tiene con su muerte. Eso lo podrá averiguar usted. Y recuerde su promesa: no quiero que me cite para nada. Quiero volver pronto a la Península. Y limpio.

—¿A dónde vas tú ahora?

—A dormir.

—¡Nada de eso! —grita—. Quiero verte en comisaría ahora mismo. Se va a poner todo muy caliente, puede haber represalias y tú vas a ser el primero en salir quemado si no te protegemos.

—No. Necesito una aspirina y dormir. Llame a su hombre, al que me ha guardado la puerta otras veces, y dígale que no se mueva de allí para nada ni deje entrar a nadie. Como en el hospital. Quiero un sueño sin sobresaltos.

Esta larga noche merece un descanso largo.

Respuestas y jubilaciones

Veo a De la Cruz bajar de un taxi y acercarse a tomar asiento a mi lado, en la terraza de un café de la Plaza del Príncipe. Todavía viene colgado de su cartera negra, aferrándose a ella porque el día que la guarde lo hará para siempre.

—Todo ha terminado. Las pruebas son categóricas. Sólo falta aclarar la muerte de Siro y el atentado contra ti. Todos dicen no saber nada. Pero más pronto que tarde alguno terminará confesando. Hay muchos años a la sombra para repartir y el que pueda aceptará una promesa de clemencia y una disminución en la condena a cambio de una confesión en toda regla. Siempre ocurre así.

Ha transcurrido una semana desde la larga noche de las persecuciones y, aunque nos vimos rápidamente un día y me telefoneó varias veces, hasta ahora no hemos tenido oportunidad para hablar despacio. Él ha mantenido su promesa y yo no existo en ningún informe policial como participante y detonador de toda la operación.

—Cuando aparecimos en el barracón de los negros apresamos a los tres hombres que los custodiaban. No opusieron ninguna resistencia, demasiado sorprendidos para reaccionar. Curiosamente, los que más problemas nos dieron fueron los ochenta morenos. Intentaron escapar corriendo por todas partes, saltando como gamos sorprendidos en mitad de la berrea. Los uniformes imponen miedo aquí, en África y en Pekín. No llevábamos hombres suficientes para sujetarlos a todos y los más rápidos —no te puedes imaginar cómo corrían— vagarán todavía por la ciudad, asustados y escondidos en cualquier rincón. En toda mi vida no había corrido tanto como aquella noche. Los que pudimos coger están ahora en un barracón, habilitado en el parque de bomberos, y serán repatriados por inmigración ilegal a sus países de origen, Guinea y Mauritania fundamentalmente.

—¿Y la droga?

—Allí todo fue distinto. Los cuatro hombres intentaron huir disparando. Los nuestros respondieron al ver herido a un agente y mataron a uno de ellos.

No me había sorprendido ver en los periódicos, al día siguiente, la fotografía del recepcionista del hotel Maracaibo, con su rostro yerto todavía afilado y elegante.

—¿Cómo pudo hacer el recepcionista aquella tontería?

—No lo sé. Fue un acto absurdo, quizá sólo comprensible por un afán desmedido de hacer méritos a los ojos de su dueña. El daba directamente las órdenes a los subordinados, pero detrás estaban Rodorado y María Consuelo. A pesar de nuestra rapidez en actuar desde el momento de tu llamada, ya habían camuflado parte de la droga. Hallamos con facilidad treinta quilos de hachís, pero tuvimos que buscar minuciosamente para encontrar ochenta quilos de cocaína disueltos en el agua de tres bidones aparentemente destinados al riego de un pequeño huerto trasero.

—¿Cómo pudo huir la pareja?

—La captura de los morenos y el tiroteo nos retrasaron más de lo debido. Además, alguien de los nuestros en Puerto de la Cruz no tuvo ninguna prisa en actuar. Cuando llegaron, los asientos de María Consuelo Marugán y de Emiliano Rodorado Castro estaban vacíos. También vacías estaban sus principales cuentas bancarias y alguna caja fuerte donde presumiblemente reposarían documentos que el fiscal hubiera recibido con inmensa alegría.

Abro un semanario sensacionalista que compré hace unos minutos, una revista con un estilo que oscila entre El Caso y la Oficina de Reclamaciones del Defensor del Pueblo, y le señalo una página.

—Mire.

Un amplio reportaje en color muestra a ambos en un país sudamericano, entre los rostros al acecho de un aristócrata implicado en el crimen de un artista famoso y de un diplomático acusado de fuga de divisas. Las declaraciones de ambos justifican su huida en la falta de credibilidad en la justicia española. Rodorado esconde al objetivo el ojo rasgado por la rapaz mientras María Consuelo ofrece a la cámara, como un desafío, sus protuberancias pectorales. En unos meses es posible que consigan de cualquier vicesecretario licencias comerciales para desarrollar sus instintos leoninos «en un país maravilloso como éste, que tanto futuro ofrece».

De la Cruz observa con ironía las fotos.

—Se han precipitado al huir y con ello han confirmado su culpabilidad. Muerto el recepcionista, su hombre enlace, no hubiera sido tan fácil condenarlos por tráfico de drogas. Sólo tenemos la confesión, muy rápida, del encargado de la entrada ilegal de los africanos. Y esa no hubiera sido una condena larga.

—¿Tan bien organizados estaban?

—Sí. Rodorado tenía una larga experiencia en asuntos similares. Hemos tenido suerte en descubrirlo ahora, porque con tiempo podrían haber llegado a fundar un imperio. Habían copiado de las organizaciones terroristas la estructura en módulos piramidales totalmente independientes. Si se explicara en un organigrama, tendría una cima en lo alto, ocupada por Rodorado y la venezolana, de la que surgen dos triángulos, coronados en sus vértices superiores, los dos únicos contactos, por el recepcionista del Maracaibo, directamente encargado de los asuntos de drogas, y por un segundo hombre, desconocido entonces para nosotros y limpio de antecedentes, que controlaba la inmigración clandestina. Luego vendrían Carmelo, Siro y un tercer hombre que distribuía en Puerto de la Cruz. Siro era el pobrecito de todos ellos y se estaba quedando marginado, porque se negaba a comerciar con algo más peligroso que el hachís, un comercio que estaban abandonando porque resultaba poco rentable. Recuerda que sólo habían traído unos kilos. Con la coca estaban comenzando a crecer y por eso te digo que hemos tenido suerte, mucha suerte, en atajarlo ahora, cuando iniciaban un salto cualitativo de enormes dimensiones.

—Lo que no entiendo bien es por qué se dedicaban a introducir negros cuando la droga les debía resultar mucho más rentable.

—Se sentían seguros. Lo habían hecho ya durante algunos años y nunca había pasado nada. Además, aún no estaban asentados en el comercio de la cocaína y necesitaban seguir con los viejos ingresos. También de aquí sacaban buenos beneficios. Los recientes conflictos entre mauritanos y senegaleses provocaron mucho miedo entre la población y escapar del miedo se ha hecho pagar caro. ¿Recuerdas esto? —dice sacando de la cartera el medallón que me había regalado Armando.

—Sí.

—Tómalo, ya no lo necesitamos. Te ayudará a recordar muchas cosas.

—Gracias.

—La entrada de morenos —continúa— era ya antigua y de muchas formas parece que estaban comenzando a aprovechar su infraestructura para la entrada de narcóticos, como se había hecho en Galicia con el tabaco. Hay, además, otro dato para explicar lo seguros que se sentían. Todos los desembarcos anteriores les habían funcionado tan bien porque contaban con una ayuda importante: habían logrado sobornar y llevar a su terreno a un piloto de helicópteros del Servicio de Vigilancia Aduanera. Procuraban realizar las operaciones cuando su topo estaba de servicio, de modo que contaban con una fidedigna información de los horarios, rutas y comunicaciones que quedaban fuera de vigilancia. La pareja actuaba sobre seguro. En fin, con tantas detenciones parecería que van a quedar limpias las islas —concluye irónico y satisfecho, porque nunca había imaginado que buscar el asesino de Siro pudiera tener tantas repercusiones.

Sin embargo, su muerte aún no se ha aclarado.

—Dentro de tres días quiero regresar a la Península —le digo.

—Nadie te pondrá ningún reparo.

—¿Y usted?

—Esta mañana me ha llegado el parte de jubilación definitiva. Tendré que asistir a los juicios como testigo oficial de la acusación, pero ya fue mi último caso. Ahora, a pescar y a aburrirme.

—¿Entonces cree que todo ha terminado?

—¿A qué te refieres?

—A su muerte. No acabo de entenderlo. Si Siro colaboraba con ellos, como Carmelo, ¿por qué matarlo? Es como escupir al cielo. A nadie le interesaba. Todos ganaban si todo seguía igual.

—Aún no sabemos todos los recovecos que hay detrás. Ya te lo he dicho: confesar un crimen es más difícil que confesar ningún otro delito. Pero cualquier día uno de ellos lo contará todo a cambio de una reducción de condena.

—Me gustaría estar tan seguro.

—Todavía se mantienen moralmente fuertes, apenas han pasado ocho días. La cárcel sin libertad condicional tiene que ir ablandándolos. Y más aún ahora que han aparecido en ese semanario las fotos de los cerebros huidos. Ellos están libres, mientras los de aquí van a cargar con toda la culpabilidad. Puedes estar seguro, Cupido: alguno comenzará a hablar pronto. Los delitos más graves, como un homicidio, no suelen salir a la luz en las comisarías, aunque se piense lo contrario, sino en los interrogatorios de los jueces. Con ellos sí se atreven a pactar.

—Si fue la gente de la organización quien ordenó su muerte, como usted piensa —insisto—, sólo encuentro una causa para hacerlo: que Siro, de una u otra forma, los hubiera traicionado. Bien a Carmelo metiéndose en su terreno o bien a Rodorado con alguna amenaza o chantaje. Yo lo conocía bien y creo que podría haber hecho algo que a los otros no les gustara, pero nunca traicionaría o delataría a los que trabajaban junto a él. Eso no lo hubiera hecho nunca Siro. Y entonces, ¿por qué lo mataron?

—Él comerciaba con hachís. La situación estaba cambiando y es posible que no hubiera aceptado entrar en los nuevos planes, con lo que planteaba un conflicto interno. Es posible, también, que supiera algo que no debía saber. Luego, alguien creería que te lo podía haber contado e intentaron acabar contigo.

—Demasiados posibles.

—El nuevo comisario, mi sustituto, un jovencito arrogante, pero tenaz, también se está haciendo todas esas preguntas. Afirma que en este caso hay que tener perspectiva internacional y baraja la hipótesis del interés de los cárteles por desterrar la heroína en favor de la coca. Está obsesionado por todas esas muertes de adictos por sobredosis.

—No le será fácil encontrar respuestas por ahí. Son cotos cerrados.

—A partir de los papeles de Carmelo ha conseguido una relación detallada de sus clientes. A nosotros mismos nos sorprendió su amplitud: media ciudad consume coca de forma ocasional. De los clientes habituales, algunos ya son difuntos. A los vivos con seguridad de ser adictos a la heroína los están sometiendo a una discreta vigilancia, porque no tardará a venir alguien a surtirlos. Carmelo tenía los documentos bien guardados, pero le aplicamos una rigurosa abstinencia y no tardó en hablar a cambio de unas dosis.

—¿Tiene usted esa lista?

—Sí. Me la ha entregado por si puedo aportarle más datos.

—¿Puedo verla?

Duda un momento, pero piensa en todo lo que me debe y abre la cartera. Hay unos veinte nombres, con las fechas y cifras de compras, en dosis. Reconozco un apellido que de repente me deslumbra como si hubiera mirado al sol. De la Cruz lo advierte en seguida.

—¿Te sorprende encontrar ahí a Germán del Oro?

—Sí, no sabía que fuera adicto.

—Con este dato no le va a ser fácil conservar su empleo en el laboratorio de un hospital. Aunque él todavía no imagina que lo tenemos en nómina.

Gambito de dama blanca

Se marcha media hora más tarde, dejando sobre mi mano el ofrecimiento de una casa cada vez que venga a las islas y de una excursión de pesca, y dándome un consejo: «Procura no meterte en líos. Tú no lo mereces».

Arranco el kadett y voy hacia la casa de Armando. Vuelvo a sentir la seguridad de saber lo que tengo que hacer.

Al llegar al desvío que conduce a la finca, sigo adelante medio quilómetro más, porque no quiero ver a nadie ahora, y avanzo luego hasta aparcar lo más cerca posible de la cala.

Del escondite saco tres planchas de hachís con un peso de unos trescientos gramos. Las disimulo bajo el asiento del coche y regreso presuroso a la ciudad. Dejo en casa el paquete y subo hacia el barrio donde el Gambito y sus hermanos viven y medran como escarabajos escondidos bajo una boñiga de vaca. Casas de una o dos plantas y tejados de uralita junto a bloques altos y apiñados de pisos de setenta metros cuadrados, hacinados falansterios de la marginación y la pobreza.

La lista de De la Cruz ha abierto una sospecha contundente en mi cabeza. Si Germán no se pica ni esnifa ni ha fumado jamás un canuto, como habían asegurado Siro y Candela, que lo conocían bien, ¿por qué entonces era un asiduo cliente de Carmelo? Algo no encaja en absoluto. Falta quitarle la última capa al corazón de la cebolla.

Le pregunto a dos muchachos, apoyados indolentes en una esquina, por un lugar donde comprar un poco de costo. Me miran inicialmente con desconfianza, pero mi aspecto debe tranquilizarlos.

—Pregunta en El Cuervo. Está siguiendo esa calle.

Entro en El Cuervo. Un enorme pájaro negro, disecado, me observa desde la pared con los mismos ojos dormidos que un grupo de muchachos. El olor a yerba es nítido, casi escandaloso. No reconozco entre ellos a ninguno de los que participaron en la pelea aquella noche. Pido una cerveza.

—Estoy buscando a unos amigos, los Seisdedos.

El camarero abre los ojos con extrañeza mal disimulada.

—No los conozco.

—El más pequeño es pelirrojo y juega mucho al ajedrez. Lo llaman el Gambito.

—Aquí sólo jugamos a la once, a ver si salimos de pobres.

—Si vienen por aquí y te los presentan, diles que quiero hablar con ellos para algo que les interesa. Les dices que soy el amigo de Siro y que tengo algo para ellos. Que los espero esta noche, a las diez, en el muelle tres.

Pago con un billete de mil y me devuelve el cambio en monedas de cien. Están muy frías y adivino la causa: las guarda en la cámara frigorífica en previsión de

intentos de robos que deben ser frecuentes.

Salgo y busco otros bares de parecida clientela, siempre dejando en ellos el mismo recado. Cuando regreso abajo, ellos seguramente ya habrán recibido la noticia.

Voy a casa, ceno, cojo una plancha de cien gramos y dudo en coger también la pistola, pero finalmente no lo hago. Salgo hacia el puerto. La noche se ha cerrado sobre el mar, pero una luna casi llena brilla en el cielo y cabrillea en el agua. Los potentes faros del malecón cuadrangulan mi sombra sobre el sólido cemento. Los norays esperan inmóviles conmigo, como signos de interrogación vacíos de preguntas.

Diez minutos más tarde veo a los cuatro hermanos avanzar desde lejos, separados como para un duelo de western, las piernas chuecas, el andar presidiario. Por delante, sus cuatro sombras: pequeña la del Gambito, anchas las de sus hermanos. Por un momento pienso en la posibilidad de un error de cálculo y de nuevo dudo en la conveniencia de haber traído la pistola. El agua negra y profunda a mis espaldas me recuerda que no sé nadar.

El Gambito viene en el centro, protegido o no sé si protector de sus hermanos, tanto más fuertes cuanto más roma la expresión de sus miradas.

—Dicen en el barrio que nos estás buscando.

—Sí.

—¿Para qué?

—Siro me dejó algo para vosotros.

El nombre los pone alerta, desconfiados. El Gambito me mira sin comprender, recordando que la pelea fue precisamente porque Siro no quiso venderles nada.

—¿Me tomas el pelo?

—No, mira.

Saco de la cintura la plancha de hachís. Uno de los hermanos se acerca, me la arranca de las manos con gesto goloso y la olisquea profesionalmente. Una gota de saliva comienza a brillar en el labio belfo.

—Es goma pura, sin mezcla —le digo.

—¿Y?

—Hay más como ésa y no sé qué hacer con ellas.

Un chispazo de codicia le brilla un segundo en las pupilas antes de volver a su actitud recelosa.

—No te hagas ilusiones. Este costo huele a sangre desde mil quilómetros.

—No quiero venderlo. Es para vosotros.

—¿A cambio de qué? —de nuevo el desconcierto, temiendo no sabe qué.

—A cambio de un pequeño trabajo. Relacionado con Siro.

—Olvídalo. Nosotros no tuvimos nada que ver. No nos gusta mezclarnos con los

muertos.

—Está bien. Devuélvemela.

Sopesa la plancha en la mano. La incomprensión le agudiza la desconfianza, pero la posibilidad del botín fácil ha despertado su interés.

—Creía que ya estaba en chirona el que le disparó.

—Tal vez sí, tal vez no.

—¿Cuánto más hay?

—Dos como ésa.

—¿Y qué habría que hacer?

—Algo sencillo y sin peligro. Acercarse a un tipo que vende caballo, comprarle unas dosis y entregármelas luego directamente, sin tocarlas.

—¿Sólo eso? Parece cosa de niños.

—Sólo eso.

—Demasiado fácil. ¿No será un enroque, eh?

—No. ¿Tú crees que estaría aquí ahora?

El Gambito esboza una mueca, no sabe bien qué hacer, demasiado botín para tan poco trabajo. Mira a sus tres hermanos buscando en ellos una opinión, pero nada encuentra en sus rostros torpes, obedientes, inexpresivos y grasientos como focas.

—Si es tan sencillo, ¿por qué no lo haces tú?

—El tipo en cuestión me conoce y no resultaría. Es imprescindible que no se sepa que es para mí.

Reflexiona durante un minuto, la cabeza agachada mirando los cuadros de cemento del suelo, buscando inspiración en sus casillas antes de mover la reina sobre el tablero.

—Está bien, lo haremos. Pero te advierto que si es una encerrona y me complicas la vida, te buscaremos por todas las islas.

No le respondo ni bajo la mirada.

—¿Qué hay que hacer?

—Hay un tipo a quien llaman Pico de Loro, aunque su verdadero nombre es Germán del Oro. Pasa caballo en pequeñas cantidades y en ocasiones contadas. Debéis averiguar por dónde va, localizarlo y comprarle unas dosis. Puede que lo niegue, que diga que él no vende ni sabe nada de eso. Es listo. Debéis insistir y conseguirlo. Prefiero que lo hagas tú mismo antes que tus hermanos. Puedes decirle que necesitas con urgencia un pico y que no hay nada más en el mercado, que con todas estas detenciones todo está cerrado. Cuanto más le des la impresión de estar enganchado, más posibilidades tendrás de conseguirlo. Cuando tengas las dosis, me las entregas directamente, sin abrirlas para nada.

—¿Y lo nuestro?

—Lo recibiréis unas horas después, cuando yo compruebe que efectivamente se

lo habéis comprado a él. No me vale otro conducto y no puede haber trampa, porque lo que él vende nadie más lo tiene.

—¿Te gusta la calidad, eh?

—No te equivoques, yo no uso. Y esa mercancía no es para consumir. De modo que no intentéis comprar nada para vosotros, porque puede ser peligroso.

—¿Cuándo?

—Me lo entregáis mañana, en la plaza Weyler, a la una del mediodía. Esa misma noche tendréis lo vuestro.

—Me das poco tiempo.

—Comenzad a trabajar ahora mismo. Si lo hacéis bien, él se puede decidir en diez minutos. Eso —señalo la plancha que retiene en sus manos— os lo podéis quedar como anticipo.

Se marchan. Cuando se han alejado unos cincuenta metros, los tres hermanos se arremolinan junto al Gambito, que gesticula y parece explicarles con detalle lo que ha pasado.

Camino hacia el Ditirambo. Julio, infalible, sigue tras la barra sirviendo copas y músicas de salsa. Le pido un whisky. Cuando se acerca con el tubo y la botella saco los dos posavasos que me había dado para un inexistente amigo coleccionista, para que ponga sobre uno de ellos el vaso. Detiene la mano en el aire y un temblor recorre el hielo dentro del cristal. Lo miro fijamente y sé que ha comprendido. El coge otro vaso y lo llena de whisky, tomando fuerzas para enfrentarse a la pregunta. El mismo miedo que atenaza a los inmigrantes africanos lo atenaza ahora a él, que continuará con sus trámites para conseguir la nacionalidad. Bebo un largo trago y antes de que abra la boca me levanto del taburete y me voy.

—Me amenazaron... —le oigo decir desde muy lejos, en una excusa inútil que ya no quiero oír.

Voy a casa de Candela. En la última semana ha recuperado toda la tranquilidad y de nuevo nos comportamos con vocada decisión erótica, con una inocencia precristiana que en algún momento debió irritar a los dioses para que así arremetieran contra ella.

—Estuve esta tarde con De la Cruz —le digo, desnudos bajo las sábanas—. Me enseñó una lista de quienes compraban heroína a Carmelo. Uno de los clientes habituales era Germán del Oro.

—¿Germán?

—Sí, Germán del Oro Martínez.

—¡No puedo creerlo!

—Allí estaba su nombre, con las dosis que había adquirido, siempre en pequeñas cantidades. Recordé entonces lo que tú y Siro me habíais dicho de él, que odiaba la droga y a quienes la consumían. Recuerda que nos conocimos porque Siro me pidió

que fuera yo a verte, que Germán parecía sospechar algo. Pero si odia tanto ese tráfico, ¿por qué le compraba heroína a Carmelo?

—¿No puede ser otro Germán?

—No. A De la Cruz también le extrañó y comprobó que era tu compañero de hospital.

—Yo estoy segura de que él no es un adicto. Lo hubiera notado.

—Ahora puede estar metido en un buen lío. Mañana tal vez se aclare todo.

No puedo contarle más porque todavía no tengo pruebas de nada. Candela se acurruca inquieta junto a mi cuerpo, dándome la espalda, y unos minutos después siento su respiración acompasada por el sueño y el cansancio. Yo no consigo dormir, aunque lo intento. Procuero borrar de mis retinas la imagen sonámbula y trágica de Germán, apartar la sensación de que el desenlace es inminente. Acaricio muy suavemente sus nalgas, morenas y redondas como dos lunas, su rotunda cadera, y dejo reposar mi palma bajo su ombligo, pequeño y obediente. Es un vientre que ya debería prepararse para ser fecundado. Una noche lo había dicho, cuando yo le había preguntado qué precauciones debíamos tomar: «Pronto tendré que pensar en tener un hijo», más como una reflexión que como una invitación para el futuro. Yo me había colocado en silencio el preservativo eludiendo cualquier comentario, como ahora procuro eludir todos estos pensamientos y dormir. Mañana posiblemente será mi última noche con ella. Los dos lo sabemos, del mismo modo que no ignoramos una mutua incapacidad para retenernos, para seguir un camino diferente que otro nos está marcando. Suficientes años ya para haber aprendido a separar la realidad de los deseos. El amor no es un palimpsesto donde se puede borrar todo lo escrito para volver a trazar encima la fina escritura de la primera ilusión, no es añadir una ficha más al ábaco donde se suma todo lo anterior. Habría que desestabilizarlo todo, los recuerdos y las ideas, desorganizarlo hasta el caos más que convocar la amnesia del pasado, y volver a estructurar el nuevo sentimiento de acuerdo con las nuevas leyes. Pero este desequilibrio exige una generosidad de la que Candela y yo ahora carecemos, una predisposición negada quizá por la íntima convicción de que una bomba no puede caer donde antes ha caído otra bomba, por la certeza de que quien ha perdido la fe en una religión ha perdido la fe en todas las religiones. La flor de loto que convoca el olvido, que, al fin nunca acata ni obedece a la voluntad más empecinada, fue la mejor mentira del ciego.

El Gambito se acerca atravesando el jardín de la plaza con andares canallas. Viene acompañado de uno de sus hermanos. Salgo a la puerta del bar y lo llamo al interior.

—¿Qué queréis tomar?

—Dos cervezas bien frías.

Espero a que beban un largo trago. Por primera vez veo sus rostros a la luz del día. El Gambito tiene la piel lampiña, sonrosada, oralina, en fuerte contraste con la del hermano, velluda y áspera, llena de espinillas negras como si le hubieran rociado granos de azabache.

—¿Lo tienes?

—Sí, pero no fue tan fácil.

—¿Y?

—Es un tipo raro, con el cuello torcido. Estuvo hablando más de quince minutos con nosotros, observándonos a fondo, como si desconfiara. Preguntó varias veces si estábamos enganchados y entonces parecía un médico que quisiera meternos en el Patriarca más que un vendedor. Le dije que lo necesitábamos, que la policía había dejado el mercado vacío. Por fin se decidió. Salió, lo esperamos media hora y regresó con dos papelas.

Del calcetín saca los dos sobrecitos blancos y me lo entrega con disimulo. No parece estar mintiendo.

—¿Cuándo tendré lo nuestro?

—Ahora mismo.

Voy a casa mientras ellos esperan en el bar. Regreso rápidamente con las dos planchas y se las entrego.

—¿Cómo te llamas? —pregunta al despedirse.

—Ricardo Cupido.

—Si tienes más encargos como éste, ya sabes dónde encontrarme.

—No tendré más encargos.

—¿Sabes jugar al ajedrez?

—Sí.

—Si un día te apetece que te dé unos cuantos mates, sube a buscarme.

—De acuerdo.

—Todo lo anterior, por mí está olvidado.

—Hace tiempo que no duelen —le contesto tocándome el antebrazo.

Vuelvo a casa de Candela, cuyo turno de trabajo comienza a las tres. Le enseño los sobrecitos blancos.

—¿Puedes conseguir que te analicen su contenido?

—¿Cocaína?

—No, caballo. Pero puede haber algo más dentro.

—Lo intentaré en el laboratorio. Hoy trabaja Carmen, una buena compañera. Aun así, no te prometo nada.

—Es muy importante. Tal vez por esto mataron a Siro.

—Lo intentaré.

—De ningún modo puede llegar a saberlo Germán. Es algo relacionado con él.

—Ahora no está en el hospital. Ha pedido unos días de baja porque no se encuentra bien.

—¿Cuándo podré saber los resultados?

—Si no hay ningún problema, esta misma noche, cuando salga del trabajo.

—Te estaré esperando aquí.

Son más de las once cuando oigo abrirse la puerta. Candela llega nerviosa y excitada.

—No fue fácil convencer a Carmen.

—¿Qué hay?

Saca un folio donde ha escrito a mano los resultados.

—No hay nada más que heroína, pero heroína casi pura. No puede haber equivocación porque realizamos los análisis dos veces. Dividimos el polvo en tres partes y actuamos sobre una. Luego, lo repetimos y el resultado fue el mismo. Guardé esta tercera muestra para una nueva prueba —dice entregándome un sobrecito con el resto, casi con un gesto de miedo.

—¿Pero no hay nada más?

—Heroína pura, ¿no te das cuenta?, es heroína en un noventa y cinco por ciento. Inyectada directamente en vena como una dosis normal, de la que suelen consumir los adictos, es absolutamente mortífera. Carmen quería avisar al director del hospital, porque si esto se ha estado vendiendo en la calle puede haber sido la causa de esas muertes por sobredosis.

Imaginaba algo, lo imaginaba, pero no esperaba que la confirmación de la sospecha fuera tan fácil. Ahora ya está todo claro. Por fin veo lo que antes he mirado sin ver.

—¿Podría estar manipulada?

—¿Qué quieres decir?

—Que si alguien con suficientes conocimientos químicos podría comprar en la calle heroína adulterada en un grado normal para la venta y limpiarla posteriormente de todos los aditivos.

—Sí, es fácil hacerlo en cualquier laboratorio con un poco de éter. Pero ¿para qué?

—Para matar, Candela, para matar.

Se queda un momento muda, en los ojos abiertos brillando la comprensión y el espanto.

—¿Germán?

—Él fue quien vendió lo que habéis analizado.

—Es terrible.

—Voy a llamar a De la Cruz. Esta vez debe estar presente.

La beso con agradecimiento. Llamo a De la Cruz a su teléfono particular. Le pido que venga con la dirección de Germán del Oro Martínez.

El hombre oxidado

Es la una de la madrugada cuando llamamos al timbre del apartamento. Por el camino le he contado a De la Cruz los resultados de los análisis de la heroína de Germán del Oro que me trajo el Gambito a cambio del hachís, en una operación digna de su nombre.

Una pequeña chapa de cobre en la puerta indica: Germán del Oro Martínez. Dentro se oye el televisor emitiendo un informativo especial sobre la Guerra del Golfo: los efectos de los últimos miles de toneladas de bombas arrojados sobre Irak. Quien está frente a la pantalla quizá espera en vano una última reseña luctuosa: dos nuevos cadáveres de drogadictos han sido hallados en cualquier zaguán víctimas de sobredosis.

Se abre la puerta y una vaharada de calor nos golpea la cara. Desde el hueco, Pico de Loro me contempla sin sobresalto ni desconcierto, sin odio ni sorpresa, como si me estuviera esperando. Mira a De la Cruz y sólo entonces aparece un chispazo de miedo en su rostro, aunque el comisario no muestra la placa que ayer entregó como último ritual de la jubilación.

Sin decir nada, se aparta a un lado y nos deja pasar indicándonos la estancia principal. Hace calor dentro: hay un radiador de aceite encendido, a pesar de que no es baja la temperatura exterior. Sobre una mesita brilla un vaso con un poco de whisky. Junto al vaso hay un vademécum médico abierto en el que debía estar consultando algún dato.

—¿Quieren tomar algo? —dice, y su voz también parece torcida, desfigurada, rota, como si hubiera estado llorando o bebiendo mucho.

—No —se anticipa a contestar De la Cruz, aunque yo empiezo a sentir la garganta seca por el calor y una copa me vendría muy bien.

Él se acerca a un mueble, saca una botella de Chivas y escancia un largo chorro en el vaso usado. Su pulso, nervioso e inseguro, provoca un tintineo al chocar los dos vidrios.

—Supongo que tienen algo importante que decirme para venir a estas horas a mi casa.

—Muy importante. Tú mataste a Siro —le digo sin rodeos, anticipándome a De la Cruz que ya comenzaba a hablar utilizando todas las fórmulas habituales de su oficio.

Germán esboza una mueca y se sienta frente a nosotros en un hondo sillón con orejeras. Luego se coloca tras el cuello una almohadilla eléctrica con la blancura de la funda perdida. Hundido en el asiento, sin decir nada, su cuello parece aún más rígido y torcido.

—Y no sólo a Siro. También a todos esos heroinómanos cuyas muertes han ido apareciendo en la prensa en las últimas semanas —le digo mostrándole el papel con

los resultados de los análisis del laboratorio.

De la Cruz, callado, lo observa atentamente mientras yo voy hablando. Parece ser consciente de su jubilación o de que, por una vez, es necesario ceder la iniciativa del interrogatorio a un aficionado.

—La noche anterior a su asesinato, Siro estuvo hablando con Carmelo sobre las dos últimas muertes por sobredosis. Carmelo, que no hacía ascos a ningún tráfico, temía que se trataba de una estrategia de los cárteles colombianos para desterrar la heroína en favor de la coca, para radicar definitivamente el mercado en las islas, donde el turismo y todo su entorno auguraba excelentes beneficios, y para abrir desde aquí una puerta de entrada a Europa. Cuando yo hablé con él, sus palabras me despistaron, me empujaron a seguir un hilo falso. Carmelo no podía imaginarse que él estaba suministrando la heroína que luego tú manipulabas hasta hacerla mortal. En aquella conversación Siro debió enterarse de que tú comprabas algunas dosis, con extraña irregularidad para un adicto, a Carmelo. Como sabía bien que no estabas enganchado, comenzó a sospechar la verdad. ¿Habló luego contigo?

—Sigue —dice simplemente, sin contestar a mi pregunta, bebiendo con lentitud otro trago del vaso.

—Siro habló luego contigo, amenazándote de alguna manera si no se detenían aquellos asesinatos. Él no podía acusarte formalmente ante la ley porque también estaba mezclado en asuntos confusos, pero tampoco podía permitir que siguieras adelante con este juego macabro, matando libremente. Otro se hubiera callado, pero él todavía tenía el instinto necesario para delimitar lo irracional. De modo que, sin esperar más, esa misma noche fuiste a su casa y lo mataste. Tal vez también esperabas hacerlo conmigo, pero yo no estaba. Yo estaba con Candela —le digo acentuando cruelmente su nombre, para provocarlo y hacer que salga de esa ironía ebria desde la que me mira.

Al oírlo, hace un gesto de dolor, por primera vez tocado, como si alguien le pinchara la nuca con un alfiler. Pero tampoco dice nada.

—De alguna manera conseguiste que te abriera la puerta. Tal vez habías quedado citados con tu promesa de entregarle las dosis mortales que aún guardabas. Fue así, ¿verdad?

—No, no fue así. No has entendido nada, Cupido, nada —dice rompiendo su mutismo por primera vez.

Yo vuelvo a sentir de nuevo la ira de aquella noche pasada cuando lo encontramos junto al coche a la salida del Ditirambo.

De la Cruz decide que ya ha llegado el momento de su intervención. Se levanta y camina hacia una puerta, convencido aún de que su oficio es como un sacramento: no por jubilarse se deja de ser policía.

—Vamos a hacer un registro a la casa.

Germán lo mira desaparecer por la puerta y lo escuchamos moviéndose por la habitación. Luego mira hacia mí, vuelve a beber del vaso y, de repente, comienza a hablar, como si hubiera estado esperando que nos quedáramos solos, como si la presencia del comisario fuera el único estorbo para iniciar un diálogo que tuviera algo de confesión íntima y yo fuera el único hombre que pudiera otorgar la absolución, ahora que la ausencia de la ley y su representante oficial permiten que por fin las palabras comiencen a anudarse.

—No fue así. Yo tenía su llave desde hacía algún tiempo. Un día, en una de sus visitas al hospital, se la prestó a Candela para que dejara en su casa la morfina que sustraía, porque él no podría estar. Siro era un ingenuo, creía que yo no sabía nada de aquello, cuando en alguna ocasión incluso le facilité el hurto a Candela. Pero aquel día los oí casualmente. Cogí la llave de su bolso en los vestuarios y salí a la calle unos minutos a hacer una copia. No fue nada difícil.

Mentalmente ruego que no se calle, que siga hablando, porque aún quedan incógnitas de las que ignoro la solución. Su mueca de dolor ha desaparecido y ahora sólo le queda el gesto de un hombre profundamente enfermo, viejo prematuro, acabado, débil como una pompa de jabón que explotara sólo con soplarla.

—Tampoco lo que ocurrió después fue difícil. Él tenía que haber comprendido. Yo no le pedía ayuda, sólo que me dejara continuar. Aquella noche, cuando entré en su casa, debió oír algún ruido y mientras se levantaba confiado, tal vez pensando que tú acababas de llegar, le disparé por detrás, en la nuca, en el centro, para romper las cervicales.

Con la mano izquierda se frota el cuello dolorido, acaso evocando otro dolor, el de su víctima. «Debí haberlo sospechado desde el principio. Era su marca», pienso, pero no digo nada porque él parece dispuesto a seguir hablando.

—Ni siquiera supo quién lo mataba, ni siquiera tuvo tiempo de oír la detonación amortiguada por el silenciador. Pero tú podías haberte despertado. Con cautela busqué otra habitación. Sabía que tenía que disparar de nuevo. Siro era una amenaza a mi misión, tú eras además una amenaza a mi sosiego, un rival ante Candela. Esa misma noche nos habíamos encontrado en la puerta del Ditirambo. Tú salías riendo con Candela y vi en tus ojos el deseo de golpearme. Allí estaba tu cama, pero estaba vacía. Me senté en ella esperando que llegaras. Por un momento disfruté con la idea de no tener que matarte, imaginando que habías regresado a la Península, pero allí había ropas y zapatos y, encima del armario, una bolsa de viaje. Era demasiado peligroso esperar más y me marché. Horas más tarde recordé que no había estirado la cama y que habrían quedado arrugas en las sábanas, pero nadie podría identificarme por ellas. Salí del piso sintiendo que estaba incompleto lo que había hecho, que tú aún estabas vivo y que Siro te podía haber contado todo lo que sabía. Además, estaba tu relación con Candela. En el hospital ya se comentaba que se había enamorado de un

peninsular. Pensé en volver a intentarlo, pero tú ya no te dejarías sorprender tan fácilmente como él. Recordaba el encuentro anterior que tuvimos en la calle. Así que contraté a dos tipos a cambio de dinero y de unos gramos de caballo. No los encontrarás nunca: murieron unos días después víctimas de sobredosis. Era su paga por el trabajo y su castigo por no haber sabido hacerlo bien. Te dejaron vivo. Para ellos hubiera sido igual: de cualquier manera habrían muerto.

El dolor del cuello parece haberle contaminado todo el cuerpo. Está llorando. Dos lágrimas le resbalan de los ojos, mustios como mariposas moribundas, pero todavía me parecen lágrimas de escorpión que llorara después de haber hundido en el agua a la rana, envenenada. Es demasiado terrible lo que está diciendo para tenerle lástima.

—Lo supe desde el principio, desde que llegaste para llevarte a Candela. Desde el principio supe que tú acabarías con todo. Llevo dos semanas esperándote.

De la Cruz sigue ausente, en la habitación, pero ya no se oye ningún ruido de registro. Sé que está escuchando junto al quicio de la puerta, sin atreverse a entrar para no quebrar la confesión. Siento necesidad de beber algo. Me levanto y en un vaso me sirvo whisky de su misma botella. Hundido en el sofá, Germán calla. Ahora soy yo quien continúa el relato.

—Cuando salí del hospital habían transcurrido doce días. Comenzabas de nuevo a sentirte seguro. Yo nada debía saber, porque nada había dicho en todo ese tiempo. Nada de lo tuyo se había descubierto. Luego se desmanteló todo el negocio de Rodorado y María Consuelo y, al huir, parecían asumir toda la culpabilidad, ya difícil de demostrar, porque aún no es posible extraditarlos. Te volviste a sentir más seguro que nunca. Con todo lo que habías arriesgado, ni una complicación, ni una sospecha. El terreno estaba libre. Y giraste un poco más la tuerca, hasta que el muelle del reloj saltó. No pudiste resistir la tentación cuando el Gambito fue a rogarte que le pasaras algo. Según tú, un choricillo de barrio y un hermano límite, si son adictos, sobran sobre la tierra. Te insistió en que estaban muy enganchados y que lo necesitaban. Este es el resultado del análisis de lo que contenían las papelinas que les vendiste.

Le enseño de nuevo el papel con las conclusiones del laboratorio.

—¿Ha sido Candela, verdad?

—No, ella no sabía nada. Candela no tenía nada contra ti. Ahora sólo te tiene lástima.

—Yo la quería.

Se lleva las manos a la cara y oculta el rostro en ellas. Está derrumbado. De repente me sorprende la lástima que comienzo a sentir por él. Está convencido de que la vida le ha otorgado el papel de la desgracia, y lo asume, consciente de que ya no hay para él una dimensión donde poder convivir con los demás.

—Todas esas muertes —continúo, porque él, después de referirse a la de Siro, parece indiferente al resto, como si todo lo otro no tuviera importancia personal—

eran ya para ti una droga más fuerte que la heroína que suministrabas. Desde que lo hiciste por primera vez no pudiste parar.

—Todavía no has entendido nada, Cupido —repite levantando la cabeza y humedeciéndose con whisky los labios resecos como cortezas—. Tampoco él lo comprendió cuando intenté explicárselo. Yo estoy limpiando la ciudad, ayudando a ese viejo policía que escucha ahí detrás de la puerta y que tampoco habrá entendido nada. ¿Sabéis vosotros acaso la podredumbre que cabe dentro del cuerpo de un adicto? ¿Habéis visto alguna vez su sangre en el microscopio? ¿Les habéis oído gritar en una cura de desintoxicación amenazando con quitarse la vida si alguien no les da unos miligramos? —recita, ignorante de su oratoria demagógica, pero con rabia sincera, con fe en lo que dice, con un filamento de asco prendido en la comisura de los labios.

—Un día llegó al hospital un adicto desesperado pidiendo algo para calmarse. Entonces me di cuenta. ¿Cómo podía no haberlo imaginado antes? Yo podría dárselo, yo podría calmarlo para siempre. Existía un método eficaz para ir limpiando poco a poco la ciudad sin que nadie sospechara nada ni investigara las muertes. Sólo había que aislar la heroína en un laboratorio y meter el contenido habitual de cinco dosis en una sola. No sería difícil limpiarla de aditivos, de la misma forma que no es difícil adulterarla, y su concentración resultaría luego absolutamente letal... Sólo se las pasaría a quienes vinieran desesperados buscando un pinchazo, a los desahuciados, a los que, si no lo conseguían pacíficamente, saldrían a la calle a buscarlo de manera violenta. No serían ni siquiera homicidios, porque ellos ya estaban condenados. Serían eutanasias. Y de una manera dulce, la mejor muerte que podrían elegir. Yo los salvaría de su temporal infierno. Tarde o temprano iban a acabar peor. Yo lo tenía todo a favor para hacerlo, excepto el valor. Y el valor llegó poco después.

Todo está claro definitivamente, todo lo ilumina su decisión de convertirse en el mesías que salva a su ciudad de los que él llama apestados, no curándolos con barro ni seduciéndolos con música, ni siquiera preguntándoles si quieren curarse, sino con violencia, asesinando con el mismo remedio que ellos buscaban. Germán del Oro —ya es difícil llamarlo con aquel apelativo, porque ha cobrado de repente una grotesca dignidad— se ha erigido personalmente en juez y verdugo, teatino de una extraña religión mesiánica, señor de la muerte al que de ningún modo se puede justificar. Las mayores atrocidades de este siglo enloquecido han venido de la mano de la imposición violenta de la subjetividad de un fanático.

—¿Por qué todo esto?

—¿Por qué? Ya poco importa, pero tú debes saberlo —se calla un momento, vuelve a beber del vaso y coge fuerzas para hablar, para llenarse la boca con un buche de hiel—. Hace más de tres años me trajeron al laboratorio el cadáver de una muchacha de dieciocho años que acababa de morir en un accidente. Era casi una niña,

parecía una princesa muerta. La familia donó su cuerpo para trasplantes. Había que analizar los órganos en el laboratorio para comprobar su salubridad. Cuando trabajaba en la plancha de agar-agar para observarla al microscopio, el bisturí se me resbaló y me hice un pequeño corte en el dedo índice. No le di importancia. Siempre había tenido mal pulso y ya me había pasado otras veces. Pero al hacer los análisis descubrí que su sangre tenía anticuerpos HTLV-III/LAV. ¿Sabes lo que son? Son los causantes del SIDA. La muchacha era heroinómana y ni siquiera sus padres lo sabían. Se rechazó la donación del cadáver. Yo no dije nada a nadie de mi accidente y procuré no alarmarme, porque hasta entonces nunca se había dado un caso de contagio en un laboratorio. Al día siguiente analicé mi sangre, sin encontrar ningún rastro del virus. Me tranquilicé hasta que dos años después comencé a perder algo de peso y a sentirme mal en algunas ocasiones. Volví al laboratorio, me pinché el dedo y puse una gota de sangre en el porta. Allí estaba el virus, pataleando rabioso y multiplicándose como las ratas. El pánico me duró unas semanas, pero absolutamente nadie lo supo. Para un sanitario es fácil desvirtuar los primeros síntomas de cualquier enfermedad con otras excusas. No podía hacer nada, ni siquiera ir a gritarle a la muchacha que me había contagiado, porque ya estaba muerta. Poco a poco mi odio se fue deslizado desde ella, que al fin y al cabo también fue una víctima, hacia los contagiados como aquel adicto que vino al hospital a pedir una dosis. Y en el odio encontré el valor que me faltaba. Todavía procuraba no pensar en la idea durante los insomnios permanentes, resistirme, y comencé a atiborrarme de Toynol para poder dormir en paz. Pero la obsesión era cada día más fuerte. Si había alguien que pudiera, y debiera, hacerlo con facilidad, ése era yo. Y así, un día compré heroína a Carmelo. No me costó grandes esfuerzos convencerlo, porque mi triste aspecto de víctima real podía fácilmente confundirse con las marcas de la destrucción física de un adicto. La aislé en el laboratorio y concentré cinco dosis en una. Nadie podría imaginarlo, pensarían que habría sido vendida así. Tenía, además, otra ventaja: si un día me descubrían, me condenarían a treinta años de prisión, pero eso no importaba, porque yo ya estaba condenado de antemano a poco tiempo de vida. Tengo un cuerpo débil, un físico donde anida fácilmente el mal. Yo puedo decirlo. Y la enfermedad me va pudriendo por dentro a pasos agigantados. Esta semana había pedido unos días libres porque ya soy incapaz de soportar el trabajo. Así que sería indiferente pasar los últimos meses en un hospital penitenciario. Ya no podría ocultarlo mucho más tiempo. Aun así, tú has llegado demasiado pronto. En unos meses hubiera dejado limpia la isla, hubiera acabado con todos ellos. Pronto no quedaría ningún contaminado vivo, ni yo mismo, que pudiera ir por ahí contagiando a inocentes. Si no lo comprendió y por eso me obligó a matarlo —concluye, intentando quizá con estas palabras hacerme partícipe de la grotesca y terrible lógica de su proyecto.

De la Cruz ha salido de la habitación y lo mira con mudo asombro, incapaz de

comprender su locura. Yo, sin embargo, vuelvo a sentir un atisbo de lástima espesa, amarga y pegajosa como trementina por este vesánico estilista ridiculizado y abatido desde lo alto de su columna. Ahora ya no quiero juzgarlo. Siempre seguiríamos discutiendo sobre la proporción del mal: la que cada uno lleva dentro o la que los demás, voluntaria o involuntariamente, nos han ido insuflando.

Germán mira su vaso, pero ya está vacío. Se tumba hacia atrás en el sillón, aparta la almohadilla eléctrica, cierra los ojos con un gesto definitivo de descanso y espera a que De la Cruz le ordene acompañarlo a comisaría.

Será un juicio sencillo.

En la calle, mientras suben al coche, Germán con el cuello encogido como un reo esperando la hoja de la guillotina, el cuerpo abatido, el gesto de mártir, yo comienzo a caminar.

Quiero estar solo.

Regreso

El Boeing 727 de Iberia adquiere rápidamente velocidad sobre la pista del Reina Sofía delimitada por las balizas amarillas que iluminan la noche. A medida que se eleva, se va divisando cada vez más lejana la línea jabonosa de las olas deshaciéndose en la playa. Unos minutos después, las luces de Santa Cruz brillan a la izquierda mientras el avión enfrenta definitivamente el mar solo, camino de Madrid.

Ahora, desde aquí abajo, desde esta distancia y después de este tiempo, la península aparece como algo extraño, como otro país, como un gran toro indiferente, dormido sobre sus patas encogidas, ajeno al mar y al trópico.

Atrás va quedando De la Cruz, un policía cabal y jubilado. Si gente como él hubiera hecho el mundo, quizá la tierra de ahí abajo fuera más estable, más tranquila y razonable.

Atrás queda Asís. Esta tarde, cuando nos despedimos, me contó que vendrá a una universidad de la península. Sus padres la quieren alejar de las islas, de este territorio plagado de recuerdos. Todavía nadie más lo sabe, pero ella se atrevió a decírmelo: está embarazada.

Cuando le pregunté qué pensaba hacer no lo dudó: «Voy a tener el niño. Si no, ¿qué me quedará de él?». No me atreví a opinar, ni ella me pidió opinión, temiendo que le aconsejara una decisión muy distinta. Recordé en silencio su falta de preservativos en playa Oviedo, aquel paisaje que ellos bautizaron y que durante mucho tiempo aparecerá en las ventanas de la casa donde viva, testificando un perfecto momento de amor. No le será fácil borrarlo.

Atrás queda Candela. No fue necesario decirnos lo que los dos sabíamos. Sin deudas, sin reproches, con la mínima nostalgia posible.

Y atrás también queda Siro, enterrado en ese desván de la memoria lleno de baúles de mármol con sus altos vigilantes, los cipreses esqueléticos e insomnes que nunca envejecen.

Durante mi estancia allí, yo me había convertido en detective eventual sin haberlo solicitado y había comprobado que es mejor leer sus improbables aventuras en novelas que participar directamente en ellas, donde nunca falta la sangre, la ajena o la de uno mismo. Se me ocurre ahora que tal vez hay tantos investigadores privados porque la policía no es suficientemente eficaz o porque no goza de la confianza de la sociedad a la que teóricamente protege.

Tuve que venir al mar para renacer y ahora ya toca subir a tierras altas, como un esturión preñado y sediento de aguas dulces que no sabe qué lleva en el vientre. Llevo, sí, en el equipaje, sin atreverme a colgarlo al cuello, un medallón con dos elefantes que entrecruzan solidarios sus trompas. Pero yo no tengo tribu ni Dios ni ideología a quienes guardar fidelidad. Es sólo un símbolo que me ayudará a recordar

muchas cosas, como había dicho De la Cruz. Pero a recordar también mi desarraigo.

He cruzado una frontera, tras la que todavía no vislumbro el nuevo territorio ni la castillería que me obligarán a pagar para entrar en él. Vuelvo a tierra firme. «Porque alguna vez llegaréis a Breda...» había escrito Carlos Gundín hace ya mucho tiempo. A Breda siempre se llega y se regresa, aunque no se sepa si es para desmenuzar hora a hora la resignación y el hastío o para encontrar el sosiego definitivo, para saciar esta repentina necesidad de descansar. Quien siempre corre como un río, nada desea tanto como el remanso de un lago.

Apéndice sobre Luis Berenguer

Tocó Luis, no es necesario decir que magistralmente, todos los tonos intensos de la narrativa con un brío social dominante. Costumbrista y lineal, aunque con un regusto barroco, en *el Mundo de Juan Lobón*. Poesía intensa y mordacidad más que ironía desgarrada en *Marea Escorada*. Ya el tono, el tronco del tiempo-espacio se vería seriamente narrado en *Leña Verde* donde los personajes, verdaderos aguafuertes, harían un contrapunto seco y denso con sus propias trayectorias sociales, el mundo rural en una especie de dentro-fuera, introspección-retrospección con aquel feudalato. Ironía ácida y gracia, salero y un pulso narrativo realmente soberbio en la supuesta historia de la Marina Colonial. ¿Fue *Sotavento* su mejor novela?

En *Tamalea*, decididamente hecha a la medida de Lara, —iba a por el Planeta— Luis gira en esa misma edad en la que él murió, un poco a bordo de los sueños, un mucho satirizando una sociedad de consumo, evidente, que se nos venía encima. Queda el sortilegio ambiguo de Catalina Virgen en medio. Y toda una ciudad La Isla, San Fernando, rendida al narrador.

De ascendencia andaluza y andaluz de residencia y de creación el novelista Luis Berenguer, nace en Ferrol en 1923, (su padre era médico de la Armada) viviendo en San Fernando ininterrumpidamente desde 1942, salvo un año, sabático al revés, que vivió en América.

Su fallecimiento repentino en 1979 no es una deserción de la vida sino una coherencia justa con esa forma de vivir a trasmano con sus personajes y con su visión del mundo como casi escribiría en *La Noche de Catalina Virgen*. «La muerte lo sorprendió de madrugada y, sólo al mediodía, consiguió el insólito privilegio de ser depositado en el lecho conyugal que ni siquiera estrenó en su noche de bodas. Como adrede, eligió para morir la fecha en que enterraban a las víctimas del "Temerario", el viejo camión de la Ladrillera que chocó, cargado hasta los topes, contra el nuevo local de Inmaculada, durante una juerga».

Ha publicado seis novelas: *El mundo de Juan Lobón*, edic. Alfaguara, Madrid 1967, que fue premio de la Crítica; *Marea Escorada*, edic. Alfaguara, Madrid 1969, premio nacional de Literatura; *Leña Verde*, edic. Alfaguara, Madrid 1973, premio Alfaguara en 1972; *Sotavento*, edic. Alfaguara 1972; *La noche de Catalina Virgen*, Dopesa 1976; y *Tamatea, novia del otoño*, de la que ya existen dos ediciones, la primera, a su muerte, minoritaria, y la segunda, reciente, en Mondadori.

Es la trayectoria pública de Luis como novelista; quedaban detrás varios manuscritos tallados en la memoria del maestro con su peso específico, exiliados y administrados con un cariño que en Luis los salvaba del olvido. Hablando de *El Mundo de Juan Lobón*, decía «es mi séptimo libro. El primero no tuvo título; el segundo *Aún es la Noche*, estuvo en el Nadal cuando lo ganó Delibes; el tercero fue

La Espuma Juega en la Orilla; el cuarto se llamó igual que el tercero, aunque era una novela distinta; el quinto y el sexto llevaron los títulos de *Los Resentidos*, y *El Lagarto*, respectivamente. Todos estos libros los destruí aunque *Leña Verde* fue un libro que estuvo en el cesto de los papeles y lo salvó el puntillero».

Sirva este esbozo con la pasión de Luis por la Literatura, sus trece libros en total y su perduración entre nosotros, como un homenaje más que justifica su Premio.

José Quintero González
Delegado de Cultura,
Ayuntamiento de San Fernando.



EUGENIO FUENTES. Escritor español nacido en Montehermoso, Cáceres, en 1958. Se ha especializado en novela negra y policiaca, especialmente con la serie de narraciones protagonizadas por el detective Cupido.

Como narrador ha sido ampliamente galardonado con, entre otros, el Premio Cáceres de Novela Corta (por Las batallas de Breda, 1990), el Premio Internacional de Novela Ciudad de San Fernando (por El nacimiento de Cupido, 1993), Premio de Extremadura a la Creación “José Antonio Gabriel y Galán” (por Tantas mentiras, 1997), Premio Alba/Prensa Canaria (por El interior del bosque, 1999) o el Premio Extremadura a la Creación (por Venas de nieve, 2006).

También como articulista ha recibido el Premio del Consejo Asesor de RTVE en Extremadura, el Premio “Francisco Valdés”, el Premio Nacional de Periodismo “Julio Camba”, el Premio “Carmen de Burgos” y el Premio “Manuel Azaña”.

Sus novelas han sido publicadas en más de una docena de países, siendo considerado por la crítica como uno de los renovadores del género policiaco en Europa.